

EC

CHAMPSAUF

NIDO VACIO

PQ2605

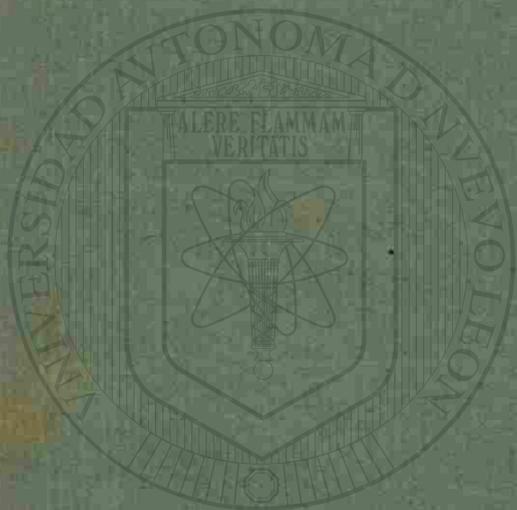
.H325

N58

N
ch453n



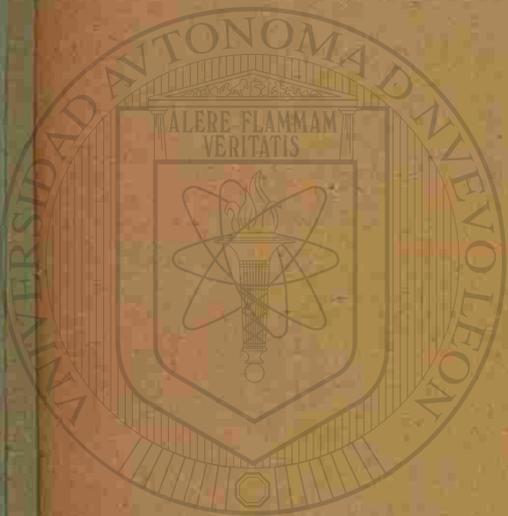
1020016866



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



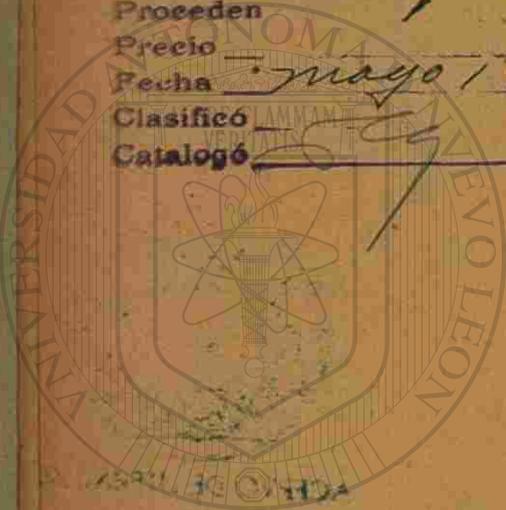
UN NIDO VACÍO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



N
Núm. Clas. Or 453n
Núm. Aut. 057707
Núm. Ad. 1
Proceden _____
Precio _____
Fecha Mayo 1967
Clasificó _____
Catalogó _____



FELICIANO CHAMPSAUR

Un

Nido vacío

TRADUCCIÓN CASTELLANA
DE EMILIO H. DEL VILL



ACERVO DE LITERATURA



115282

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA VÍA DE CH. BOURET
PARÍS | MEXICO
23, Rue Visconti, 23 | 44, Cinco de Mayo, 44

1907

Propiedad del Editor.

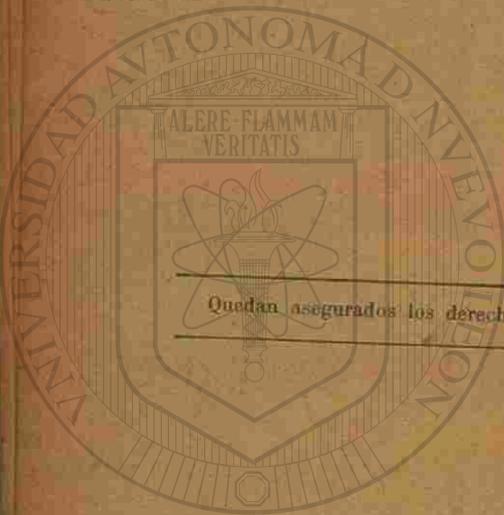
057707

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

P62605

H325

N58



Quedan asegurados los derechos conforme a la ley.

*Vosotros todos y vosotras, hermanos y hermanas,
como yo bajo el yugo del Amor,*

*el que, de primavera a otoño, de octubre a abril,
respira al pasar, sin daño de nadie, las flores que
viven en el camino, en el jardín ó en la SERRE, no es
un canalla;*

*lo es quien entra en la casa, y lastima, hiere ó
mata, para robar un corazón,
la joya del hogar.*

*UN NIDO VACÍO, bien lo sé, no significa nada en
estos feroces tiempos, aun cuando se trate de un
hombre, de una mujer y de un niño; pero este grupo,
agrandado hasta lo infinito por su símbolo, repre-
senta la familia, — la vuestra, quizás, de mañana.*

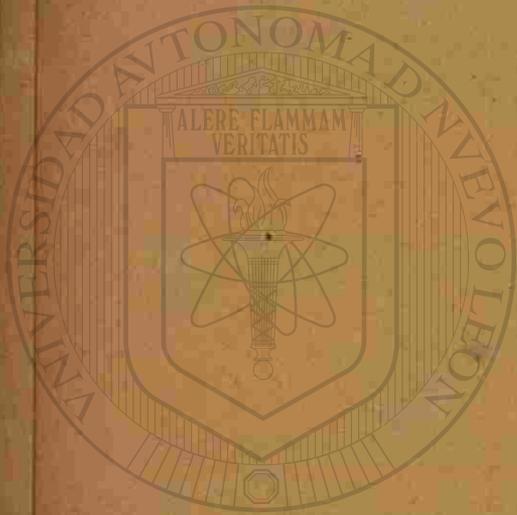
*En realidad quienquiera que, voluntariamente, es
causa del sufrimiento de otros, sobre todo de los
niños, por desgracias irreparables,*

*y se ríe, con cobarde risa, al añadir a la villanía
del acto la certeza de la impunidad, tanto más fanfa-
rrón y bandido cuanto que no le han de castigar ni
la ley ni la vida.*

secriminal para con toda la humanidad.

FELICIANO CHAMPSAUR.

Libro Primero.



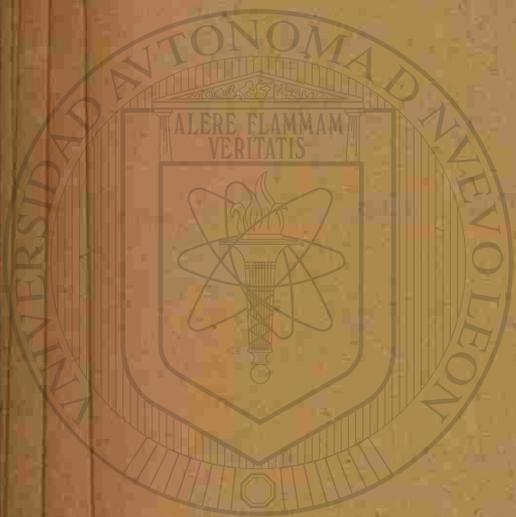
AL DESPERTAR DE LA LOCURA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LIBRO PRIMERO

AL DESPERTAR DE LA LOCURA

I

Según andaba iba repasando en su mente cosas del pasado, que le recordaba cada maleza, cada calvario, cada árbol del camino.

Mucho tiempo hacía, muchísimo, que no había vuelto a Lisé: la casita debía de estar abandonada. Sin duda harían falta reparaciones; la techumbre después de dos años, quizá más, estaría estropeada; sería preciso poner tejas nuevas, cuyo rojo reiría al sol.

El jardín estaría lleno de broza. ¡Mientras no hubieran dejado morir el gran rosal que trepada en torno de la casa! Alguien, sin duda, habría de-

bido ocuparse algo de todo aquello, durante su ausencia; porque ésta había durado mucho. ¿Cuántos meses? ¿cuántos años? No lo sabía con precisión.

Confusamente recordaba episodios de su antigua vida, calaveradas de muchacho, alegrías, penas, naderías que le habían hecho violentamente sufrir, toda clase de pequeños recuerdos á los cuales sonreía hoy, como hombre asentado, indulgente para las cosas juveniles, en las que siempre queda una cierta frescura, un perfume del pasado embalsamando sus recuerdos en la lejanía.

Había comprado esta casa en una época en que, cansado de la vida agitada que largo espacio llevaba, quiso retirarse de aquel torbellino, arreglarse un rincón de tranquilo reposo, fecundo en aspiración, en que el trabajo intelectual le fuera fácil, junto á algún ser que le amara, á una mujer dulce que le comprendiera lo suficiente para no turbar sus íntimos ensueños, que más bien le ayudase á evocarlos con frases apropiadas á lo que él le dejaría adivinar de sí mismo.

Pero por más que Juan Dayel escudriñaba su vida pasada, algo había en ella que no podía volver á encontrar.

La gente, los labriegos que trabajaban en los campos, otros que pasaban con sus herramientas á la espalda ó conduciéndolas en carretilla, le reco-

nocían, le saludaban, y todos parecían extrañados de volverle á ver, como si le hubieran creído muerto, ó tan lejos que no hubiese de tornar.

Ahora abría la verja en que la viña virgen entreteja salpicada de claros, sus caireladas hojas verdes y purpúreas. Como en su cerebro, había también vacíos en la tapicería del follaje.

En torno de los muros extendíanse, en morados racimos, las glicinias, cuyo torcido ramaje aparecía cual largas serpientes entrelazadas.

Los postigos estaban cerrados, y cerrada la puerta.

Bien largo tiempo había estado la casa vacía. Del rosal trepador, cogió una de las últimas flores y sintió ganas de llorar, sin saber por qué.

¡Había de ser muy dulce volver á allí, entre las cosas amadas! llevó la flor á sus labios mordisqueando el pedúnculo; decíase que la casa no debía haber estado vacía. Por lo menos, aquella soledad le parecía anormal; jamás cuando él la habitaba, muchos meses al año, había parecido tan abandonada.

Es verdad que hacía muchísimo tiempo, sí, que él la había dejado.

¿Cuántos meses? lo ignoraba.

¿Por qué? no se acordaba ya.

Marta estaba muy hermosa, con su vestido blanco de lazos morados, cuando aparecía esperán-

dole en el vano de la puerta, los días en que él salía á cazar en compañía de algunos labriegos vecinos, gente sencilla y de una alegría cordial.

Juan Dayel había abierto la puerta con dificultad, la lengüeta estaba enmohecida: oía resonar sus pisadas en el corredor, asustado del ruido que hacía, como temeroso de despertar á seres queridos que durmieran.

Á través de las salas, objetos conocidos iban impresionando su mente; temporadas enteras, poco antes olvidadas de todo, revivían en ella. Escenas totalmente desvanecidas se reconstituían á sus ojos.

De estos recuerdos no quedaba amargura alguna; las lejanías del pasado son como los paisajes que uno ha dejado de ver largo tiempo y que aparecen, al regreso, con bellezas que nunca se sospecharan, poblados de figuras conocidas. Cada uno de los objetos despertaba un eco dormido.

Las armas en panoplia sobre la chimenea parecían dejadas allí la víspera; instintivamente, descolgó el fusil de que solía servirse más á menudo é hizo funcionar el disparador.

Arriba, en las alcobas, un dolor le oprimió, sin que supiera de dónde venía el sufrimiento; no podía aclarar la causa de la soledad inaudita, del vacío en que se agitaba su alma, en aquella decoración falta de vida, que tenía el aire de un cuadro

primorosamente labrado al que hubieran arrancado la tela.

Ciertos detalles le sorprendían; vestidos colgados en un gabinete oscuro, cartones con trajes de mujer cuidadosamente doblados; en un cajón velos, ropa blanca; ¿quién había arreglado así las cosas?

No recordaba nada de cuanto había sucedido en su ausencia; había viajado, pero su memoria no le representaba nada de lo que debía haber sucedido durante ese tiempo.

Seguramente, alguna mudanza se había hecho, acomodando los objetos cuyo íntimo desorden había quedado impreso en sus ojos. ¿Cuánto tiempo había viajado? No podía enlazar con claridad su vida pasada al presente, había un vacío en la trama, un período del cual no conseguía reconstituir las peripecias.

Sabía que, desde mucho tiempo también, nada, ninguna nueva obra había brotado de su cerebro; no había trabajado desde hacía meses.

¡ Ah, sí! — se confesaba á sí mismo, algo avergonzado de su pereza — desde que había dejado la casa.

Pero ¿dónde había ido? ¿qué había hecho? ¿qué canciones había oído? ¿Qué paisajes había visto? No alcanzaba á evocar este pasado, sin embargo tan próximo: se le ofrecían confusas imágenes de un

parque en que se había paseado, de hombres uniformemente vestidos que había visto, como rebaños, errantes igual que él por las avenidas. Todo aquello lo había soñado quizás. Parecía haber estado prisionero, encerrado en una estancia sin alegría á pesar de ser muy clara; y allí no había piano, ningún instrumento de música.

Era la excusa de su pereza: no había podido trabajar. Pero no era verdad: era un sueño. Lo único que sabía es que en su mente se había abierto un vacío, una laguna que su memoria no conseguía llenar. En su gabinete, por las ventanas abiertas de par en par, contemplaba el paisaje querido, los árboles copudos, que el sol tachonaba de violeta, y cuyo follaje, abrasado á trechos, mezclaba á la verdadera matices de oro. Allí estaban aquellas casitas, á lo largo de los senderos, con sus blancas fachadas enfrondadas de emparrados y de rosales rampantes de que pendían grávidas flores; allí los corrales de las granjas, con su bulir de cerdos, de aves, de chiquillos sucios y juguetones; ante los portales aparecían las mujeres, yendo y viniendo, atareadas.

Hacia mucho tiempo que había dejado todo aquello; y sin embargo era aquello mismo, aquella misma decoración la que acudía siempre á su fantasía, sin que pudiera en cambio reconstituir imágenes claras del tiempo de su ausencia.

Cada uno de los espectáculos cotidianos de su vida se reproducía fielmente; cada mueble, cada una de las chucherías que dan fisonomía á una morada estaba en su sitio. El piano entre las ventanas, el taburete delante, el músico en que alineaban sus lomos las partituras preferidas, las ediciones de lujo, los álbumes de sus propias obras, que le habían hecho el compositor predilecto de la muchedumbre, todo estaba allí, sin ninguna señal que le revelara el tiempo que aquellas cosas habían dormido en la soledad.

¡Cuánto no había hecho vibrar bajo sus dedos el piano, cuyas teclas examinaba curiosamente!

Titubeaba en hacerlas sonar, á pesar de que un gran deseo le asaltó de saber si las notas no estaban ahora cascadas irremisiblemente después de tanto tiempo que había estado sin tocarlas. Temía también la tristeza, la decepción que produce en los viejos la lectura de las antiguas cartas de amor, cuya evidente falsedad no despierta en sus almas gastadas otros ecos que los de olvidados desencantos.

No osaba continuar su exploración á través de las habitaciones, temiendo la súbita revelación de una cierta tristeza que sentía flotar sobre sí, pero que había olvidado, perdido quizás, á lo largo del camino, mientras ganaba de nuevo su querida casa de Lisé: *la Casa de las Rosas*.

Así se llamaba una de sus antiguas obras de más éxito: y era esta vivienda perdida entre las flores la que le inspirara la célebre romanza. Las parisienenses la cantaban lo mismo que las campesinas de las más remotas provincias, las verdaderas campesinas, no ya las semi-grisetas de aquella aldea de arrabal en que la casa vivía. ¡Vivía! No: era precisamente lo que á él le angustiaba: que no vivía ya.

Maquinalmente había subido Dayel al primer piso y entrado en la alcoba: en el centro, alzábase oculto bajo oscuro pabellón, en la sombra de los postigos cerrados, el lecho, inmenso, como un monstruo que se hubiera echado allí obstruyendo el paso.

Abrió la ventana: en el gabinete vecino, sobre el ancho tocador, minúsculos frascos, una caja de polvos, hablaban evocando la imagen de Marta, que ya no se encontraba allí, como antes, siempre alegre y canturreadora, mariposeando por las habitaciones.

Por eso estaba muerta la casa; porque faltaba ella. ¿Por qué se había ido? No lo recordaba. Yendo y viniendo, angustiado por esta ausencia, cuya causa no podía recordar, fijó los ojos en un calendario, junto á la chimenea; y leyó una fecha: 16 de julio. Ah, sí, ahora lo recordaba: ¡Marta había muerto!

— ¿Por eso he estado loco? Sí: un año, me han dicho allá. ¡He estado loco! ... ¡Porque ella ha muerto! Por eso está tan vacía, tan triste, la Casa de las Rosas.

Ahora sabía, ahora recordaba su cautiverio; había sido el mismo día, hoy hacía un año cuando había muerto. De repente, el tintineo de la ronca campanilla en la verja del jardín le sobresaltó. Bajó á escape.

— ¿Quién podía venir?

Una vieja arrebujaada en su manto negro, sin esperar que le abriera, se adelantaba hacia él y le saludaba mirándole con curiosidad.

— Buenos días, Sr. Dayel. ¡Se encuentra Vd. bien ahora! Venía para arreglar un poco: después de tanto tiempo, habrá muchas cosas que hacer seguramente. Ya ve Vd. sin embargo que no se ha descuidado su casa, puesto que nos han encargado de guardarla.

Juan la escuchaba, un poco distraído de sus pensamientos, calculando que aquella vieja vecina debía saber cómo había partido Marta, de qué había muerto, — y luego su locura y su viaje. Era la verdad: había estado loco durante un año.

La vieja se había quitado el mantón, y aparecía, rebosando limpieza, bajo su cofia encañonada. De una alacena abierta, iba sacando los enseres de avío.

— Me reconoce Vd. ¿verdad, Sr. Dayel? La madre Machel, ¿eh? su vecina; he venido mucho de asistenta á su casa cuando tenía Vd. amigos de Paris. ¿Se acuerda Vd.?

La vieja había dicho esto prudentemente, como mujer apercebida, á quien se ha prevenido para que no deje escurrir la lengua.

— ¡Cuánto tiempo hace ya que no está Marta! ¿Se acuerda Vd.?

— ¡Ah, es una desgracia bien grande para Vd., señor! ¿Quién iba á pensar?... Era encantadora, sí, la señora, tan rubia... Y, ¡tan amable! ¿Quién lo hubiera creído?

— ¿No es verdad? ¿Quién iba á figurarse que tan pronto se había de ir?

— Vamos, Sr. Dayel, no hay que pensar más en ello. ¡Hay tantas cosas tristes en la vida! Todo acaba y todo vuelve á empezar. Aun es Vd. muy joven, y gana Vd. mucho dinero. En otro tiempo, Virgen Santa... Cada uno á su labor... Vd. á su música... Todavía hay que cuidarle á Vd. bien para que pueda componer esas canciones tan bonitas que se cantan por todas partes.

La vieja iba sacudiendo las piezas del piso bajo, acomodaba los muebles, arreglaba todo lo que él acababa de desarreglar, entregada á su trabajo, mientras él fantaseaba. « Era esto, sí : un año hacía, su mujer, tan rubia y tan buena, había

muerto. Y él se había vuelto loco de dolor. Y por esto, hacía un instante, no recordaba. Él no había presenciado la horrible toilette, ni el ataúd; demasiado enfermo, sin duda, no había podido acompañarla al cementerio. Desde los primeros momentos se la habrían llevado. »

Iba ya atardeciendo.

De repente sintió impulsos de salir de la casa en que la vieja se afanaba, absorbida por su tarea. Iría á través de los campos á mecer su ensueño al susurro de las hojas en el crepúsculo : al fin estaba curado, no era ya un loco; volvería á su vida normal; pero antes, como para hacerse nuevamente á la vida, se quedaría solo algún tiempo en aquel país, tan bello en aquella estación.

— Comeré en la hostería, dijo, y voy á salir á hacer tiempo. Mañana veremos lo que determino. Buenas tardes.

Y salió, sin escuchar á la mujer que le recomendaba una criada, diciéndole que él no podía vivir solo, sin nadie que cuidara de la casa y de su dueño.

Por las calles, despertaba, al pasar, la atención de los aldeanos, de las gentes de la tierra. Había algo de miedo en aquellas miradas : todos habían sabido su desgracia, su locura; se admiraban de verle libre, escudriñaban en su rostro la mudanza que debía haberle producido su tristeza, su enfermedad.

Iba reconociendo á sus antiguos vecinos, y contestaba con la cabeza ó con un gesto, sin detenerse, á los saludos que le dirigian desde el umbral de las puertas. Á esta hora, entre dos luces, los hombres volvian de los campos, ó deseansaban ya del trabajo del día.

Todas aquellas miradas y aquella extrañeza mortificaron á Juan Dayel: pensó que querían espiar su pena y se sintió molesto por aquella curiosidad que trataba de desnudar su alma. Se apresuró á llegar á la carretera, y echó á andar al acaso por un camino sureado de profundas rodadas, bordeado de tupidos setos tras los cuales asomaban los árboles. Allí se encontraría solo, libre para arrojar su máscara, sin tenerse que cuidar de los extraños.

Por las casas diseminadas y las encrucijadas, reconocía el camino por el cual, con harta frecuencia, solian dirigirse al río, precisamente á esta hora en que el día próximo á apagarse imprime en los paisajes un encanto diferente cada tarde, distribuyendo sus riquezas y sus reflejos de oro, púrpura y violeta sobre el campo, argentando los ríos.

Antes, todo esto se traducía en su alma de músico, por ritmos, en que pasaban las voces del ganado y el murmullo del agua entre motivos entusiastas ó voluptuosos, alegres ó tristes, según el color de las horas.

II

El sendero estaba solitario, animado únicamente por aves é insectos que gorjeaban y zumbaban en los setos, y por bandadas de pájaros que acudían, golosos de las negras moras. En la atmósfera estival aún abrasadora, sonaban los chillidos de los martines pescadores, los chirridos de los grillos entre la hierba seca; crujidos de plantas y triscar de animales sacaban por instantes á Juan Dayel de su ensueño: todo vivía fogosamente, aquella tarde, palpitando con la alegría de la estación hermosa.

Canciones y risas se escapaban de las ventanas, de los corrales de las casas de labor escalonadas á lo largo del camino; y una inmensa alegría parecía brillar en los trigales, cuyas espigas se erguían doradas, inmóviles, destacándose en un cielo intensamente azul.

Dayel llegaba á la orilla del río, feliz en la calma de aquella soledad. Sentía vivir la tierra: se ha-

llaba libre, como en otro tiempo, antes de su ausencia.

Grande era su dolor al pensar que, no estando Marta, tendría que volver solo á su casa vacía: su pecho se hallaba henchido de pena, pero en ello amanecía la gloria de la nueva libertad; sentíase con ansia de llorar, y al mismo tiempo le invadía una beatitud inmensa al percibir la música de las cosas, melancólica y dulce. De su mismo dolor se exhalaba un canto, un canto triste, con aquella tristeza de los niños que han llorado porque se les contraría.

De súbito enmudeció el canto y sus ojos se arrasaron en lágrimas; ya no miraba los árboles y el límpido espejo en que se reflejaba el cielo azul; un instante había dejado de oír el cántico de la vida, porque sus ojos, desviados, habían encontrado el vacío; Marta no estaba allí como antes, callada y abrazada á él; su alma vivía sola en el paisaje desierto velado por el crepúsculo.

Largo tiempo dejó el músico revolotear su pensamiento: el río se teñía en los matices del ocaso; en el agua alargaban su sombra los árboles y temblaban las hojas reflejadas: á veces pasaba alguna caña flotante esparciendo en torno su ligera semilla y su pelusa; los pájaros volaban de una á otra ribera rozando los lirios silvestres; mientras otros gorjeaban en los árboles sus últimos trinos,

aquella gente; algunos hombres y mujeres habrían muerto; pero aquéllos parecían todos alegres, rodeados de nuevas vidas. Como poco hacía, en la amplitud de la campiña palpitante, sentía que la existencia se volvía á apoderar de él, atrayéndole como poderoso imán, para arrojarle otra vez á la lucha en la vida de todos mezclada de nuevas alegrías y nuevas penas. Sin apresurarse terminaba su comida, emperezándose ante el café humeante, oyendo, más que escuchando los dichos de la concurrencia.

Renacía dentro de él el músico, para quien todo debía traducirse en armonías; volvía á sentir la pasión por los ritmos alegres; motivos musicales asaltaban su cerebro donde se entrecrocaban y combinaban sonidos, futuras canciones, que como sus obras pasadas, despertarían la alegría, incitando de nuevo á las muchedumbres al placer y al amor.

Volvió á su casa, la Casa de las Rosas. Embriagado por los esfluvios del ambiente, olvidaba que no era ya la alegre morada de otro tiempo; su mente demasiado ocupada no percibía ya tristeza ni vacío.

La vieja había encendido en la antesala la lámpara de pantalla roja, y nada parecía de pronto haber cambiado en la casa de otros tiempos, perdida entre las flores como las chozas de las novelas.

En las esquinas, rasando las paredes de los edificios, á lo largo de un sendero desierto, había visto pasar parejas furtivas, que se esquivaban al paso de los transeúntes; había oído susurro de besos llenando el aire cálido, apenas refrescado por la imperceptible brisa del estío. De las viviendas, por las ventanas abiertas, exhalábase un perfume de tierna intimidad, el aire lleno de rumores transcendía la vida, el amor que respiraban todos los seres, todas las existencias henchidas de savia.

Como en otro tiempo, cuando sentía la inspiración de cualquiera melodía, después de fantasear ó de pasearse, Juan Dayel se había instalado ante su piano.

Sentado ante las teclas, blancas y negras como las fases de una vida, las ventanas abiertas de par en par, embriagado por gorjeos de pájaros y perfumes de flores estivales, alientos de amor, dejaba Juan Dayel caer sobre el teclado los motivos que rebo-saban en su mente, y hacía resonar en la pureza de la noche, embriagadoras notas que bordaban una estrofa de la eterna canción.

Tornaba á empezar, modificándolo cada vez, el motivo revoloteador y voluptuoso, cortado por una frase lenta, lánguida en ritmo de vals; sus ojos extraviados veían danzar en el vacío las parejas, jadeantes de este mismo placer que despertaba su melodía.

Se había acabado; Dayel detuvo sus dedos sobre las teclas. Presa aún de la inspiración, recordaba otras veladas felices, animadas por notas alegres ó de melancólica ternura. Levantóse, anhelando escuchar una vez más, queriendo resucitar, alguna de sus romanzas preferidas. Antiguas estrofas acudieron á él:

Dime lo que te apena,
¿ Por qué no quieres?
Dímelo muy bajito,
Si no te atreves.
Dime, chiquilla,
¿ Es muy grave la causa
De tu penilla?

Repasaba su cartapacio forrado de seda en que descansaban sus últimas composiciones, valeses, marchas, cauciones, la última cuadrilla que había compuesto, primor del carnaval, y fragmentos, proyectos no armonizados aún, anotados en el momento de la inspiración y echados allí en expectativa.

Lleno de curiosidad, feliz en volver á ver aquellos papelotes amigos, su trabajo interrumpido, reunía sus opúsculos junto á sí, para releerlos en seguida al piano. Enternecíanle también los grabados que algunas veces inspirara, líneas en que

los besos cantaban entre las notas. Y arrojaba á un lado y otro miradas furtivas, como un niño glotón que ante una golosina á su alcance se goza en retardar el placer.

— « ¡Ah! Un sobre á su nombre... letra de ella... » las queridas patitas de mosca de Marta, cuya imagen surgía repentinamente de los limbos de tristeza misteriosa y no sin dulzura en que hacía poco estaba sumida.

Adiós placer de notas alegres y tiernas; ya en lo que menos pensaba era en rebuscar las inspiraciones olvidadas.

Rápido, como un ladrón que huye con su presa, subió Juan á su alcoba, la de los dos en otro tiempo, en cuyas colgaduras flotaban todavía esfluvios de un perfume antiguo ya consumido, el perfume de aquella Marta rubia y amable, la de los ojos claros y los alegres labios tan tentadores.

Recostado en la blancura del lecho abierto, desdoblaba Dayel la carta, dejando caer sobre las rodillas el sobre á su nombre en que hormigueaban las patitas de mosca de la adorada, muerta hacía un año.

Leía :

« Perdóname, pobre Juan mío; me voy porque es preciso. Ya sé que está mal, que estoy loca. Pero ¿qué hacer? Te quiero y le quiero también á él,

sin saber cómo, de otro modo que á tí, que tanto te pareces á mí.

» Estoy trastornada, me siento llevar á pesar mío, arrastrada por alguien más fuerte que cuanto hay en mí; y contra esto nada puedo, mi pobre Juan. Te indignarás conmigo; yo lo estoy contra mí misma por causarte un pesar tan inmenso. Pero es fuerza que parta, que me vaya muy lejos.

» Adiós, Juan : olvídate : ya no nos veremos más puesto que « él » me lleva; no me atrevo á enviarte un beso que tú rechazarías... y, á pesar de todo, siento una pena inmensa por dejarte.

« MARTA. »

¡ No había muerto, entonces! Había huído, huído, con un amante. « El bandido ».

Y la frase de la madre Machel, que creyera condólenza de duelo, revivía en su mente, ratificando su persuasión :

— Es una desgracia bien grande para el señor. ¡ Ah! ; Todo acaba, todo vuelve á empezar!

Sobre el lecho, perdida toda conciencia, Juan Dayel permanecía dolorido, postrado. La carta yacía junto á él, azuleando en las sábanas; el sobre tachanaba de claro la oscuridad de la alfombra. Como anonadado por un golpe violento, se quedó dormido, amodorrado mejor, en una torpitud sin ensueño.

Filtrábase el día por las persianas, estriando de luz la penumbra de la alcoba, cuando Juan se despertó. Sentíase magullado, como si hubiera rodado al fondo de un precipicio, pesada la cabeza, cansados los párpados.

Se ahogaba: dolíale todo el cuerpo. Vióse vestido aún con las ropas de la víspera; y pensó qué nuevo dolor le habría herido hasta el punto de anonadarle así.

Se levantó penosamente, para desnudarse, esperando reconfortarse con las abluciones matinales: abrió de par en par la ventana y contempló el alegre paisaje, la verdeante falda de la colina despejada en abigarradas hazas, verdes, pardusecas, negreando en el horizonte; que eran trigales, campos de avena, prados, viñedos, entrecortados de bosques cuyo follaje susurraba coreando los gritos de los boyeros, los cánticos de innumerables existencias esparecidas.

En los campos, se afanaban por doquier los hombres, absorbidos por el trabajo, puesta la mira en sus cosechas, en sus vendimias; serían gentes felices aquellas; en el hogar les esperaban cada anochecer mujeres y niños, la humeante cena, la alegre charla de fin de jornada; la siega les traería quizás un poco de riqueza, quizá un poco de decepción; pero la esperanza de nuevas cosechas los consolara.

Y, andando por la habitación, en la cegadora luz que la inundaba, sus ojos tropezaron de nuevo en la carta, caída en la alfombra, cerca del sobre en que se leía su nombre trazado por temblorosa mano.

Recordó. En plena lucidez, reavivábase su dolor, y con voz lánguida, muy quedo, murmuraba una y otra vez aquellas palabras que le abrasaban:

— « Un beso que tú rechazarias... y sin embargo te sigo queriendo. »

¡Marta! Aquella Marta tan buena y tan rubia, era la que le había vuelto loco. No había muerto, ella. Había huído para seguir á otro, que, seguramente, no la querría tanto como él.

La hubiera preferido muerta, sí; habría hallado un melancólico placer, al regreso, en ir á ver su tumba, á adornarla con las rosas de su casita. Ella seguiría siendo suya más allá de la vida.

Sus almas seguirían íntimamente ligadas, podría él sin temor evocar los muertos encantos, presentes á sus ojos en las horas de plácida tristeza.

Esta pena y esta piedad le inspirarían quizás composiciones más serias y más melancólicas, más bellas quizás que sus romanzas de amor: el dolor elevaría su talento hasta la delicada belleza de los sentimientos dulcemente tristes. Ella le había querido, seguramente; pero quizás se había él apresurado más de lo justo en lanzarla á un mundo tan

nuevo para ella, en que las adulaciones impresionaban sin cesar su belleza de estatuilla fina. La había dejado embriagarse de frases bonitas, de deseos expresados con más habilidad que en otro cualquier ambiente menos artístico.

Quizás le cabía á él su parte de culpa en la desgracia presente. Había estado ciego al no desconfiar de los homenajes que adulaban su amor, ciego al no apercibirse de aquella turbación de Marta, ahora tarde recordada, que fué precursora para ella de la partida, para él de duelo y de locura.

Agitado, febriciente, revivía todo el pasado de amor, de adoración por su preciosa Marta, que le quería también un poco, y le había vuelto demente. Como niño privado de su juguete favorito, habría sollozado, á serle aún posible las lágrimas. Pero el copioso llanto de la víspera, había agotado el manantial.

Acababa de oír el rechinar de la verja en el fondo del jardín; luego pasos que iban y venían: la madre Machet, sin duda, que prepararía el desayuno y se entregaría á sus faenas matinales.

De buen grado se hubiera quedado allí acostado en su alcoba, envuelto en su sufrimiento, pero temió que se le creyera otra vez loco si corría la voz de su malestar.

Había padecido tanto, á pesar de su frecuente inconsciencia, allá en la casa de salud.

Le horrorizaba pensar en volver á su celda de los primeros meses; le aterraban brutalidades que renacían en su memoria, el suplicio de ciertas horas en que, momentáneamente lúcido, se había visto prisionero. Recordaba gritos que otros daban, despertar de pesadillas, monótonos paseos vigilados por guardianes en un gran parque acotado por altos y negros muros.

Por fin halló fuerzas para levantarse y bajar, componiendo su rostro para que nadie, ni aun la vieja sirvienta, pudiera vislumbrar en él su nuevo dolor.

La madre Machet, feliz en mostrar una solicitud mezclada de conmiseración, le servía afanosa; y él devoraba glotonamente su almuerzo, como hombre á quien torna hambriento la tristeza. Quería ella hablar, distraer á Juan de su mutismo. Y Dayel contestaba apenas en breves palabras, por no desairar á la vieja, sobre todo, por no darle á sospechar que le quedaba la menor huella de aquel año de locura.

La herrumbrosa campanilla se agitó de repente, y Dayel se sobresaltó: cada ruido imprevisto debía sin duda anunciar una desgracia, algo que viniera á agravar más su sufrimiento. Volvió la madre Machet y le alargó una carta timbrada en París. Juan dejó el pliego á su lado; titubeaba en leer, asaltado por el miedo terrible de que, si se emo-

cionaba, el menor de sus gestos podría parecer signo de demencia.

Con tranquilidad afectada, y mientras humeaba delante el café, impregnando la estancia de aromático calor, rasgó el sobre.

Sabiéndole ya suelto y curado, le invitaban á que fuera á recoger á su hijita, Marta, y abonar de paso el importe de los cuidados que con ella se habían tenido.

— Es verdad, ya sabía él que algo faltaba á su infortunio: no era él el único abandonado; estaba su pequenuela que había quedado también sola, con la falta de la madre y la súbita demencia del padre.

Vivía ahora con su tío Francisco Dayel, un artesano, un ebanista del arrabal, que no había podido hacer más que recogerla.

Iba á hacer pronto cuatro años, la pobre chiquilla... Era rubia como su madre, con los mismos ojos castaños tornasolados de verde. — Había sufrido seguramente en casa de sus tíos, con la aplastante vulgaridad de aquella gente y el mal genio de la mujer, fungosa y rabiscosa. Al decir de la carta estaba tristecilla y con frecuencia malucha. Iria á buscarla á París, se ocuparía de ella.

¡Pobrecita! Ya el tono ambiguo de aquellos renglones dejaba traslucir por qué la había recogido aquella gente; « porque no va uno á dejar

morir una criatura » como debió de decir el tío, buen hombre en el fondo, para convencer á su compañera.

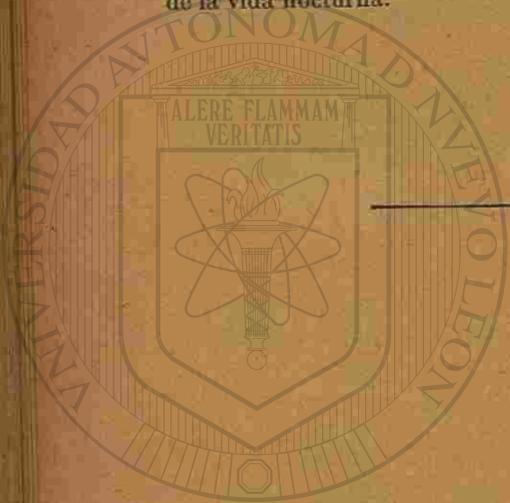
Estos parientes no querían al artista; y la niña debía de haber oído frases mortificantes, los días aciagos, los sábados en que el ebanista volvía tarde á casa, con la paga descabalada.

« ... Marta, la rubia, la buena, no había pensado en aquella hijita más que en su marido, su amante de tantos años felices: á los dos había abandonado. Eso, todo eso había sido causa de su demencia. »

Se ocuparía de ella. Iria á buscarla á París tan pronto como estuviese mejor, algo más calmado su sufrimiento.

Á través de los campos, en torno á Lisé, fué Dayel á pasear su dolor, del que asomaban melodías aún vagas, que le llenaban de una tristeza impregnada de placentera esperanza por la naturaleza estival. Fué á mecer su sufrimiento al murmullo del agua. Como la víspera se aventuró en el bosque lleno de cánticos y de estremecimientos de amor. El cálido aroma que exhalaban la tierra, los árboles y las flores, añadiase á los murmullos, se concentraba en él, para armonizarse en su enfermo cerebro; el dolor de los idilios moribundos se mezclaba á la vida envolviéndolo todo en el torbellino de las cosas que recomienzan. Volvió á Lisé cerrada ya la

noche, caminando lentamente, bajo un cielo de intenso azul, cuajado de estrellas, escuchando el himno de las hojas y del agua, todos los rumores de la vida nocturna.



LIBRO SEGUNDO

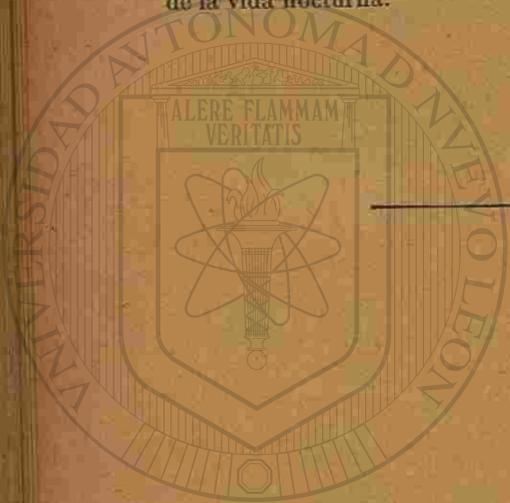
UN CRIMEN DE AMOR

I

Juan Dayel era hijo del pueblo. Parisiense, y de despejada inteligencia, no bien se abrieron los ojos de su alma y pudo escuchar en torno á sí, cada suceso, cada alegría, cada dolor, resonaron en él, y se tradujeron en su mente, por interiores cánticos, y por la afición al mismo tiempo á las manifestaciones sentimentales del alma popular, tan fácilmente impresionable.

Su padre era cerrajero, establecido en una callejuela próxima á San Pablo. Salido de la escuela, había aprendido el oficio paterno, pero cultivando al mismo tiempo la música, que absorbía con pasión sus horas de asueto.

noche, caminando lentamente, bajo un cielo de intenso azul, cuajado de estrellas, escuchando el himno de las hojas y del agua, todos los rumores de la vida nocturna.



LIBRO SEGUNDO

UN CRIMEN DE AMOR

I

Juan Dayel era hijo del pueblo. Parisiense, y de despejada inteligencia, no bien se abrieron los ojos de su alma y pudo escuchar en torno á sí, cada suceso, cada alegría, cada dolor, resonaron en él, y se tradujeron en su mente, por interiores cánticos, y por la afición al mismo tiempo á las manifestaciones sentimentales del alma popular, tan fácilmente impresionable.

Su padre era cerrajero, establecido en una callejuela próxima á San Pablo. Salido de la escuela, había aprendido el oficio paterno, pero cultivando al mismo tiempo la música, que absorbía con pasión sus horas de asueto.

Ocultamente, preparó su examen de ingreso en el Conservatorio, soñando éxitos inauditos, bien que repetidos ejemplos le hubiesen prevenido acerca de las decepciones que esperan á los futuros artistas. Admitido en el concurso, entró con buen número en aquel plantel, y obtuvo así un primer triunfo cuyo anuncio repentino le evitó muchas luchas de familia. En tal grado entusiasmó aquel éxito á sus padres, que le emanciparon del trabajo manual por el que siempre había sentido repugnancia, á pesar de su aparente docilidad.

Por lo demás, Juan Dayel poseía una de esas almas tiernas en que se reúne toda la sensibilidad de que carecen las personas rudas, los pobres y los mediocres, todos los seres, en fin, faltos de refinamiento exterior ó abrumados por trabajos ingratos, vicios ó miserias.

Dayel era soñador, amable y estudioso; delicado en sus gustos, mantúvose siempre lejos de turbulentos compadrazgos, sin orgullo, que, por otra parte, nada hubiera entonces justificado.

Todas las sensaciones tenían en él ecos, cuyo recuerdo pasó más adelante á sus composiciones que, entusiastas, lastimeras, ó tiernamente amorosas, habían de expresar toda la nostalgia latente en el corazón de la muchedumbre. Salió del Conservatorio con un premio en composición, laureado en armonía y hecho un buen instrumentista.

Arrastró durante meses la vida del músico pobre, conoció las largas caminatas á través de París, en busca de lecciones mal pagadas, tocó por las noches, figuró en las orquestas de los teatros de barrio, copió música para los editores, siguió en largos giros á empresarios aventureros, peregrinando de pueblo á pueblo, de los teatros de provincia á los casinos de los balnearios y del extranjero.

Conoció el bien pasar relativo, alternando con la miseria y las decepciones y esta vida errante no le disgustaba: el cambio de espectáculo, los viajes, encantaban á su lozano espíritu. Bohemio de corazón, sacaba alegre partido de las peores malandanzas, se refa de las decepciones, y á través de todas sus peripecias, seguía cantando la vida, según la cosa triste ó alegre que le presentaba, cuando la inspiración llamaba á su puerta.

En los veintisiete años frisaba, cuando hecho director de orquesta, tuvo lugar de entregarse al trabajo y hacer cantar sus romanzas. Se hizo pronto un nombre, y compuso valeses que se tocaron por doquier y de los salones pasaron á las calles. Estrenó con éxito una opereta. Y una canción patriótica hecha sobre la letra de un ramplón desconocido, acabó de asegurar su popularidad. De pueblo en pueblo, de éxito en éxito, *El Veterano* dió la vuelta á Francia, asentando la fama del músico, tanto más cuanto que en aquella época todas las miradas se

fijaban en un soldado, un rey de las calles, y parecía florecer en las almas francesas un espíritu guerrero, una esperanza de revancha. Siguiéron marchas guerreras de un espíritu más amplio. Juan Dayel tenía casi tanta celebridad como hoy: y vivía de ella hermosamente.

Por lo demás poseía en el más alto grado esa sincera ternura que conmueve á las muchedumbres. Su mayor placer sobre todo en los comienzos de su triunfo, cuando aun tenía que luchar para imponerse, era recorrer los barrios populosos en las tardes de los días serenos y oír sus canciones á los cantantes callejeros. Gozaba en mezclarse en el círculo que se forma en torno de estos modernos aedos, y aunque en sus oídos chocasen de cuando en cuando disonancias, olvidaba bien pronto las desafinaciones de la quejumbrosa guitarra, para mecerse deliciosamente en los motivos y los versos que coreaban las chicuelas y las ahiladas y gráciles muchachas parisienses, visiblemente emocionadas por una melancolía de que él era el creador.

En el ambiente pobre de las calles de arrabal, emprendía con fruición paseos sin fin, en medio del bullicio, en la hora alegre en que, terminado el trabajo, y libres hasta el día siguiente, aflúan los obreros, y las hijas del pueblo, alegres y jacarandosas, por grupos ó solas, pasaban apresuradas, dirigiéndose á la cita.

¿No era él quien hacía descender á todos los desheredados un poco de ideal, sencillamente expresado? ¿No era él un jardinero bienhechor que hacía abrirse flores de alegría en las almas que sufrían? Á veces, sentíase Dayel verdaderamente orgulloso, de toda aquella felicidad que él creaba: y se enternecía él mismo al oír resonar en tantas cabezas sus estrofas, que sintetizaban todo el ideal, todas las aspiraciones, todos los amores de los humildes.

Los paisajes parisienses, las altas casas, ensombrecidas ó soleadas á trozos, los gritos de los vendedores, el estrépito que conmovía el pavimento, todo se desvanecía en la mente de las gentes, cuando los cantores ambulantes, fijándose en una esquina, detenían con unos cuantos acordes á los hombres y mujeres que pasaban.

Las hojillas de papel, de defectuosa litografía, entre gráciles manos y por grupos de amigas, eran seguidas línea tras línea, para aprender la canción que luego se repetiría largo tiempo en la casa y en el taller. Á veces brotaría de ella un recuerdo amoroso; á veces una penilla del corazón hallaría consuelo y arrullo en la melodía.

Gozaba en estudiar el mágico efecto de las frases tiernas y de los motivos musicales en las fisonomías absorbidas por la atención, en las que leía dulces emociones, tiernas inquietudes, fantaseos

de amor; y de todo aquel ensueño él era el inspirador, el bienhechor intérprete.

Era su propia alma la que se reflejaba en todas aquellas almas, por su canto de ruisenior popular; con sus notas difundía la felicidad á través de París, á través de la Francia.

Con frecuencia, había tomado á una de aquellas muchachas y á su unión con ella, había llevado, á pesar de su indiferencia de artista y de hombre laborioso, su inmensa sensibilidad de una hora que le hacía impresionable á la menor emoción.

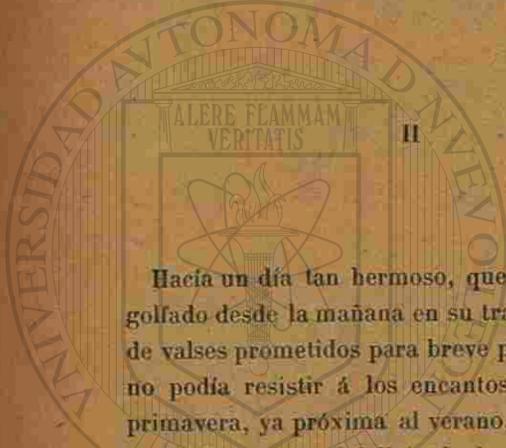
Aquellas canciones las había vivido, como había sentido igualmente, en los días de gran revista, el soplo guerrero de sus marchas al paso de los regimientos entre las aclamaciones.

Rubio y delicado, de mediana estatura, de ojos melados en que se reflejaba un perpetuo ensueño, elegante y bien parecido, había gozado de muy envidiables favores, en las andanzas de sus viajes, según sus sucesivas peripecias de músico pobre y de autor aplaudido y querido del público.

El encanto y los fugitivos pesares de tales aventuras habíalas sabido reflejar Dayel en sus composiciones. Sus canciones fueron alternativamente melancólicas y brumosas, radiantes y florecientes, llenas de desencanto ó de voluptuosidad, según las mujeres, los paisajes, el medio ambiente que las inspirara.

Sus placeres, sus emociones tiernas, sus decepciones amorosas, sus tristezas, las trasformó en melodías, con frecuencia encantadoras, á pesar de las trivialidades que se complacia en cantar. Aquel encanto, aquellas notas acariciadoras, que expresaban aventuras para todos comprensibles y de las cuales el más sencillo espíritu sentía en sí los ecos enternecidos, fueron las causas de su popularidad. Por otra parte, lo sincero de su inspiración, la originalidad que á veces revelaba, su fresca fecundidad, exenta de reminiscencias, le valieron el aprecio de los más viejos, mientras que la exuberante ternura de los motivos, le atraía las mujeres, que, amándole sin conocerle, gozaban en oírle á través de sus obras.

Por lo demás, Juan era un tipo simpático: era dulce su voz, dulce la mirada de sus ojos pardos, rasgados, entrevelados á veces por pasajera timidez, pronto desvanecida. Desde muy temprano, la vida se le había ofrecido como una mujer que goza en que tomen de ella cuanto puede dar.



Hacia un día tan hermoso, que Juan Dayel, engolfado desde la mañana en su trabajo, una tanda de vales prometidos para breve plazo á un editor, no podía resistir á los encantos de aquel sol de primavera, ya próxima al verano, cuyos rayos jugueteaban entre el follaje de los grandes álamos que asomaba tras el pretil del muelle, en frente de su habitación. Era un día claro y azul : había abierto de par en par su ventana, una ventana muy grande de una casa muy antigua de la isla de San Luis, y de pie contra la jamba, liando un cigarrillo, permaneció contemplando en ensueño, aquel rincón del viejo París, aún majestuoso, aún aristocrático, á pesar del vandalismo comercial que no perdona recuerdo alguno y ahuyenta de los viejos edificios los antiguos espíritus familiares.

Aunque hubiera querido dar fin á su tarea, de la que estaba ya un poco causado, después de una

semana que le absorbiera sin descanso, sentíase Juan invadido por la pereza, por impaciencias de estudiante, que, abrumado por la atmósfera del colegio, aguarda ansioso las campanadas del reloj, pensando en el paseo que dará y en los placeres que le aguardan allende la puerta. Miró el piano, y sin entusiasmo, repitió una coda que no le acababa de gustar y cuya factura cambió. No le cundía el trabajo, no acertaba con nada : mejor quizás, ideas incoherentes le bullían en el cerebro. Repetíase la letra de una romanza, que le habían llevado la víspera y que le obsesionaba con su trivialidad primaveral; había encontrado el motivo y no podía librarse de él :

Á anunciar la estación de los amores,
Ha venido ya el sol.
Y tus ojos, de luz abrasadores,
Despiertan el amor.

No era poesía muy elevada, seguramente, pero la música sería fácil. Peores letras habían alcanzado gran popularidad.

Hubiera querido de todos modos concluir su trabajo. Animosamente, volvía á tocar su vals, buscaba.

— ¡Ea! exclamó por fin levantándose y rechazando con el pie su taburete. Hoy no haría ya nada bueno.

Medía á pasos su habitación, enfurecido contra

aquella pereza que le inutilizaba. Al fin salió, resignado, prometiéndose trabajar por la noche, para terminar de una vez aquella tarea, que resultaba abrumadora, pasado el entusiasmo de los primeros días.

Paseaba á lo largo de los muelles, interesándose por los incidentes más insignificantes, por los trabajadores de las orillas. Los cargadores ruando toneles, los areneros cribando arena, los marineros desembarcando mercaderías, el vaivén de la pintoresca arboladura de los botes, junto á la ribera, le distraían.

El sol empezaba á declinar, filtrando sus ardientes fulgores entre las hojas de los árboles; las sombras se prolongaban desmesuradamente sobre los muros y los pavimentos. Pasaban remolcadores arrastrando hileras de embarcaciones pesadas, mugiendo en las sinuosidades del río, que reflejaba sus imágenes; en la cubierta de las barcas las mujeres se movían, encendiendo el fuego para la cena, mientras que la chiquillería corría al rededor de los pequeños tambuchos pintados de claro.

Así discurriendo, había alcanzado Dayel la punta de la isla; apoyado en el parapeto, contemplaba la rumorosa ciudad, de la que le parecía estar aislado en aquel rincón tranquilo, casi desierto, propicio á fecundos fantaseos. La Casa Consistorial

iluminada por el sol poniente, la cincelada masa de la grisea catedral, Nuestra Señora de París, cuyas torres y aguja se bañaban en el azul, fijaron sus miradas, despertaron sus recuerdos, evocaron sus entusiasmos por la bellas páginas del poeta, Víctor Hugo, en la época de su iniciación de artista que conoce tarde las obras maestras. Lamentaba tantas y tan hermosas horas perdidas en las tareas exigidas por la necesidad, todo aquel tiempo robado á la vida.

Iba llegando á la *Cité*, cuya animación á aquella hora le entusiasmaba; dirigió una última mirada á los viejos hoteles del muelle de San Luis, pensando en el deleite que experimentaría evocando en delicadas pavanas, la gracia arcaica de sus constructores, los tiernos coloquios y los sentimentalismos de los tiempos que huyeron, los falbaláes y preciosos perifollos de las bellas y señoras ya muertas y que, á veces, debían de revivir, cuando se desvanecen las modernas plátitudes que todo lo invaden; y se extingue con el día el prosaismo, destructor de los recuerdos.

Había atravesado la inmensa plaza del mercado de aves, y por la calle de Arcole, verdeante y alegre, pasando los muros del Hôtel-Dieu, llegaba al atrio de Nuestra Señora, surcado de coches y transeuntes, atareados con sus ocupaciones, ó libres ya y felices de volver á sus hogares.

Un grupo obstruía la estrecha calle del Claustro, de la que salía el murmurio de una canción, y los lastimeros acentos de un violín que acompañaban la voz del cantor. Dayel oyó algunas palabras y distinguió la tonada en medio de los innumerables rumores de la gran ciudad; era un vals publicado el año anterior, y que recorría las calles en éxito triunfal.

Entre las violetas, estábamos sentados,
Oyendo entre el ramaje las aves gorjear;
Tu mano deshojaba las blancas margaritas...

Las finas voces de las jóvenes repetían; Dayel se sintió emocionado por aquel hábito de amor que se desprendía de su música. Él, que se burlaba á menudo de esas producciones sin importancia arrojadas á la multitud, maravillábase al ver que tales trivialidades despertaban no obstante el ideal, como una centella minúscula provoca un gran incendio. La letra se destacaba repetida por veinte voces, escuchada con atención.

Ligera pasa la estación florida,
Al breve marchitarse de sus flores;
Y así pasa el cariño por la vida,
Dejando en pos dolores.
Una hora he soñado,
Un sueño de belleza encantadora,
¡ Y es tan breve una hora !

Las claras voces de juventud languidecían al final, enternecidas; el coplero ofrecía ahora « La hora breve; letra y música. » Y numerosas manos se tendían, manos de mujeres y niños, compradoras del ideal de una hora por dos sueldos.

Dayel no había previsto, en verdad, para sus romanzas la popularidad callejera; aquello era un azar del éxito; pero lejos de molestarse infundíale íntimo placer aquella felicidad fugitiva que él proporcionaba.

Quizá también, aquel día, la hora azul y gris, la tranquilidad de aquel rincón parisiense, á pesar de la proximidad del gentío que pasaba, la belleza de la decoración, el silencioso grupo al pie de aquella masa de piedra cincelada, las gráciles siluetas sobre las cuales avanzaban las monstruosas gárgolas, la alegría de la primavera ambiente, le exaltaban, suscitándole deseos de caricias, sin que de todo aquello pudiera distinguir las causas.

Una rubia griseta se separaba del grupo, dirigiéndose hacia el puente y la ruidosa calle de Rivoli, cuya penumbra se salpicaba ya de moscas de luz: Dayel la siguió, seducido por la elegancia natural de sus andares, la esbeltez de su talle, una cierta melancolía que había creído leer en sus ojos apenas entrevistos.

Era sin duda una de las cien mil que, cada mañana y cada noche repasan el camino de la casa al

obrador y del obrador á la casa. Su aire parecía discreto, andaba erguida, entre el gentío, sin detenerse, aguijando, visiblemente contrariada de que la siguieran.

— Con permiso, señorita...

Dayel estaba ante ella, balbuciente, no osando decir otra cosa, temeroso de enajenarse irremediabilmente la simpatía de la muchacha, si profería alguna frase que la lastimara.

— No se incomode Vd. — ... se lo pido de veras...

Ella se había detenido, turbada, perdida en la sombra del ramaje que asomaba del muro, y que la noche ennegrecía. Juan la había saludado correctamente, y en verdad parecía tan tímido, su voz sonaba tan dulce y temblorosa, había tomado tan respetuosa actitud que ella no había osado esquivarse y continuar su camino sin una mirada para aquel suplicante, acaso sincero. Sentía que una severidad excesiva hubiera apenado inútilmente al desconocido.

Rápidamente, con una mirada, había juzgado á Dayel; no era un perseguidor vulgar, su porte elegante, sus modales, no eran los de un vividor, los de un burgués ó un empleadillo cualquiera.

— Pero, caballero...

— Vá. lleva consigo algo de mí, — dijo Juan señalando la canción que asomaba por el man-

guito de la muchacha. — Perdone Vd. que me presente de un modo tan brusco... Quisiera acompañarla á Vd. un minuto, hablar un poco... Vd. debe de ser buena.

La miraba ahora sin reparo, buscando con sus ojos los de ella, caminando á su lado; le había puesto en la mano un papel, y ella, maquinalmente, lo había leído.

Ella no respondía, vergonzosa, algo perpleja, impresionada por el respeto que el músico le manifestaba. Por fin se atrevió á hablar: volvía á su casa, muy lejos, en la calle del Temple. Era modista y trabajaba en un gran taller del barrio de San Germán.

Iba tomando cada vez más ánimo y contestaba á las preguntas que arriesgaba Juan Dayel: vivía sola, estaba huérfana desde hacía años; pero por lo demás no había que tenerle lástima, se ganaba la vida.

En sus palabras vibraba el orgullo de la creadora de graciosas trivialidades, feliz en afirmar su habilidad, la maestría en su arte. Y escuchaba á Dayel, que le contaba su vida, su soledad á veces tan dolorosa, el descorazonamiento de los placeres pasajeros, de las dudosas afecciones que acarrear pronto el desencanto.

Ella le escuchaba, impresionada por aquel lenguaje para ella ignorado, por la repentina confianza

que le mostraba el desconocido. Seguramente decía verdad; también él estaba solo y sufría de aquel vacío en que sentía ella perderse su vida.

Muchas veces hombres de todas clases la habían abordado; ella los había esquivado huyendo de la platitude que la descorazonaba, vivía miedosa de las frases indecentes que viejos y jovencuelos habían murmurado á veces en sus oídos. Dayel le contaba ahora sus esfuerzos de artista, sus esperanzas; lleno de curiosidad le hacía también á ella contar su vida; y la muchacha, confiada á su vez, arrastrada por un verdadero afecto que sentía ya nacer en sí, le hablaba de la monotonía de días siempre iguales, entrecortados por domingos que el aburrimiento dejaba sin placeres, pero que por lo menos le proporcionaban descanso. Adoraba los largos paseos que hacía fuera de París, en los días que el sol alegraba, generalmente sola, ó si acaso con alguna amiga de verdad; y manifestaba su horror por las galanterías, mostrándose reservada y juiciosa, pero sin ñoñería, sin hipócrita afectación.

Iban así, por las calles populosas, platicando como viejos amigos: Dayel, que le había ofrecido su brazo, la guiaba entre los grupos que se estacionaban ante las puertas y obstruían las calles más estrechas.

Al lado de ella, sentíase Dayel penetrado del

calor de abril; amaba ya su compañía, aun sin darse exacta cuenta del sentimiento que había nacido en él por aquella muchacha ya tan sentada y tan mujer, de una evidente nitidez de inteligencia; pero le asaltaba el temor de desviar la conversación y desenmascararse demasiado pronto; ella era juiciosa seguramente y se sublevaría contra una declaración demasiado viva, prematura.

Dayel se maravillaba interiormente al comprender la verdadera pureza de aquella alma tierna, aun no desflorada. Ella debía de conocer algo la vida, sin duda; pero las promiscuidades de la existencia cotidiana no le habían abierto los ojos sino para ponerla en guardia; su instintiva delicadeza, el amor de blancura que alienta en ciertas almas la habían preservado evidentemente de compromisos galantes, de rápidos amores de los cuales no concebía sino la bajeza.

No se atrevía á creerla intacta, pero en sus palabras y sencillez, podía vislumbrarse una dignidad inconsciente mezclada á ensueños y aspiraciones altivas de una sincera ternura. Una joven así se entregaría ó se negaría obstinadamente. Sentíase Juan seducido ya, conquistado por aquella franqueza y lealtad de hombre unidas á tan delicada gracia, á aquel rubio encanto.

Próximos ya á la casa que ella habitaba, Juan se atrevió á preguntarle el nombre. Se llamaba Marta

Liveil; y añadió haber nacido en París, de un mecánico y una costurera.

— ¡ Marta!

Dayel pensaba que tal era el nombre que él le habría deseado, sencillo y lozano, como impregnado de la sabia dulzura de ella misma. — Y consiguió volver á encontrar á Marta el día siguiente y acompañarla de nuevo hasta la última esquina de la calle. Antes de dejarla, furtivamente, en su mano desenguantada, la besó.

París estaba ahora iluminado; las calles de los arrabales revestían el alegre aspecto de las noches radiantes en que los parisienses se placen en discurrir á lo largo de las calles, gozando la satisfacción del trabajo terminado.

Marchaban hacia el bulevar parejas, muchachas, gente del pueblo discurriendo frente los escaparates, amantes, familias de la clase media, en grupo, embarazando las aceras con sus bandadas de niños. De la plaza del Temple brotaban risas de mujeres alborozadas, y, á través de las avenidas, se difundían gritos de la chiquillería, llantos y cajadas de los más pequeños, rebullicio de disputas y gorjeos de pajarillos.

Dayel volvió á dar en la isla de San Luis, alegre olvidado de su soledad, que llenaba ahora una figura, la figura de la simpática desconocida de mañana, imperiosa, pobladora de su ideal.

Horas enteras, ante el tranquilo río, que reflejaba los reverberos y las inquietas y negras sombras de los álamos de sus riberas, estuvo evocando al piano la imagen de la rubia Marta.

Vefa su reposado andar, sus menudos y quebrados pies, se hallaba delante de ella, en la irradiación de sus ojazos inmensos, que iluminaban su rostro con una belleza mate, láctea, sus cabellos en crenchas de oro, ensortijados apenas sobre las sienas; una minúscula figurilla de que sólo aparecía al principio el fulgor de la mirada y el arco sanguinoso de los finos labios, imperceptiblemente realzados en los extremos. En su brazo sentía la mano de dedos finos y sonrosados, enguantada de negro.

El motivo que ahora ejecutaba, se adaptaba maravillosamente á los versos de una canción irónica y tierna, cuya música no había compuesto aún. Hacía dos meses que un amigo se la había encargado; un rondó de antiguo corte, de una sencilla estructura, como las que cantan las viejas de la aldea.

El amor es rubio, el amor es moreno.

Vino el amor á verme: yo no le conocía.
En tanto que yo hilaba, mil vueltas describía

Alrededor de mí.

Si era rubio ó moreno,

Yo no lo vi.

Hilaba y no le vi. Mas díjome al oído:
Yo sé un mozo gallardo, yo sé un mozo garrido,
Que se muere por ti.
Si era rubio ó moreno,
Yo no lo vi.

No le vi, que sus ojos los míos me cegaron;
Y de blancas monedas, que en su mano sobaron,
La cántilena oí.
Si era rubio ó moreno,
Yo no lo vi.

Vi el fulgor de sus ojos brillar sobre mi lecho;
Y mis labios de grana, y mi enfiado pecho
Abrazados sentí.
Si era rubio ó moreno,
Yo no lo vi.

Sentí un dulce mareo, que mis ojos cerraba,
En tanto que sus brazos á mi cuerpo enlazaba
Con loco frenesí.
Si era rubio ó moreno,
Yo no lo vi.

No sé bien cómo era. Lo que tan sólo sé
Es que hoy me aprietan mucho la falda y el corsé.
¿ Por qué será, ay de mí!
Si era rubio ó moreno,
Yo no lo vi!

Dayel estaba satisfecho del acompañamiento que le había inspirado aquella letrilla; hubiérase dicho que la felicidad había entrado con él en la estancia dorándolo todo de un indecible encanto. Quizás

también el alma de alguna mujer de un siglo ya muerto, que habitara allí en vida, acudía á inspirarle aquella música delicada y graciosamente arcaica.

Largo tiempo aún, hizo Dayel sonar las teclas. La inspiración pasaba deliciosamente, sin que turbara el esfuerzo su melodiosa fantasía, ya apasionada, ya lastimera, conmovedora ó risueña, para remontarse á una intensa voluptuosidad, y terminar muriendo lentamente en notas perladas, que se desgranaban, como caen canturreando una á una, de la rosa musgosa las perlas de agua.

Hasta el amanecer, Dayel estuvo trabajando, ó mejor dicho, haciendo música al acaso, para él, para la joven que se imaginaba errante en espíritu por la estancia, para los árboles, para su íntimo placer.

Levantóse tarde y se fué, mucho antes de la hora, á espiar la llegada de Marta. Ella no le había autorizado para llegar hasta la casa en que trabajaba, y él no osó aventurarse á tal; podría la muchacha incomodarse, temiendo los comadreos de sus compañeras.

Declinaba la tarde, y un instante sufrió Juan ante la idea de que ella no viniera, de que hubiera cambiado el itinerario; quizás su asentada cabecita hubiera reflexionado seriamente en el incidente de la víspera y reprochádose su imprudente indulgen-

cia, habría podido decirse que aquel perseguidor era como tantos otros que la habían asediado. No tenía razón alguna para creerle menos comprometedor que los que otras veces encontrara; y no era Juan tan fatuo que diese tan pronto por hecha su conquista. Además, ella no obraba de ligero; había dicho verdad, al manifestar su horror por las aventuras triviales, su deseo de reservarse para una afección que vendría más tarde ó quizás nunca, pero cuya ilusión encantadora y ardiente, endulzaba de ensueños su soledad, calmaba su alma sedienta de sincera ternura.

Temería de seguro malgastar su delicadeza, dejarse engañar por vanas palabras: no se daría sino al que supiera inspirarle confianza en el porvenir, al que ella sintiera verdaderamente suyo.

Sensible en extremo, pensaba Dayel haber adivinado ya su alma á través del canto del día anterior, de las sencillas frases de aquella criatura, niña aún por la fresca lozanía de su voz, mujer ya por su conocimiento de la vida.

Y, precisamente, por haber comprendido aquel especial pudor, aquel temor al roce de las gentes, que ella había sentido en el medio en que se hallaba obligada á vivir, era por lo que Dayel tenía miedo y se sentía más solo aún que antes de su encuentro de la vispera. Los mismos motivos de su estima,

causas de su angustia, le hacían temer que ella evitara encontrarle de nuevo.

Sin embargo, ella debía haber visto su respeto real; debía haber apreciado seguramente su pronta franqueza, su confianza verdaderamente rara y que demostraba haberle ella comprendido por entero en una sola mirada, en una palabra, en un gesto. Otra le hubiera encontrado ridículo en contar tan pronto su vida pasada, pero se había sentido impulsado á ello, deseoso de que, inmediatamente, ella le conociera como él creía haberla conocido á ella, desde el primer momento de la conversación.

Dayel paseaba el muelle por donde ella había venido la vispera; se había detenido un instante en la plaza del mercado, y luego delante de Nuestra Señora, á la entrada misma de la calle del Temple donde había estado cantando el coplero; acaso era la canción lo que había despertado la indulgencia en Marta: ella estaba aún bajo la impresión de la música, deseosa quizás de conocer al autor de la letra.

En aquella edad se cree en el amor. ¿Qué años podría ella tener? ¿Dieciocho? ¿Veinte?; Parecía tan tierna y al mismo tiempo tan mujer! Tendría veinte años, todo lo más.

El atrio de Nuestra Señora le parecía triste aquella tarde, y lúgubre la calle en cuya esquina la había

visto ayer, entre el grupo atento que rodeaba al cantor.

Pasaban nubes espesando la atmósfera, ennegreciendo las seculares piedras de la catedral, acentuando la pintoresca fealdad de la calle del Claustro, cortada por viejas callejuelas : un chalet de madera enlucido de pardo ostentaba su muestra que decía : *Dispensario gratuito*. Destacábanse las desconchaduras en los viejos paredones, y la pobreza de las casas, cubiertas las ventanas de ropa blanca tendida, de tiosos con plantas esmirriadas, publicaba una miseria fea y vulgar, no disimulada ya por el sol, no alegrada por la animación de canciones callejeras.

Las descantilladas gárgolas se perfilaban cada vez más amenazadoras en la pesadez de la sombra ; la enorme masa de la catedral parecía pesar sobre las construcciones vecinas, aplastante.

Dayel subía hacia el bulevar de San Germán, revolviendo sus pensamientos, agitado según recuperaba ó perdía la esperanza del encuentro. Ajeno á la multitud, á la infinidad de transeuntes que recorrían á la hora aquella las vías, se hallaba solo, aislado de la barahunda de que maquinalmente formaba parte, inconsciente de los encontrones y del estrépito.

Se sobresaltó, estupefacto, cuando la muchacha se detuvo ante él, tendiéndole la mano, franca-

mente, como una buena compañera. Se guaseaba con zalamería de su distracción, riéndose de su aire entristecido, reprochándole no haberse fiado de su promesa.

— Ya veo que me va Vd. á acusar de faltar á mi palabra de ayer ; he tardado, es verdad, pero no por mi culpa... y ya aprenderá Vd., caballero, que nunca falto á mis promesas.

Dayel le daba las gracias, feliz ahora de tenerla junto á sí, recreándose en contemplarla tan alegre, tan bonita.

Como el día antes, la acompañó hasta algunos pasos de su casa, y aun la decidió á sentarse algunos minutos en la plaza, apesadumbrado de que le dejase tan pronto. Ella le despidió alegando el inconveniente de llamar la atención en la vecindad si volvía tarde, ella que era ordinariamente tan regular.

Y como Dayel se extrañara al ver que no tenía ser vista de su brazo, Marta exclamó :

— No me importa nada, amigo mío : yo soy un muchacho, dueño de mis acciones. Además, tengo costumbre de no someterme á más criterio que al propio.

Era bien suya, verdaderamente, aquella franqueza : no tenía el falso pudor de otras más timoratas, y se le daba un ardite de los comadros, segura de sí misma, independiente, cuidadosa sin embargo de no parecer una despreocupada vulgar.

Una vez separados, Juan se estuvo aún paseando largo espacio por los muelles, antes de volver á casa : hacia ya calor y no podía resolverse á regresar á su hogar solitario. Veía á Marta de su brazo, lozana y sonriente, parlotando, contando sus impresiones en términos á la vez infantiles y llenos de observación personal, términos propios para describir las cosas que habían llamado su atención.

Ella le poseía ya; él, el artista despreocupado de antes, vivía asediado por su imagen. Marta seguía á su lado, aun después de separados; algo de ella se llevaba él consigo; su imagen le seguía cuando ella no estaba ya. Con frecuencia, en el curso de sus anteriores aventuras, Dayel había creído enamorarse seriamente de las mujeres que le habían conquistado por su gracia encantadora ó por su ligera silueta; había tenido así pasioncillas en su vida de artista, obligado á frecuentar diferentes medios. Algunas de estas habían durado unas cuantas semanas, y dos bastantes meses.

Varias le habían dejado una vaga nostalgia de besos fugitivos, que sus labios habían gustado apenas; pero conservaba vivo el recuerdo de las decepciones que todas sus precedentes uniones algo duraderas, le habían legado. Cada vez que había intentado despertar en sus queridas otra cosa que la antigua sensualidad, la desilusión se

presentaba tanto más cruel, cuanto más elevada había creído el alma de su compañera.

Placiase Juan Dayel en engastar sus propias sensaciones, en impregnar sus propios fantaseos, en la belleza de las mujeres que le atraían; y, durante mucho tiempo, estuvo sin comprender cómo la serenidad de los ojos y la armonía de las formas podían hermanarse con la bajeza de espíritu, la vulgaridad de pensamientos y palabras. Una vez bella no hubiera debido poder expresar sino cosas bellas; una mujer hermosa debiera ser buena, fatalmente. Así, las desilusiones que sucedían á sus efímeros amores, le habían sido tanto más penosas cuanto más había prestado de su propia bondad al ídolo de un mes ó de una hora.

Pero esta vez había encontrado un alma sencilla, lealmente varonil, bajo una forma armoniosa y delicada, enérgica y dulce á la vez, capaz de comprender (así lo veía y lo sentía), todos sus quiméricos ensueños; Marta le adivinaba antes que él hablase, y se acordaba con él, porque había gustado quizás las mismas decepciones de la vida y de los seres.

Sus pensamientos se entendían y unían hasta el punto que Dayel se maravillaba en el fondo de que una mujer que le conocía de ayer, hubiera podido retratarle á sus ojos como ella lo había hecho, riéndole por sus desalientos, por la impor-

tancia que él otorgaba á pequeñas sensaciones ó insignificancias por las que se confesaba conturbado. Juan pensaba que jamás había antes sentido aquella obsesión de una imagen femenina, jamás se había visto así desdoblado, porque se sentía incompleto, cuando ella no estaba.

No osaba confesarse el inmenso deseo que tenía de ella, presa de una piedad que le hacía temer el ofender mentalmente á la que hubiera querido adorar, como un creyente á los pies de su santa predilecta.

Ahora, cada tarde, iba Dayel al encuentro de Marta y la acompañaba respetuoso, sin permitirse ni aun concebir la idea de un gesto dudoso ni de una palabra equívoca. Sus conversaciones se hacían de día en día más confidenciales, más íntimas, más largas también á medida que se alargaban los días, invitándoles á dar paseos á través de la ciudad.

Ella se interesaba por las tareas de Juan, le hacía referir sus proyectos; compartía sus preocupaciones de arte y de oficio, animándole al trabajo. Marta parecía comprender el perpetuo esfuerzo que mantiene la inteligencia de los artistas en tensión hacia una belleza cada vez más grande que la realizada en su última obra.

Dayel le agradecía que lo sostuviera así, ayu-

dándole en su lucha contra la impotencia en que creía caer á veces, desesperado por no encontrar, en sus horas de cansancio, la necesaria inspiración. Marta se hacía un placer de esta tarea que voluntariamente se había impuesto; se prometía una gran felicidad al contemplar, en un día próximo, el éxito de su amigo. Él se volvía ambicioso, soñaba ahora en una obra grandiosa, que le acarrearía gloria y una fortuna con que poder dar de lado á las tareas mercenarias, agotadoras.

Cada día, salvo importantísimas ocupaciones, trabajos absolutamente urgentes, iba Juan Dayel al encuentro de la modistilla, espionando su llegada. En delicioso y lento paseo, miraba entorno suyo, pensando á cada instante distinguir al revolver de la esquina la delicada silueta, esperada con febril impaciencia. Á su lado se rejuvenecía visiblemente, volvía á encontrar la lozania de sensación de sus primeros amores, parecidos á las flores tardías, pronto deshojadas, que brotan, pasada la estación, en las ramas ya desnudas.

La imagen de la grácil rubia le seguía por doquier, le acompañaba en sus horas de trabajo; cada día, después de su entrevista, él, antes más bien perezoso, se engolfaba en sus diversas tareas de arte ó de oficio, según que las necesidades de la existencia le dejaban algún respiro ó le acosaban con sus incesantes exigencias prosaicas.

La idea de que ella le preguntaría por sus trabajos, por los nuevos esfuerzos hechos, le comunicaba un ardor, raro en otro tiempo, por el deseo que alimentaba de poder contestar lealmente á su cariñoso interrogatorio cotidiano. Marta parecía gustar de sus composiciones, tomaba parte en sus enojos y satisfacciones de artista, ya contento con su obra presente, ya momentáneamente descorazonado. Ella levantaba su espíritu cansado, sabía calmar los enervamientos que produce la fatiga, inútil en los malos días de esterilidad. Pero estos períodos se hacían cada vez menos frecuentes; hubiérase dicho que de cada frase de Marta, de cada uno de sus gestos, emanaba una inspiración; casi cada cita se convertía para Dayel en una excitación fecunda en que su talento trabajaba por sí mismo. Era una hora del día en que los motivos zumbaban en su cabeza, y se desprendían luego netamente, para dibujarse, á veces de golpe, en su forma definitiva.

Rara vez, en otro tiempo, había intentado el compositor ser poeta, acosado por el ritmo del cual no acertaba á determinar la idea: ahora compuso canciones cuyos versos nacieron en él inseparablemente unidos al motivo, que los envolvía.

Una sobre todo le satisfizo, inspirada por sus paseos al encuentro de Marta, por sus primeras conversaciones; y una tarde, más contento que de

costumbre, ofreció á Marta su dedicatoria, haciendo de ella el honor de la nueva obra. La joven se ruborizó mucho al oír de Juan que tan sólo su afeción, tan reciente y ya tan íntima, había hecho nacer aquel poema y aquella música: *Canción de abril*.

— Quizá me aventuro demasiado al decirle tanto — pensaba Juan; — pero la poesía autoriza estas audacias... Marta se sentirá quizás adulada al verme sin cesar preocupado por ella... ¿Quién sabe? ¿Se enfadará?

É improvisaba versos en que tuteaba á una imaginaria heroína, que en su ternura asimilaba á Marta, no pudiendo figurársela sino rubia, con el cálido matiz de las espigas maduras que doraba los cabellos de su amiga. A Marta, por su parte, no parecía incomodarle su ruego de que aceptara el homenaje de una canción que, animada por dos personajes, iba á representarse con todo primor en un elegante y pintoresco teatrillo de Montmartre: *la Roulotte*; una canción cuya letra y música tenía Dayel por una de sus mejores inspiraciones.

Como aquel largo día de sol, aún declinante, les permitía un paseo más largo, Dayel había llevado á la joven á lo largo de los parapetos, explicándole el encanto de aquel perezoso discurrir al borde del río, escuchando los rumores de la orilla entre los trabajadores de sus riberas.

— Hay momentos en que uno se abstrae de toda fealdad; no oye sino el chapaletéo del agua en los muelles, el susurro de la arena en las cribas, los aires que silban los marineros ociosos y la saloma de los que trabajan con rítmicos movimientos. ¿No hay ciertas horas en que se desvanece la tristeza de la decoración habitual, trasformada en un ensueño vivido?

— Sí, dijo ella; en que todo canta alrededor, en que todos los sonidos y todas las formas, nos hacen sentir belleza.

— ¿Y me permitirá Vd., amiga mía, invitarla á oír los aires que yo he percibido en el momento en que la hablaba? Desde que nos conocemos, todo en mí se transforma en armonía.

— ¡Ah! me gustaría mucho escuchar, entre otras, aquella canción de abril; no me atreva á pedirselo..... Pero..... ¿Ir á su casa?

— ¿Le contraría á Vd. venir á ella? Sea Vd. franca. ¿No somos muy buenos amigos?

Y ella, sonriendo:

— Vd. es como un hermano mayor, largo tiempo ausente, á quien se vuelve á ver.

— Á mi me parece conocerla á Vd. desde mucho tiempo, Marta; se parece Vd. á una mujer con quien yo hubiera soñado en otro tiempo, y de la cual poseyera Vd. la belleza y la voz.....

— ¡Chis! dijo ella. Se prohíben las galanterías, caballero.

Ya habían pasado la catedral, el puente del arzobispado.

Tras la iglesia, en el jardincillo poblado de cantos y gritos alegres de niños en tropel, observaron que aquel rincón de tranquila verdura daba frente á la mansión de los muertos desconocidos.

— ¡La vida! murmuró Dayel, contrastes que se armonizan hasta la desafinación, las grandes enfermedades y las grandes penas; luego la muerte, el silencio del instrumento, las cuerdas rotas.

Ella se estremeció, estrechándose á él en momentánea convulsión.

— Bah, dijo: ¡el final de la pieza! Ande Vd. señor músico. Vd. es un poeta que encuentra tristezas en la misma felicidad.

Cruzaron la calle de San-Luis de la Isla; Marta Liveil, intrigada por aquel rincón de la *Cité* que ella no conocía, se fijó en el campanario de la iglesia. Dayel le contó una visita que había hecho allí una tarde del otoño anterior y el indecible encanto experimentado, en la recogida soledad del santuario, apenas turbada por el rumor de las sillas removidas ó de las pisadas del sacristán, por el discreto deslizarse de un niño del coro ó de un sacerdote que abandonaba el templo, terminado el día.

Explicaba entusiasmado, cómo, de repente, había oído sonar en su fantasía las notas del viejo canto llano, en un concierto de voces puras, que cantaban

ban para él solo la antigua música sacra. Voces de niños, de mujeres, se mezclaban á otras más graves, y, un momento alucinado, había visto las damas de antaño, señoras y burguesas, inclinadas sobre sus reclinatorios ó arrodilladas sobre las losas.

Entraron. Dayel enseñaba á su amiga, impresionada por aquel silencio poblado de voces, las desgastadas y borrosas imágenes de talla, de rostros sencillos; los retratos de damas y señores difuntos enterrados en las capillas.

— Me hubiera gustado vivir en aquellos tiempos, murmuró él, en que los hombres de fe sabían infundir su alma en obras, cuya belleza ignoraban á veces ellos mismos. No tenían la preocupación de agradar á sus oyentes, los admirables músicos que compusieron los himnos litúrgicos; pero su alma entera estaba poseída por una belleza ciega y sublime.

Marta se había detenido ante una de las capillas laterales en que aparecía, pintada sobre un recuadro del friso, la demacrada figura de una dama de finos rasgos en actitud de recogimiento. Fija en ella los ojos entornados, la joven murmuró:

— Parece viva: es como una sombra de piedra. Realmente el retrato, de contornos gastados, horrrados por el tiempo, tomaba, en la débil claridad que tamizaban los ventanales, una intensidad de expresión, una como vida ficticia, en aquella deco-

ración, por milagro conservada, en la cual habría ella amado en vida la alegría dominical.

Marta, impresionada, se estrechaba contra Dayel, ligeramente estremecida por aquella ausencia de sí misma, partida un instante á lejanos tiempos, en un ambiente de silencio poblado de fantasmas, de almas desconocidas que la asaltaban.

— Tengo miedo, dijo.

Salieron y súbitamente los invadió una inmensa alegría emanada del movimiento de la calle, del sol que dardeaba el espejo del río, del verdor, en la punta de la isla. Entonces Marta no pudo ya resistir, consintió en ir á oír á Dayel, á oír la canción de abril.

Se había alzado el viento, esparciendo súbito frescor en la atmósfera ya cálida del naciente verano. La brisa remecía, susurrante, el ramaje de los álamos, de los altos árboles, que asomaban sobre las tapias de los antiguos hoteles sobrevivientes á la invasión moderna. Dayel no hablaba palabra: luego explicó brevemente su temor de turbar aquella armonía.

Y Marta:

— Tiene Vd. razón, Dayel, al anochecer, á veces, todo es música.

Ya en la habitación, Marta se había sentado, y examinaba la estancia, unas cuantas obras de arte

que encerraba : dibujos, regalos de amigos de Dayel, originales para ilustrar sus romanzas. Sobre la chimenea se marchitaban unas flores, claveles blancos y rojos; sobre el piano en un esbelto vaso, un cristal veneciano, tres rosas rosadas.

Juan Dayel se había sentado ante el teclado que hacía resonar con sus dedos. Á su derecha destacábase la silueta de la joven, recodada en un brazo del sillón, atenta, inclinando su cabecita, que revueltos cabellos rubios nimbaban de oro bajo el minúsculo sombrero.

— Cante Vd. para mí, Dayel; mi canción.

Y Marta se ruborizó de estas palabras, al darse súbita cuenta de su involuntaria coquetería. Los sonidos vibraban claros, en la tarde; y se iba desgranando el poema; todo, letra y música de Juan Dayel, su amigo, su amante mañana, quizás en seguida, su marido más tarde (ella lo presentía en un desmayo de ternura), de su amado en fin.

Era éste :

Canción de abril.

ÉL

Los frescos lirios brillan de cándida alegría, niña
[adorada,

y anuncian á las violetas sus vecinas
la vuelta del sol.

Deja, hermosa, que te robe
los besos que antes mendigué;
mientras nievan sobre nosotros los almendros,
y los majuelos florecen por tí.

Ven, querida, á los bosques embalsamados,
donde abre la primavera sus corolas,
donde arpados jilgueros y locas urracas
arrullan con sus canciones á los amantes.

Allí, húmedos los ojos de deseo,
me besarás con tus labios artistas
y desfalleceremos juntos de placer,
mientras en torno nuestro se deshojan las rosas.

Déjame creer que jamás tus besos
aprisionarán otros labios.

En nuestras venas la fiebre enciende abril.
¿Quieres que nos embriaguemos con sus perfumes?
Las flores acaban de abrirse.

Vamos pronto á cogerlas desde el alba;
porque su fresco ropaje de raso
estará ya marchito á la aurora.

Yo cubriré de locos besos
los tesoros de tu rubia belleza;
nada habrá en el mundo,
sino las flores, los pájaros y nosotros dos.
El cielo, con su inmensa alegría,
conmueve los lirios y el revuelto follaje,
que titila con extraños reflejos
entre los que apunta el oro de los retoños.

ELLA

Lozanos como ellos son mis pechos;
tómalos con tus manos acariciadoras.

ÉL

En mis manos está todo,
sin blanca en la faltriguera,
rico soy, pues te tengo á tí.
Acércate más aún; que el amor,
venido en alas de la primavera, robe
la flor de tus traviosos labios.
Déjala, y tras ella desflorará todo tu jardín.

ELLA

La primavera ríe. Por los caminos
vuelan, en la brisa acariciadora,
aventureras mariposas.
Entre la nieve de los manzanos y de las flores de espino
viene el ensueño de abril.

ÉL

En el sotillo nos brinda el musgo mullido tapiz.

Las últimas notas de la canción de abril se disolvían, lentamente perladas, en el susurro del follaje; Marta se había levantado sin ruido; acodada en el alféizar de la ventana, sumido el perfil en la sombra exterior, en que brillaban sólo sus ojos contemplando al músico que acababa de hacer cantar á las teclas, agitada por la emoción tierna y apasionada de la poesía y de la música.

Juan calló.

Marta no osaba romper el silencio, ignorando

qué frases pronunciar, profundamente conmovida por la atrevida y delicada declaración del artista. No acudían á sus labios palabras con que darle las gracias, y sin embargo ella hubiera querido expresar la sincera alegría que él le había causado, á pesar del miedo de animarle á osadías que ella temía y deseaba quizás al mismo tiempo, inconsciente del amor que había germinado á la vez en ambos corazones.

Se confesaba ya el profundo afecto que le había inspirado aquel delicado soñador, sencillo á la vez y de trabajado espíritu, sensible hasta el sufrimiento tanto más doloroso cuanto menos podía discernir su causa.

De buen grado habría compartido con él la vida, si él se lo hubiera propuesto y vistose ella realmente independiente, al abrigo de sospechas de interés, dada su pobreza de obrera huérfana, y el bienestar de Dayel y su creciente reputación.

Desde mucho tiempo ya había Marta pensado en este desenlace, sintiendo que Juan la amaba desde el primer día que se vieran, y que sólo la timidez, el temor de alejarse para siempre la amiga que se había hecho necesaria á su existencia, le impedían solicitar su amor, abrirse á ella, perplejo por la respuesta, temiendo ante todo perderla para siempre si ella no le amaba.

También ella se había reprochado con frecuencia pequeñas crueldades instintivas, frases ambiguas, un poco burlonas, que á veces le había lanzado en momentos de malicia; pero no era coqueta, no lo había provocado. Había aceptado este compañerismo cotidiano, porque había visto la sinceridad del artista y su emoción desde el principio de su amistad: no había querido desairarle, por miedo á causar un verdadero sufrimiento, y además porque él le había sido simpático, porque los pensamientos de los dos se acordaban en una perpetua unión de almas largo tiempo separadas, que el azar hubiera reunido.

Todas estas ideas se habían agitado en la mente de la joven; pero ahora, ya no soñaba en razonar con su sentido de la vida, en el campo de su precoz experiencia. Sumíase pasivamente en el ensueño, feliz de todo lo que la rodeaba, de la presencia de Juan á su lado, del amor que ella veía en él, próximo á estallar, impaciente de la incertidumbre que le oprimía.

Juan se había levantado y se mantenía al lado de Marta, sin desplegar los labios. Le había tomado la mano y besaba sus dedos uno tras otro, lentamente, como un niño que saborea una golosina largo tiempo ansiada. Y muy quedo, le revelaba el violento deseo que le atormentaba de poseerla toda entera, como poseía ya su alma.

— La quiero á Vd., Marta. De Vd. espero toda la felicidad, toda la alegría de mi vida. Esa boca me está enloqueciendo... ¡ los ojos por lo menos ! ¡ quiero besarlos !

Habíala ceñido del talle y la atraía á sí.

— ¡ Juan ! ¡ Juan !

Ella se esquivaba con un violento ademán de pudor, que revelaba á Dayel su real espanto de virgen sorprendida. Creciente, el deseo batía sus sienes. Juan volvía á hablarle, explicándole su suplicio y su felicidad, desde aquellos dos meses que la estaba viendo cada tarde, sin atreverse á decirle como todos sus pensamientos gravitaban sobre ella, como pertenecía á ella por completo, enajenado, sin poder ya volver á ser dueño de sí.

Ella le escuchaba, sin interrumpirle, encantada de aquella tierna sinceridad que sentía junto á sí, que nadie hasta entonces le había manifestado. Recordaba á los que anteriormente la habían requerido y deseado, sólo porque era bonita y juzgaban fácil la conquista, viendo su solitaria pobreza. Y comprendía cuán profundamente la amaba Dayel, de un modo más formal y más apasionado á la vez, por su cuerpo y por su alma. La quería toda.

Juan la tenía ahora sobre su pecho, haciéndole oír los latidos de su corazón; envolviéndola en el calor de su cuerpo que expresaba el deseo de

poseerla, de hacerla suya para siempre. Sentía, tras la finura de las ropas, modelarse la pura redondez de sus senos juveniles, enhiestos; desnudaba á Marta con el pensamiento, extasiado de antemano por las bellezas de su cuerpo.

La iba atrayendo, jadeante, desceñía su corpiño, su cintura, con torpes dedos, enloquecidos, temblorosos, irritados á cada obstáculo. Y de repente, presa de inconsciente osadía, la había cogido, tendido sobre el lecho, vencida ya y anhelante de amor, esfumados todos los temores de doncella en el encanto apasionado que la dominaba á su vez, haciéndole cerrar los ojos, abandonada.

Dayel, frenético, hacía presa, con manos y labios, en los tesoros de su amada, cuyo rostro se destacaba delicadamente acarminado en el fondo de oro de los revueltos cabellos.

Y, encantado, anegándose en ternura, ebrio de su rubio amor, admiraba los senos pequeños y rígidos, erguidos y turgentes, vasos de amor; el lácteo y carnoso cuello; el óvalo fino del mento; los ojos, ahora desmesuradamente abiertos fulgurando en chispas de azabache, sobre la delicada claridad del rostro; y el arco tembloroso de sus labios, contraído por instantes como por dolorosa voluptuosidad.

Avanzóse á coger las purpúreas fresas de aquellos senos; acariciando por doquier aquella

maravillosa estatuilla, tan blanca y tan rubia, immaculada, en radiante desnudez. Marta volvió á cerrar los ojos, y se abandonó á los brazos del amado, á la suprema y penetrante adoración; se entregó en pleno y feliz consentimiento, paralizada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 COLECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ran del ritmo para ayudarme á componer cantares.

Juan Dayel y Marta Liveil habian huído de París aquel domingo; como los enamorados de las novelas, estaban sedientos de la soledad de dos, á la luz del sol y á la sombra de los árboles, cuyo frondoso rumor meciera su coloquio.

Juan la habia llevado á las riberas del Marne, más allá de Channevières, á través de un paisaje idílico, apenas turbado por alguno que otro excursionista. Habia sido un gran placer para la joven, la consumada campesina de un día de libertad: era la realización de un sueño aquel paseo con Juan, á quien amaba, que la queria también sinceramente, bien segura estaba.

— Tienes que componer una nueva canción que encierre el alma de estos paisajes que vemos: así estaré tranquila de que no has perdido tu día por mí.

— Bien sabes que tus palabras, tus gestos, tus labios, tus ojos, me inspiran y me dictan las mejores obras que yo haya hecho.

— Oye, Juan; cuando seamos ricos viviremos en el campo; tendremos nuestra casa en que estaremos los dos, solitos, con muchas flores en nuestro jardín. Yo trabajaré, ya verás tú, aprenderé música; tu me enseñarás; así podré tocar esas canciones tan bonitas que has compuesto.

Juan pensaba que allí estaria la gran felicidad,

— ¿No te parece, Martita, que ciertos días todo se tiñe de un color más intenso ó más pálido que la misma realidad? Hoy el follaje de los árboles, el agua que los refleja, las flores, todo lo veo centelleante; aquellas casas, allá lejos, parecen bañarse en luz.

— Es la luz de nuestros pensamientos, Juan. Desde que te conozco, aun desde antes, no me he creído jamás del todo sola. Cuando me dejabas, algo tuyo me seguía; continuaba hablando con tu espíritu, cuando tú te habías ausentado.

— Ahora quisiera no dejarte nunca más; contigo me parece la vida una perpetua canción cuya melodía ahuyenta todas las miserias; mis tristezas de antes se me aparecen perdidas en un pasado lejano, formando un fondo de gris melancolía al gozo de hoy. Y en mi cerebro se suceden sin cesar las estrofas, como si todas nuestras palabras se revistie-

en aquella vida tranquila que ella soñaba como él. Con ella, no le asustaba la idea de la soledad, fatigado como estaba de la vida ruidosa, lastimado en su delicada sensibilidad por los ineludibles compromisos del mundo en que se agitaba, por mil maldades é hipocresías, por la fiebre de una vida que tanto le hacía padecer hasta entonces.

Al encontrar á Marta, se hallaba precisamente en un periodo de lasitud, en uno de esos momentos en que procuraba evitar á sus compañeros, y encerrándose en sus melancolías, se deleitaba en ellas, temporalmente misántropo, perezoso de vivir. Apenas habían pasado breves días desde la tarde en que poseyó á Marta y ya todo le parecía haber cambiado en redor: se asombraba al recordar que había vivido solo, aventurándose en las intrigas y engañosos amores de otro tiempo, siempre engañado en su esperanza de llegar á la felicidad por el placer.

Pero esta vez sentíase protegido por el cariño; estaba ya seguro de ella; y por momentos se la figuraba ya su mujer, su *adorada* de hacía tantos años. Marta se había entregado francamente, por entero, segura de ser amada, y había entre ellos una confianza amical, un perpetuo comercio de pensamientos, que se fundían en uno solo, como formado por sus dos almas.

— Mira, Juan: flores. ¡Qué hermosas!

Marta señalaba con las manos unos cuantos lirios de agua que florecían entre las cañas de la orilla, y Juan desde el ribazo trataba de alcanzarlos, tronizando los tallos. Había desprendido el sombrero de su amiga, y sentado á su lado, se deleitaba en salpicar de corolas violadas y blancas el oro de sus cabellos, desoyendo las protestas de ella, que le acusaba de despeinarla.

— ¿Qué dirá la gente cuando volvamos, al verme toda despeluzada? Vamos, Juan.

Pero él, con sus labios, recogía su nombre de la boca de su amada, deliciosamente penetrado por el calor de la carne que estrechaba sobre el pecho. É iba cubriendo de lentos besos la garganta y los ojos de Marta, de besos más lentos aún al extremo de sus labios, repentinamente goloso de caricias.

Luego callaron, envueltos en la melancolía de la tarde que declinaba, sonrosando el cielo, envuelto en una trasparente gasa de luz, carminea y azul, que amorataba en alteruantes franjas el firmamento.

El agua se ensombrecía á trechos, tornasolada de oro, azul y verde, en atenuados matices, y se amorataba también finamente tizada. Los bosques de allende el río, flanqueando las colinas de Noisy, se azulaban acerbillados por fulgores de incendio que se iban extinguendo en el crepúsculo.

Los pájaros piaban, saltando de rama en rama, y se llamaban con ensordecedores chillidos, desgañitándose como en venganza previa del próximo silencio nocturno, de la oscuridad que seguía paso á paso á la última hora de luz. Á los oídos de Juan y su amiga, todas las voces cantaban en aquella fiesta, para ellos solos.

Cantaban la misma canción, la misma melodía que vibraba en ellos, dulcemente triste, con una melancólica ternura.

— Ya es hora, Marta, dijo Juan.

Á lo largo de la orilla, á trechos ombreada por sauces que se reflejaban temblorosos en el agua, iban alejándose, teniendo Juan en su mano la de su amiga, próximos sus labios á los rubios cabellos desnudos perfumados por las flores. Una golondrina pasó rozándoles, aturdida, haciendo sobresaltar á Marta, que luego se rió al verla volar encarnizada, rasando el río y cazando un insecto á flor de agua.

Encaminábanse á la hostería en que habían de comer, uno junto á otro, silenciosos, semejantes, en la violácea bruma que velaba ahora el arbolado de las colinas, á las parejas de los cuadros antiguos que discurren solitarias en paisajes de ensueño.

Con las pálidas flores prendidas en su cabello, Marta, encantadora, evocaba á la vez en Juan la

imagen de una cortesana y de una santa; y él, con voz ferviente, murmuró extasiado:

— Marta, te pareces á tu antigua hermana, María de Magdala, protectora de las rubias enamoradas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SELECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

camadas libreas y empolvadas pelucas; y el brillante barroquismo de las sillas de manos de gala, decorados sus medallones de pinturas galantes, y de las cuales descendían las petimetrás, esquivando el contacto de la calle.

En aquella hora en que enmudecía el rumor de las fábricas, tomaba cuerpo ante ellos la ilusión; creían renacer en aquel lujo, entre elegancias exquisitas, en un ambiente de amor delicadamente expresado. Pasado el puente de Sully, contó á Marta la historia de la señora de la Valette, que pasaba días enteros, sentada en los sitios de piedra labrados en la fachada de su palacio, esperando el mensajero que le trajese las nuevas de la muerte ó de la salud de su esposo y señor, prisionero de los infieles.

El sol hería la escalinata del palacio, irisando los vidrios de las altas ventanas coronadas de trofeos y de mascarones heroicos, encaquetados de piedra. Las columnas, exuberantes de calcárea hojarasa, se alzaban encuadrando el elevado portal, cifradas, bajo coronas, con las iniciales de los reyes de Francia. Los musgosos grupos de niños que aparecían sobre los balaustres de la terraza del primer piso, parecían sonreír. Sobre la puerta caía el dosel de piedra de un balcón italiano, como cubriendo la pesada ornamentación de la fachada.

Coronaban el edificio macizos pilares, y entre

IV

Juan había decidido á Marta á que viniese á vivir con él; y su instalación resultó una fiesta, llena de alegrías. Se hizo rápidamente, y aprovechando el día de permiso obtenido, Marta quiso recorrer con Dayel su isla, pasearse entre la faena de las orillas, gozosa de cuanto veía en aquel paisaje que había mil veces atravesado sin fijarse.

Oía al músico que le contaba la historia de los vetustos caserones, los amores célebres que algunos cobijaran. Hablaba para ella como si cantara, celebrando los viejos balcones panzudos de hierro forjado, en que se habían estrechado, en la dulzura de las tardes de verano, los señores de antaño y sus bellas damas. Evocaba los iluminados salones bajo cuyas arañas habían paseado las antiguas parejas, las elegancias de los minués y pavanas; hacía desfilas ante los ojos de su amiga las suntuosas carrozas, los ceremoniosos lacayos de re-

ellos se derramaba la luz y trasparenteaba el cielo, bañando en oro y azul la desgastada mole de sillaría. Marta y Juan volvieron á la isla y se detuvieron en la proa de aquella nave, á contemplar una vez más la inmensa sombra de Nuestra-Señora de París, la catedral, extendiendo la protección de los cien brazos que le crean sus arbotantes y sus monstruosas gárgolas, benévolas espectadoras de la *Cité*.

Marta y Dayel no sentían de la vida presente sino un mutuo cariño y la dulzura de sus besos entre los recuerdos de amores trágicos ó tiernos, la atmósfera de piedad y ternura que exhalaban para ellos las viejas piedras y el plácido río, en el corazón del viejo París de las leyendas.

Marta había querido comer en casa : en pelo y ceñida en su ajustado corpiño, había querido bajar á sus pequeñas compras, gozando en completar con un modesto gasto, lo que faltaba en aquella casa del músico despreocupado de pequeños detalles en el tiempo de su soledad.

Marta se refa á cada instante de la poca habilidad de Juan, de las distracciones que padecía por causa de ella; jugaba á la señora de su casa, y acumulaba prudentes y cariñosos proyectos que habían de consolidar su amor. Seguía admirando á Juan, por las bellas canciones que había escrito y que ella oía repetir por doquiera, en la calle como en el taller.

— Ya te conocía desde mucho tiempo, rico mío, cuando nos encontramos. Te había imaginado tal como eras con tus bigotes rubios y tus ojos tristes. ¡ Hem ! Es muy feo eso de tener los ojos tristes. Ea, se acabó : te tienes que reír siempre ; yo te pondré alegre. Y tú, todo lo que hagas, me lo cantarás á mí antes que otros lo conozcan. ¿ Verdad que sí ? ¿ No he sido tuya antes que de nadie ? Pues yo quiero gozarte también á ti, la primera.

Y él prometía, feliz con aquella alegría que le confortaba, con aquel suave calor que aportaba á su vida la presencia de una mujer, á quien hacia dichosa un rayo de sol, una palabra tierna ó un cantar.

Todas las tardes, en el radiante declinar del día, hubo lentos paseos, en que todas las cosas parecían creadas para marco de su cariño, en que todo los saludaba con benévola hospitalidad. Quedábanse largo tiempo apoyados en los parapetos de los puentes, y Marta se recreaba viendo á los chicos de los marineros inventando juegos y disputando sobre la cubierta de las pesadas barcazas, mientras el patrón y su mujer charlaban en el banco adosado á su camarote de madera, alegrado con frecuencia por flores trepadoras, campanillas y rosales.

Una noche en que la luna llena reflejaba en el agua su amplio disco, y Marta, contemplándola, se echó á reír, Juan le preguntó :

— ¿Qué es lo que te pone tan alegre, Marta? Eres como los pájaros que cantan por cantar: tú ríes por escuchar la música de tu risa.

— No, Juan: es que la luna me mira. Hay quien dice que la luna es melancólica; yo la encuentro muy alegre; me ha parecido verla reír con su boca hendida hasta las orejas, y ha hecho una mueca alegre, que me ha dado risa. ¿No me crees?

Ella observaba con interés los menores detalles, se indignaba y se enternecía viendo unos chiquillos martirizando un gato, y oyendo una copla que salía de una ventana entreabierta. A Dayel le chocaban sus ocurrencias infantiles y sus reflexiones súbitamente graves; le dejaba admirado á veces con su precoz madurez mezclada de ingenuas puerilidades, según la hora, el tiempo que hacía, y el ambiente en que se encontraba.

No había creído que iba ella á interesarle tanto; la había pretendido, seducido por su gracia, sin sospechar que aquel afecto súbitamente inspirado, había de germinar, así, tenaz, en su carne y en su alma.

Después de diez días que llevaban de vida en común, no había empezado á sentir aquella lasitud que tantas otras habían causado en él, tras breves horas ó breves días.

Otra tarde habían comido en un modesto cabaret

de estudiantes, y á propuesta de Dayel, se fueron al Gimnasio donde se representaba una comedia de costumbres modernas, mediocre, pero llena de punzantes frases y primorosos detalles. Háblale chocado el silencio de Marta durante la función; y se felicitaba de no haberla oído manifestar sus impresiones por exagerado ó necio entusiasmo, de que hubiera estado sobria en crítica y comentarios. Sin embargo, como, á la vuelta, la hubiera incitado á dar su opinión sobre la obra, respondió ella:

— Prefiero una buena canción como las tuyas: son más verdad.

Marta había querido volver á pie, por los arrabales y los puentes que ella gozaba en atravesar, de noche, para contemplar la negrura del agua en que danzaban las mil luces de las calles y ventanas. Placiale, en el medroso estremecimiento que le causaba, la negra mole de la catedral: decía que le tenía cariño y miedo á la vez, como á una misteriosa Protectora muy poderosa á quien se ama sin osar acercársele. La sombra del monumento parecía á ambos maternal para su amor; á pesar del miedo que á Marta infundía á veces la imponente masa en acecho, cuyas gárgolas, mirando á la inmensa ciudad, parecían platicar entre sí en los crepúsculos y en las tenues tinieblas de las noches claras.

¡Cada uno de sus sillares podría contar los

idilios de París durante tantos siglos ! Citas dadas á su amparo, besos cambiados en su sombra... Á pesar de su aparente severidad, había guardado algo de los amores que cobijó : estaba impregnada de voluptuosidad como esos viejos muebles encontrados al acaso en las prenderías, y que uno adivina haber sido objetos queridos, porque conservan el perfume de las cartas y de los recuerdos que guardaron.

Del aspecto de la catedral, cuando ella abría la ventana para contemplar el horizonte, sacaba Marta presagios alegres ó tristes, según que el sol doraba sus calados encajes y las torres, exaltando su flecha en un cielo radiante, mostraban claramente las finas esculturas de la aguja, ó que la bruma fundía misteriosamente en una majestad informe todos los miembros del monumento, entenebrecidos, indistintos.

Así, ella y Juan se creaban infantilmente motivos de alegría, observando en torno de ellos los varios aspectos de las cosas ; y ficticias melancolías, en que se sentían más cerca el uno del otro, defendidos por un íntimo calor contra el temor de afuera, en las horas grises y veladas de los días brumosos.

Marta se parecía por correr con Juan hacia los merenderos de las afueras, cuando él tenía algunas horas libres, y Dayel se encontraba feliz, en-

cantado por el orgullo de pasearse con aquella linda criatura cuya grácil silueta le atraía envidiosas miradas. Conservaba su predilección por los bordes del Marne cuya tranquilidad, en los días de semana, la encantaba en aquella decoración de verdura y agua, y que le aparecía al atardecer con una belleza nueva y suave, tan diferente del esplendor diurno en plena luz.

Otras veces subían á pie por el arrabal, interesándose en el espectáculo de las calles ; y Marta se sentía orgullosa, cuando, al revolver de una esquina, del atento grupo que rodeaba á un cantor callejero, se escapaban las notas de una canción de Dayel, ó cuando jóvenes obreros, volviendo del trabajo, tarareaban las romanzas del amante, ciñéndose á su pareja.

Era él, Juan, quien había compuesto aquellas cosas, cuya alma hacía cantar por doquier tantas otras almas. En la fábrica y en las casas, ricas y pobres, era conocido su nombre, y se veneraba al artista, que sembraba la alegría en los corazones de los humildes.

Con frecuencia Juan debía ir á los ensayos, visitar á sus intérpretes en los entreaectos. Cuando no podía llevar á su amiga, quedábase ella en la casa, cosiendo á la luz de la lámpara, esperando su vuelta ; ó bien, dormida por el cansancio del día, se despertaba al oír girar la llave en la cerradura ;

y acogía siempre á su amigo con una sonrisa y un beso.

En un instante, envuelta en un flotante peinador claro, descubría la mesa con la comida dispuesta entre flores; parloteaba alegre, llenando á Juan de preguntas, y promoviéndole á veces cariñosas disputas, como pretextos de nuevos besos.

Verdaderamente, Dayel era para ella el héroe de los cuentos populares, de las canciones que enseñan el amor á las grisetas de París; encarnaba el amante que ella siempre imaginara, fiel y apasionado; era él mismo el que ella había soñado cuando, anteriormente, oía cantar sus obras.

— Por eso, por eso te hice caso, cuando me hablaste el primer día. Sí, yo te conocía desde mucho tiempo sin haberte nunca visto.

Otra vez, en alegre y loca compañía, como dos chicos, habían recorrido los bosques de Chaville. Acababan de comer en el sotillo de un merendero, cuando entraron en el jardín unos músicos trashumantes, y se pusieron á tocar un vals. Luego uno de ellos cantó. Y, como si hubiera querido rendir homenaje al compositor oculto bajo los árboles, junto á su amiga, lo que cantaba eran los éxitos más recientes de Juan Dayel, que gracias á ellos cosechaba buenos puñados de francos.

La voz, intensa y llena, era agradable á pesar de estar ineducada; resonaba en la noche, sobre el

susurro del follaje apenas remecido, en el silencio de los pájaros dormidos. Los oyentes se sentían visiblemente influidos por la hora, por aquel canto que despertaba y definía sensaciones amadas, engastadas en frases traviesas y bellas, reavivando en ellos antiguos recuerdos ó alegrías presentes, haciendo vibrar en sus almas los pensamientos y música de las tiernas romanzas:

Ven, querida, al bosque perfumado,
que la primavera abre sus corolas.
Ya empiezan á cantar los pájaros
para los amantes apasionados.
En largos besos deliciosos,
húmedos tus ojos de deseo,
abre tu boca al placer
al deshojarse las rosas.

Marta, impresionada aún por la emoción de aquellos cuantos oyentes, cuyos ojos había visto encendidos por la evocada voluptuosidad, dijo, á la vuelta cuando iban entre los altos árboles del camino que ocultaban las casas perdidas en la noche:

— Tu infundés la alegría que cantas, querido, como las hadas de los cuentos; vas creando el amor, por donde pasas.

Luego, á los silbatos de los trenes, que llegaban dando fatigosos resoplidos en la barahunda y con-

fusión de los andenes, se disipaba su momentánea melancolía, y, viva y maliciosa, recordaba trozos de ridículas conversaciones que la habían chocado, y se burlaba de las cosas con su voz de mirlo cantor, pronta á desgranarse en risas.

Dayel sentíase feliz con esta alegría, influido por los mismos pasajeros pensamientos. Jamás hubiera podido creer duradero el capricho que lo había llevado á Marta, atraído por su gracia de muñequita rubia; pero las caricias de ésta le envolvían ahora en una red de languidez, que no hubiera podido romper sin desgarrarse á sí mismo, encantado por la dulzura de la joven, por su grácil belleza y travesura y por sus breves melancolías de pájaro, ahuyentadas con una palabra cariñosa, con la perspectiva del menor placer, con un átomo de alegría. Se le había hecho necesaria para su vida cotidiana; su alma se hubiera extraviado, viéndose otra vez sola, en su cuarto nuevamente triste, ausente aquella voz y aquella risa; no encontrándola allí á su vuelta por las tardes, no sintiéndola silenciosa pero presente á su lado, cuando él hacía cantar las teclas persiguiendo un motivo aún beroso en su fantasía.

Su dicha le hacía más fecundo. Juan creía ver las cosas iluminadas por una nueva luz, en la aureola de su amor extasiado; sin cesar trasformaba su gozo en nuevas melodías. Fué para él el

período del éxito, de la fama creciente, alimentada por un esfuerzo constante, mucho más fácil ahora, porque había entrado en una nueva fase de su vida, á la cual debía corresponder una evolución de su talento y de su alma de artista.

la situación de los Dayel, muy por encima de la de un vulgar cancionero, se iba afirmando entre los maestros de la música de baile y de los autores de romanzas, gustadas en todas las esferas por el encanto que encerraban y la lozanía de sus sencillas poesías, envueltas en airosos motivos ó en lánguidas melodías, de los que enervan á la mujer en las horas de voluptuosidad.

Tras el sencillo juguete, *La Hora breve*, habían venido tres marchas, una de ellas, *Imperial Rusa*, dedicada á la amable soberana de un país aliado, que había conquistado á París desde el primer día de ponerse á la venta; luego valsos. Y, siguiendo á la boga de los salones la popularidad, Dayel llegó á hacerse rico y ofreció á Marta que dejara el obrador, para convertirse en señora de casa, de su hogar donde su continua presencia sería un inagotable encanto.

Se acercaba el carnaval. Muchos compositores habían ido sucediendo, desde hacía años, al maestro del vals parisiense, al infatigable arrullador de las fiestas de la gran ciudad, uno de los hombres más queridos entre los creadores de la alegría; pero nadie le había reemplazado. Oliverio Metrá había muerto hacía varios años, y decíase que algo de su alma cantora se hallaba trasfundido en la de Dayel. La fama le llevó á ser director de orquesta de los bailes de la Ópera.

Marta había expresado con frecuencia su deseo de ir con Juan á los sitios en que se ejecutaban sus obras: á los bailes en que las parejas, embeladas, se dejaban llevar por los acordados sonos del metal que envolvía los *pizzicati* de la cuerda. Dayel había resistido mucho tiempo, temeroso de que, en aquellas fiestas del dinero y la galantería, pudiera disiparse su amor; sin embargo empezó á llevarla á los conciertos en que se tocaba su música, presentándola á sus relaciones, contento de verla respetada, en animado y fraternal trato con los que ella juzgaba amigos de Juan, pero desconfiada para la gente aventurera, tan numerosa en aquel ambiente de semi-bohemia. Ella se enorgullecía una vez más oyendo aplaudir las obras de su amante, las obras que, como él decía bien alto, le había ella inspirado.

Seis meses, próximamente, después de su unión,

Fué esto la consagración definitiva de su talento de artista. El porvenir asegurado le iba á permitir consagrarse con mayor ahinco á continuar su ascensión, á producir obras cada vez más sólidas, desahogadamente.

Dayel llevaba ya á Marta á dondequiera que le hacían ir sus ocupaciones, orgulloso de la admiración que ella producía entre los compañeros. Pronto se hizo costumbre verlos siempre juntos, en el teatro, en los conciertos, afirmando cada vez más su unión pronto envidiada.

En aquel ambiente, en que se mezclaban á los artistas, comediantes, aventureras y vividores, empezaron á crearse leyendas sobre Dayel y su amiga. Unos se arriesgaban á insinuar que Marta era una diveta que había dejado las tablas para pegarse al músico: ella le había sabido conquistar con su grácil belleza y su afectada ingenuidad. Otros aseguraban que Dayel se la había traído de una de sus excursiones á provincias. Era, según ellos, hija de un funcionario: los padres habían rehusado su mano al artista, y éste la había robado, ocultándola cierto tiempo para evitarse molestias por parte de la familia.

La mayor parte, poco interiorizados en las intimidades de Dayel, los creía realmente casados, y alababa en Marta su porte, excepcional en aquel ambiente. Se encontraba encantadora aquella

pareja, aquellos enamorados á quienes hubiera apenado la separación por unas cuantas horas, y que paseaban sin reparo su tierno cariño por los lugares menos hechos á tales espectáculos, atravesando los medios más heteróclitos sin preocuparse por malévolas curiosidades, proclamando su independencia y su desprecio de los comentarios.

Pedro Bisson, el crítico de teatros, había resumido en una acertada frase la opinión general:

— Son un pinzón y una curruca que se ríen de los pardillos; el uno canta, y la otra hace el nido.

— Pues ¡ ojo con los mirlos ! había contestado la maldiciente lengua de Montal, el reporter y cronista.

Aquel Montal, alegre propalador de escándalos, rehusaba admitir las cosas sencillamente; siempre había de haber gato encerrado en todo lo que parecía claro.

Pero los chismes cesaron en breve: París olvida pronto las cosas y las personas que le han ocupado un instante, sobre todo aquella parte de la sociedad parisiense cuya vida se consume en un perpetuo ardor, en que nuevas gentes pasan, se elevan y desaparecen, en que anécdotas y chismes mariposean de unos á otros, rozando, desgarrando ó matando entre indignaciones ó risas, que acogea, sin persistencia, todo incidente más ó menos ruidoso.

La vida de Juan Dayel y Marta acabó por ser aceptada como una unión regular; por tal vinieron á tenerla cuantos los veían juntos. La pareja se había atraído rápidamente las más cordiales simpatías: eran recibidos en las familias de los artistas, poco preocupados de etiquetas. Á Dayel se le apreciaba por su sencillez, porque, sin engrairse con el éxito, seguía siendo el mismo para sus antiguos compañeros de bohemia. La dulzura y el buen humor de Marta, la ausencia en ella de toda coquetería, y su aparente indiferencia por todo lo que no era Dayel, habían acallado la maldicencia femenil: se los acogía, con gusto, en la convicción de que llevaban la felicidad por donde pasaban.

Al día siguiente de su nombramiento de director de los bailes de la Ópera, Dayel se levantó contento, y corrió á abrir las ventanas doblando con estrépito los postigos, ansioso de luz.

El sol matinal, y los rumores de la calle, invadieron la habitación. El vooce de los vendedores ambulantes subía nítido de las aceras bañadas en luz, mezclado al frondoso susurro de los grandes álamos que bordeaban el ribazo, al cánturreo de los marineros atareados en las cubiertas de las barcazas frotando y lavando, descalzos en el fluir del agua del valdeo.

En el aire pululaban ligerísimos copos, semillas

de árboles, que flotaban hacia otras tierras donde habían de fecundarse: eran como nivea borrija, como briznas de plumaje arrancado, que salpicaran el aire de minúsculas blancuras, trascendiendo hacia el sol. En el ramaje, y á lo largo de los aleros, se querellaban pipiantes pardales, disputándose las migajas que el viento les llevara: era por doquier la exuberancia de la estación feliz, la vida henchida de alegría, rebosando en la deslumbrante luz de una espléndida mañana estival. De las grandes casas salían canciones, rumores de trastos removidos, y el Sena, resplandecía, centelleante, gayado por el sol que rielaba en las simétricas ondas, espolvoreando de plata la estela de las barcazas y barquichuelos que surcaban el agua.

Á la izquierda veía Dayel la catedral, bañados sus contornos de plateado azul, cuyos encajes y salientes se destacaban en la claridad del puro cielo, como arabescos sombríos en el fondo claro de una pintura. Los ventanales, en sus marcos de negra piedra, se animaban, irradiando la luz, que venía á herir su policromía. Hubiérase dicho el viejo templo engalanado con nueva pedrería que cantara al unisono con la alegría circundante. Reía la mirada de todas sus vidrieras; sus gárgolas de abiertas fauces semejaban beber el azul del cielo, el oro y la plata de la nueva estación, que inundaban París,

ardiente en la fiebre del trabajo y del placer, palpitante de vida.

La repentina luz despertó á Marta, y mientras la joven se despercebaba lánguidamente, después de devolver á Dayel su beso matinal, le hizo él saber la nueva dicha que le había caído. Cogiendo sus manos y enlazando su talle, la tenía ceñida, y la hamacaba como á una niña.

— Tú me has traído la buena suerte, Marta; eres como una hada encantadora que transforma las cosas á su contacto.

— Es porque me quieres, Juan.

Furtivamente, antes que ella se despertara, había ya Dayel preparado la leche, una golosina para Marta, y hecho el café, esperando que ésta abriera los ojos.

Rápida, saltó de la cama, envuelta apenas en diáfana batista que su carne sonrosaba; y Juan le tendió los brazos:

— Marta, mi divina Marta, tú eres hermosa como una estatua, cuyos labios y ojos cobrarán vida para que yo los besara.

Siempre risueña, iba vistiéndose lentamente su ropa interior; de la oscura estofa emergía la redondez de su cuello, y por el abierto escote, destacaban sus senos dos purpúreas fresas en la blancura de la carne. Sentóse á la mesa frente á Dayel, embellecido; y éste, repentinamente serio, le dijo:

— ¡ Si nos casáramos los dos, Marta querida! Estoy seguro del porvenir, ahora; te quiero; ¿ y tú?

Zalamera. sin contestar, tomó ella con entrambas manos la cabeza del artista y le besó en la boca con un largo beso de pasión. Y él, libres los labios de la deliciosa prisión, empezó á enumerarle las ventajas de su situación actual, sus esperanzas cada vez más altas, que se habían de realizar una tras otra.

— Seremos felices, querida; viviremos tranquilos sin preocuparnos por el mañana, y cada año, cada día, irá añadiendo algo más á nuestra felicidad y á nuestra fortuna. ¿ Quieres?

Con los ojazos tamaños abiertos, extasiados, se levantó ella y vino á sentarse en las rodillas de Juan. Trastornado el amante, se esforzaba torpemente en desatar los lazos de la ligera camisa de su amada, extraviaba sus dedos en las exquisiteces de aquel cuerpo, salpicando sus caricias de caprichosos besos, deteniendo sus labios en los mullidos nidos y en las suaves redondeces de su adoración.

— Nenita mía, murmuraba él, yo adoro esos ojos en que brilla el amor con una flama siempre nueva.

Yo adoro tus labios, y tus dientes de lirio, escarchados del rocío de tu boca. Yo adoro esas cupulitas de alabastro que cubren tu pecho.

Yo estoy loco por tí, como aquel escultor que enloqueció de poseer una obra maestra.

Tú eres como una santa adorada, tan hermosa que no se atreve uno á decirle su adoración. Tú eres el hada de los encantos, el hada de la infinita dulzura.

Yo quiero extraviar mis labios á través de tu cuerpo. Quiero besar tu boca sin cesar, sentir siempre tu cuerpo enlazado al mío.

¿Quieres, Marta? Iremos los dos, eternos amantes, á nuestro ensueño. ¿Quieres tú?

Y la voz de Marta, murmuró, apagada, como temerosa repentinamente del mañana :

— Sí, á nuestro ensueño.

Luego, por una vaga asociación de ideas, declamó, imitando un poco á la célebre trágica, Dinah Samuel, estos versos de una obra de Roberto Antoc, que habían visto la víspera :

Tuya soy, ó mi ensueño; ideal caballero.
De mi largo camino, se tú el fiel compañero

VI

Diez días después, se unían ante Dios los rubios amantes, en el vetusto templo de la isla, en la capilla de San Juan, oscura á pesar del brillo de sus dorados, sin más testigos que los precisos para la celebración de las nupcias. Se casaron como se habían amado, en la dicha de su intimidad que no permitían turbar al mal querer y á la indiferencia del mundo. Para ellos solos tañeron las viejas campanas bajo el calado chapitel.

Nada cambió en su vida ordinaria : la íntima solemnidad de la ceremonia estrechó aún más su unión. Como antes, fueron juntos cada tarde, adonde llamaba á Dayel su ocupación.

Cuando nada los obligaba á asistir á algún espectáculo, huían gozosos, como en los primeros meses de su cariño, á través de los campos que rodean á la gran ciudad, haciendo escapadas de jóvenes amantes, enamorados del verdor, de las lánguidas

Yo estoy loco por tí, como aquel escultor que enloqueció de poseer una obra maestra.

Tú eres como una santa adorada, tan hermosa que no se atreve uno á decirle su adoración. Tú eres el hada de los encantos, el hada de la infinita dulzura.

Yo quiero extraviar mis labios á través de tu cuerpo. Quiero besar tu boca sin cesar, sentir siempre tu cuerpo enlazado al mío.

¿Quieres, Marta? Iremos los dos, eternos amantes, á nuestro ensueño. ¿Quieres tú?

Y la voz de Marta, murmuró, apagada, como temerosa repentinamente del mañana :

— Sí, á nuestro ensueño.

Luego, por una vaga asociación de ideas, declaró, imitando un poco á la célebre trágica, Dinah Samuel, estos versos de una obra de Roberto Antoc, que habían visto la víspera :

Tuya soy, ó mi ensueño; ideal caballero.
De mi largo camino, se tú el fiel compañero

VI

Diez días después, se unían ante Dios los rubios amantes, en el vetusto templo de la isla, en la capilla de San Juan, oscura á pesar del brillo de sus dorados, sin más testigos que los precisos para la celebración de las nupcias. Se casaron como se habían amado, en la dicha de su intimidad que no permitían turbar al mal querer y á la indiferencia del mundo. Para ellos solos tañeron las viejas campanas bajo el calado chapitel.

Nada cambió en su vida ordinaria : la íntima solemnidad de la ceremonia estrechó aún más su unión. Como antes, fueron juntos cada tarde, adonde llamaba á Dayel su ocupación.

Cuando nada los obligaba á asistir á algún espectáculo, huían gozosos, como en los primeros meses de su cariño, á través de los campos que rodean á la gran ciudad, haciendo escapadas de jóvenes amantes, enamorados del verdor, de las lánguidas

tardes de verano, al borde de los floridos ríos, á la hora en que la claridad desfallece en agonía policroma, en el azul, la púrpura, el oro y la plata de los suntuosos crepúsculos en que mueren los cálidos días.

Otras veces se contentaban con vagar por las calles, animadas por la alegría de libertad que sigue á los trabajos del día, ó á lo largo del río, cuando el mercado de flores ostenta su esplendor, exhala sus perfumes, que impregnan el aliento de París.

Á última hora, les gustaba ver á las floristas, afanadas en vender sus últimos ramos, temerosas de que se marchitaran y perdieran si se quedaban con ellos. Era uno de sus placeres, ver en los puestos aquel desorden de rosas, tulipas, dalias, de retorcidas enredaderas enlazadas á sus rígidos rodrigones, entre los carros del Marais, cargados con canastillos de pensamientos, morados y blancos, rosa ó crema, amarillos ó de un oscuro aterciopelado.

Gladiolos y lirios, en haces, ergufan sus corolas matizadas de verde pálido, entre los desnudos brazos de los jardineros en mangas de camisa. Á veces una joven, con abrigo azul ó negro, permanecía en el cordón de la acera, cargado el regazo de ramilletes, rodeada de plantas que iba haciendo pasar á otras manos, mezclando, como heroína

de una leyenda de primavera, el oro de sus cabellos á los vivos matices de los pétalos en una espléndida sinfonía de color, entre el perfume de las corolas.

Así vivían Marta y Juan su tranquila felicidad, cada día renovada, sin cansancio. Cada día se sentía el artista más unido á su rubia adorada, tan dulce y cariñosa, que le ayudaba á sobrellevar las pasajeras decepciones, le confortaba en las tristezas de los días nefastos, esos días en que el destino parece rebelarse hasta contra los más felices, contra los que creen haber vencido al porvenir.

Ella sabía reducirle al trabajo, y despertaba en él la fiebre de inspiración de sus mejores momentos. Su marido le había enseñado la música y ella cantaba ya, acompañándose al piano, con una voz pura y lozana.

Entre otras cosas de Dayel, le gustaban con delirio, las baladas regionales francesas, cuya melancolía la encantaba, y cuya picarésca gracia la hacía reír hasta saltársele las lágrimas, encendida como una grana.

En ese género exquisito y arcaico había Juan compuesto (letra y música) una *ronda* de amor y de primavera, algo modificada, modernizada en su forma, una canción de esperanza, que Marta amaba con especial cariño, y que llamaba:

La canción del pájaro bello.

Canta, pájaro bello,
Canta en el bosque y dentro de mí.

Mi amigo está en la guerra — sirviendo al Rey.
— Yo le di por bandera — mi corazón y mi fe.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — Mañana por doquiera — habrá fiesta en el país.

Ofrecíome galante — antes de partir — tres hojas de yedra — y una rama de muérdago.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — Las lilas están de fiesta — embalsamando el país.

Me dijo, cuando de otra primavera — los setos florecían, — á la Haya es fuerza que parta — que parta en seguida.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — Mañana, compañeros, es día — de conquista en el país.

Conserva el muérdago, — conserva bien mi yedra ; — conserva la blanca rosa — de tu corazón en pena.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — ¡ Ojo los gallos, que tienen cresta ! — ¡ Guay de la moza, que, descuidada, se eche á dormir !

Cuida no te deshojen, — querida flor ; — que á la vuelta puedan gustar mis labios — el fruto del amor.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — ¡ Que esté apercebido el lecho — cuando tu amigo vuelva á tí !

Según iba Dayel conociendo más á Marta, la sentía más cerca de sí, la quería tanto más cuanto que ella sabía dar constante variedad á sus encantos. Si, era siempre la misma y cada día nueva, alternativamente dulce y apasionada, coqueta para él solo, ó deliciosamente perversa á sus horas, para reaparecer ingenua sin necedad ni presunción.

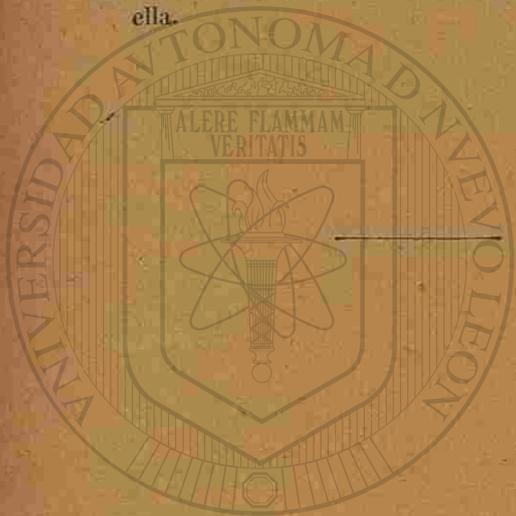
Excelente mujer de su casa, se entregaba á sus tareas sin perder la elegancia necesaria á la vida de la ilusión ; tenía el arte de ocultar, á los ojos del amante, sus pequeñas miserias y sus achaques de mujer, no mostrándole sino su belleza.

Respetuosa para el trabajo de su marido, sabía enmudecer su compañía, de suerte que él sintiera junto á sí el espíritu de la amada abstraído de toda presencia corporal que pudiera distraerle.

Ocurrió una alegre nueva que acreció su mutuo afecto ; nació una niña, á quien Juan quiso poner Marta, como su madre, de la que tenía los rubios cabellos, y los grandes ojos claros.

Y entró en una nueva fase su amor, personifi-

cadó en aquella balbuciente criatura, para la cual quisieron ambos preparar, edificar un palacio de felicidad y de cariño aumentado por ella y para ella.

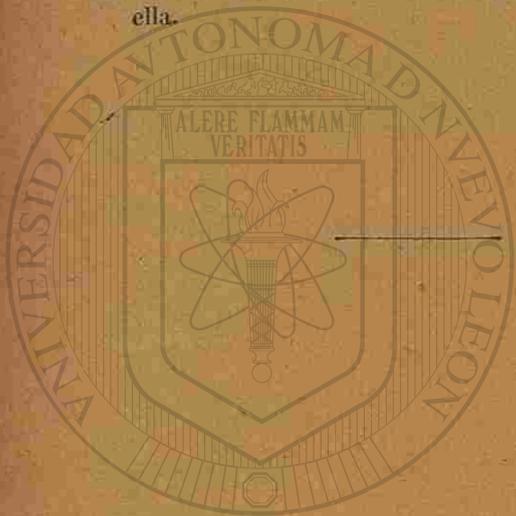


VII

Marta y Dayel, que acababan de comer con unos amigos, estaban acodados en una ventana del café de la Paz, sobre la plaza de la Ópera. La grácil rubia se distraía en contemplar las incesantes oleadas de gentío que llenaba el ámbito, de pueblo impaciente, en expectativa de un espectáculo que tardaba en venir. La Mitad-de-Cuarema resucitaba momentáneamente el Carnaval difunto.

¿Era alegría aquella pasajera barahunda llena de las exclamaciones y de carcajadas de hombres que aventuraban sus manos entre las huecas ropas femeninas, sin atender á las indignaciones sinceras ó fingidas de las mujeres víctimas de aquella pública violación? Los árboles, flamulados de artificiales y policromas cabelleras, dominaban el endomingado y bullanguero gentío, como graves señores, indulgentes y dignos en medio de una

cadó en aquella balbuciente criatura, para la cual quisieron ambos preparar, edificar un palacio de felicidad y de cariño aumentado por ella y para ella.



VII

Marta y Dayel, que acababan de comer con unos amigos, estaban acodados en una ventana del café de la Paz, sobre la plaza de la Ópera. La grácil rubia se distraía en contemplar las incesantes oleadas de gentío que llenaba el ámbito, de pueblo impaciente, en expectativa de un espectáculo que tardaba en venir. La Mitad-de-Cuarema resucitaba momentáneamente el Carnaval difunto.

¿Era alegría aquella pasajera barahunda llena de las exclamaciones y de carcajadas de hombres que aventuraban sus manos entre las huecas ropas femeninas, sin atender á las indignaciones sinceras ó fingidas de las mujeres víctimas de aquella pública violación? Los árboles, flamulados de artificiales y policromas cabelleras, dominaban el endomingado y bullanguero gentío, como graves señores, indulgentes y dignos en medio de una

kermesse en que se hubiesen dignado mezclar su altiva aristocracia.

La muchedumbre refluía, sin cesar renovada, rumorosa, en una atmósfera sofocante de alegría, cuya polvareda granecaban leves *confetti*, de rojo, azul, violeta y rosa, y de brillante blancura. Era un continuo flujo y reflujo de cabezas y cuerpos, olas de carne humana, á lo largo de los bulevares, desbordantes de pueblo, de familias burguesas en grupos ansiosos de placer, gozando la general libertad de un día.

De tarde en tarde, pasaba por la acera una máscara: un Pierrot de blancos bombachos, sonriendo con socarrona boca en su enharinada faz, ribeteados de encarnado los ojos, ó algún músico ambulante, algún estudiante de tuna, con cuchara en el tricorno y mandolina en bandolera, hendiendo los remolinos de gente para ganar la terraza de un café; algún campesino de Normandía con chaleco azul y gran cuello de papel holgado-mente abierto en torno de su pintado rostro; algún atleta ó acróbata de feria; amas de cría, bebés de rojas pamelas colgadas al cuello grandes galletas de cartón; niños vestidos de militar, azules húsares, dragones arrastrando penosamente el sable, asaz pesado para sus manecitas que lo sostenían crispadas.

Todo aquello se agitaba bajo el flamear de

papeles que encintaba el negro ramaje, salpicado por el verde pálido de los renuevos que asomaban ya bajo aquella otra floración abigarrada y precoz; bajo los rizados y flotantes flecos que pendían de ventanas y balcones, donde se arracimaba la gente, negreando en la oscuridad del vano, y destacando de su apagada tonalidad, tal cual cabellera rubia de mujer ó de niña, resplandeciente al sol.

En la plaza de la Ópera, los hombres se entremezclaban con las muchachas, rompiendo las bandadas de grisetas, que se esforzaban en sepultar bajo la menuda metralla; y estallaban besos sobre ignoradas mejillas, aventurábanse manos á cosquillar sobacos, y volaban por doquier frases descocadas, galansterias de encendido color, sucias á veces, entrecortadas de risas.

Un viejo burgués de anteojos va escoltando á dos muchachas de trenza, y se irrita contra el obstáculo que le oponen unos horteras formando corro, encerrando al trio y apostrofando á las chicas: los transeuntes, divertidos con el espectáculo, abruman al buen señor á *confetti*, mientras las chiquillas, asentadas, se desgañitan gritando como pintadas perseguidas. Y, á pocos pasos, dos jóvenes provocativas, buscando aficionados al placer tarifable, sacan á manos llenas *confetti* de sus bolsas de seda, y traban encarnizado combate con unos galanes. Una de ellas, rubia de ojos

grises, vestida de crespón negro, atenta á los envites de los jóvenes, alegres y poco formales, se siente sorprendida desde atrás por dos manos que acarician las redondeces de su busto. Se incomoda y grita:

— Atrevido.

Pero, al volverse, ve al asaltante correcto, en un *overcoat* cuyo ojal orlan rosados claveles; y se desdice sonriente:

— Si lo hubiera Vd. hecho con guantes, no habría dicho nada.

Mujeres en pelo, del brazo de granujas de gorra, se abren camino con el contoneo de sus caderas, é insultan á los pacíficos paseantes que no se apartan bastante pronto. Unos pollos cursis con llamativas corbatas y anillos en los dedos forman conciliábulo en un ángulo de la plaza, acechando á las transeuntes y discutiendo el empleo de la noche. Sus voces se pierden en la barahunda que causa el paso de un landó atestado de camareras de cervecería, de cuyos corpinos rosados, rojos, azules y verdemar surgen, temblonas como gelatina, mustias redondeces: y un joven de aplastados cabellos, oprimido el torso en mefistofélica malla, negra la chivosa barba, y tridente en mano, preside el cortejo.

Por fin, al son de anunciadoras trompetas, los curiosos, acosados por los guardias, despejan la

calle, se prensan en apretadas filas, estrujándose unos contra otros, todo el montón de carne afluye del arroyo á las aceras. Y, tras los músicos impasibles en sus caballos de bronce, en el brillo de los charoles y el acerado destellar de armas y cascos que ilumina un pálido sol de primavera, van llegando los carros.

Resuenan las aclamaciones y crúzanse las serpentinatas entre la masa gris del gentío y las vistosas carrozas, montadas por mujeres cuajadas de lentejuelas, por hombres de extravagantes aspectos, engalanados en suntuosos trajes. Al paso de los grotescos animales, gigantes monstruos de cartón iluminado, estallan la alegría y el entusiasmo por las reinas de un día, que desfilan coronadas de efímeros oropeles, sonriendo á la ovación.

Risas y manotones acogen la cabalgata del barrio Latino, gatos caballeros sobre asnos, « el ejército del *Chahut* » cuyas filas alegran escuchimizadas caras de grisetitas que escoltan al rey Carnaval, Gargantúa de la fiesta descollante como un símbolo entre la maraña de serpentinatas, que ondean á través de la nieve multicolor de los confetti.

Pasada la cabalgata, resuenan otra vez con más furor risas y gritos, disputas y algazaras. Pero á pesar de tanto gritar y tanto reír una cierta tristeza se acusa en el rostro de las gentes, escapadas un instante á la pobreza ó mediocridad de sus hogares,

cansadas de tropiezos y empujones, de la ficción de alegría sostenida una hora, para caer de nuevo en la penosa realidad, en los afanes de la vida cotidiana, en la miseria de un día tras otro.

¿Es acaso placer aquel agitarse de mercaderes improvisados, impacientes por vender sus productos mañana inútiles, acosados por la necesidad de ganar en un día la vida de una semana? ¿Aquel bullir de mujeres haciendo su carrera, de ávidos perseguidores de placeres gratuitos, en que la voluptuosidad misma es excluida por la brutalidad del instinto; es acaso alegría?

Marta y Dayel charlan y miran, felices con hallarse al abrigo del gentío que se codea y empuja, algo fatigados por el triste desfile de aquella muchedumbre endomingada. Pero Marta se siente satisfecha en aquel nuevo ambiente, que antes apenas entreviera: su Juan va a ser también uno de los héroes de la fiesta, aquella noche, fiel a su misión de artista, de creador del placer.

Ella se ha prometido verle presidir, en medio de la orquesta, la locura del baile, envolviendo en melodía el campanilleo de los cascabeles y el estrépito de las descoyuntadas danzas.

Irá con una amiga, la Delienne, tapadas ambas con antifaces, recatadas entre los pliegues de

elegantes dominós; irán juntas al baile de la Ópera, el último del año.

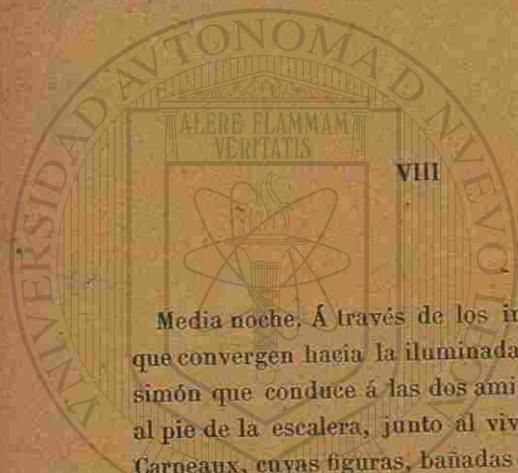
Dayel había autorizado la aventura, seguro de aquella amiga honrada y juiciosa, compañía ordinaria de Marta, los días en que Dayel no podía serlo. Era la mujer de un empleado amigo suyo, músico y poeta á ratos perdidos. Entre burgués y bohemio, el matrimonio Delienne, había sido de los primeros en aceptar á Marta, ya por aprecio á Dayel, ya por el rubio encanto con que ella los sedujo.

vares, recorridos por bandadas de gente que chillaba, canta y ríe, desgañitándose.

Las máscaras se amontonan y apretujan de peldaño a peldaño, en una confusión de tonos chillones y metálicas lentejuelas, y crujen, al estrujarse las capas y multicolores dominós, en oleada hacia las puertas.

Á pesar de las caretas y antifaces, entrevense caras, rosadas por el frío, animadas por la esperanza de una noche de placer y embriaguez. Negrean entre las aperturas los correctos fracs de los elegantes: jóvenes de esbelta figura, calaveras, hombres formales atraídos por la curiosidad á la tradicional orgía. Recuerdan haberse divertido una ó dos veces. ¿Quizás se diviertan aún? ¿Quién sabe? Y vienen.

Crece la oleada de disfraces de dudoso contenido, de pantorrillas en exhibición, de trajes improvisados, fantásticos. Camareras y arlequines, marineros, libélulas y mariposas, *bailaoras* españolas, manolas y carmencitas, pierrots, colombinas, payasos y bufones, aldeanos y mefistófeles, se estrujan ansiosos, enguizgados por el vicio, por la sed de oro ó de placer, en un anhelo de esperanza, alegres ó ansiosos. Encendidos sus ojos por la fiebre del lucro ó de la lujuria, suben al asalto del amor, á la embriaguez de una noche, al olvido de las horas vulgares.



Media noche. Á través de los infinitos carruajes que convergen hacia la iluminada plaza, rueda el simón que conduce á las dos amigas y se detiene al pie de la escalera, junto al viviente mármol de Carpeaux, cuyas figuras, bañadas en la esplendente blancura de la luz eléctrica, parecen desprenderse y danzar ante los yertos bustos de compositores fallecidos, cuyas almas quizás despierten á veces, al vibrar de la música en sus rostros de piedra.

En hileras, cual reguero de hormigas, acotan y contienen el gentío los guardias de París, envueltos en sus negras capas, inmóviles en el bullir de la plaza, con rígidas actitudes de bronce, bajo la irradiación de sus cascos. El golpeteo de las portezuelas de los coches que se van alineando en las sombrías calles laterales, y su continuo y roneo ruar, ensordecen el estrépito que llega de los bule-

Las dos amigas atraviesan, algo azoradas, aquella barahunda, estrechándose una contra otra, esquivando las agudas miradas que se esfuerzan en penetrar sus antifaces. Y llegan, por fin, á los corredores de los palcos, donde se sienten confortadas por la espléndida luz que difunden las lámparas, y por el calor de la sala, en que se agitan los remolinos del vals á los acordes de la música.

Suben, entre el barullo, la escalera monumental, resplandeciente de luces, entre hileras de hombres alineados como en una parada, aburridos perseguidores del placer, cansados ya de todo, que apenas despliegan los labios, perezoso el ánimo, tan solo aptos, los más, para brutalidades de mano, primicias del carnal comercio que podría apaciguar sus enfermizos deseos, un punto sobreexcitados.

Marta Dayel, la frágil estatuilla rubia, perdida en los pliegues de su dominó de color de hoja seca, velada tras un antifaz de raso, sube los escalones de mano de su amiga que viste dominó negro forrado de blanco. Ambas se deslizan ligeras hacia el gran vestibulo, extraviándose entre el movimiento de las máscaras, el brillo de las lentejuelas y los cambiantes de la abigarrada multitud. Refugiadas en su paleo, podrán ver y observar, libres de asaltos audaces. Pero se detienen un momento entre la rebullente confusión de multicolores

trajes, que los fracs tachonan de negro, como tristes insectos entre pintadas mariposas.

Algunas caras conocidas, que ya habían visto, las tranquilizan un poco. Marta se rie viendo á Bisson, el crítico, en conversación con dos mujeres que quieren acapararlo.

— Un hombre de tu volumen, debe tener por fuerza mucha sombra, — dícele una exuberante rubia, puesta la mano en el hombro del hermoso gigantón.

Está vestida de transteverina: abrochan al escote de su corpiño, dos placas doradas, dividiendo las gelatinosas carnosidades de los senos. La otra es una flaca larguirucha, que adelgaza aún más un traje ceñido de arlequín, listado de negro y rojo.

— Tú me harás encontrar « lo » que perdí...

En el vestibulo chocó á las dos amigas una cierta tristeza que flotaba sobre la mascarada: hombres de negocios hablaban en un ángulo de los valores turcos y discutían azares de bolsa, la liquidación, el alza próxima... Fachosos mascarones, con disfraces cansados de rodar por los escenarios de provincia, disputaban, en callejero lenguaje. Un caballero de frac, de bigote cano, avanzaba sus manos hacia el relleno busto de una druidesa de rojos cabellos.

— ¡Aun te gusta jugar! ¡ á tus años! le decía

ella desconcertándole con la atrevida mirada de sus ojos castaños.

Iban pasando mujeres : marquesas de empolvado tupé, pastoras y clownesas, marineros y bailarinas, locuras tintineando con sus revueltos cascabeles, Fátimas veladas de gasa con pesados brazaletes de plata y cobre, dominós naranjados, morados, rosa y blancos, rojos y negros. Y muchas se mostraban inquietas, afanosas, escrutando los rostros masculinos, puesta la mira en lucrativas conquistas y en la espléndida cena final.

Bullían en los corredores, parejas que cuchicheaban en secreto, manos que tentaban al paso desnudos brazos, mujeres levantadas en alto, cosquilleadas, profanadas en sus intimidades por ávidos tanteos, que se aseguraban de la calidad de las carnes aun no adjudicadas al mejor postor. Y la orquesta, junto al foyer, anegaba el bullicio en el vértigo de un galop, en que se oían pasar clamores de trompetas y careajadas de faunos cazando á través de bosques reverdecidos.

Hervía en las estrechuras una avalancha sin cesar renovada, en la que menudeaban extravagantes aspavientos, frases soeces, brutales regateos. Pierrots envueltos en blanco raso, clowns cuajados de lentejuelas, caballeros, chinos, salvajes en pardas mallas, pulchinelas y toreros, graves señores grotescamente ennarigados, con sombreros

crestonados de enormes plumas, acosaban á las pasantes, con proposiciones irónicas que cortaban fingidas indignaciones, gritos y risotadas.

Pasado el primer susto, llegan las dos amigas al salón, seducidas por la novedad del espectáculo. En torno de las máscaras pagadas, (pues no todo es diversión en la Ópera, que también se trabaja), forman corro gomosos y burgueses juerguistas por costumbre, ó pervertidos por una noche, ansiosos de pasajeras visiones de carne desnuda en el entredós de un pantalón de mujer, de la epiléptica agitación de bailarinas y bailarines de profesión; aplaudiendo los descoyuntamientos más canalleros.

Unas diosas, Dianas armadas de arco, charlan con señores á lo Luis XIV empelucados y empolvados. Una galita blanca ronronea en torno de un señor barrigón de cabellos grises, de triste semblante en medio de la bacanal, y que luce sobre el blanco chaleco almidonado una cadena de oro. Y siete muchachas formando monómio recorren los grupos. Cada una es una flor. La margarita, que es una rubia, dice :

— ¿Quién me va á deshojar esta noche? Sí, no, sí, no... ¿Quién llegará á mi corazón de oro?

Y sigue una encendida rosa, en cuyos labios, más que en los pétalos de su traje, rutila la sangre; y un lirio de moiré blanco, cuyos cabellos de oro

se desbordan sobre el busto; y una dalia morada cuya carne mate, parece á punto de hacer estallar el cáliz verde oscuro que le oprime el seno; y una flor de albaricoque rosa pálido; y una pervinca de gasa azul.

Y viene un abejorro y las va abrazando á todas. Y luego dice:

- Cojo el lirio.
- ¿Qué harás con él? pregunta una voz.
- Convertirlo en un girasol.

En varios palcos hostezan los clubmen concienzudamente. En algunos de aquéllos, sin embargo, se oyen risas, exclamaciones, crujidos de seda arrebuñada; se oye batir de puertas tras mujeres secuestradas violentamente, devoradas por hombres que entran á saco en ellas, á manos llenas. Un palco se mantiene silencioso, con un silencio entrecortado por quedos suspiros: oculta sin duda alguna virtud extraviada una noche, quizás la última aventura novelesca, de aquel fecundo foro de ellas.

Un arlequín, disfraz de una arrogante morena, enlaza á una *pierrette* rubia y menudita, y, sin reparo por escandalizadas miradas, la besa en los labios. Una pelirroja vestida de mosca azul, alada de gasa, mariposea al rededor de cuatro graves señores, desfigurados por granujentas narizotas de cartón pintado. Una urraca, enfaldada de ne-

vado *peluche* y alada de negro, trata de deslizar su mano en los bolsillos de un caballero de mediana edad con monóculo, un bolsista millonario:

— Las urracas ya se sabe que son ladronas. Tú, que por la pinta eres banquero, me podrás dar lecciones. ¿Quieres?

En el centro del estrado, de entre sus músicos, surgía, batuta en mano, un hombre delgado y rubio, en pie, perdidos los ojos en el ensueño suscitado por la melodía; Dayel, en el lugar que antes ocupara Metrá (otro melancólico creador de alegría), presidía la fiesta, conduciendo la desenfrenada bacanal, indiferente al barullo y á las risas; y parecía seguir con la mirada, sobre la muchedumbre, un bada invisible, Marta, sin duda, que gozaría, oculta en su disfraz. Juan debía ir á reunirse con ella en el palco; pero ignoraba el color de su dominó.

Marta, la grácil rubia, perdida un instante en la barahunda, contempla aquella fina silueta, sigue los movimientos de aquel brazo que impulsa los vales y cuadrillas, los gestos con que hace brotar el clamor del metal, arrojando el placer sobre la abigarrada muchedumbre, conduciendo la melodiosa armonía, en cuyos *pizzicati* trinan los pájaros, y cuyos motivos recuerdan, en sus languideces, los cantos del crepúsculo escuchados en un pasaje voluptuoso entre el susurro del follaje. Rondan y

circuyen la orquesta varios grupos en que apenas se distingue una máscara: son melómanos, apasionados por el canto de violines y flautas, admiradores del joven maestro, atentos oyentes, á quienes conmueve, más que el baile, el ritmo entusiasta ó dulce, en que pasan alternativamente, gritos, llanto de nostalgia, melancolías de destierro y estallidos de estrepitosa alegría.

En la sala, se arremolinan, en un caos de insensato vértigo, ceñidas parejas de bailarines y bailarinas engalanadas con oropeles de ocasión; y asciende á las galerías envuelto en nubes de luminoso polvo, un cálido vaho de alientos condensados, de perfumes vulgares, de haloide sudor, mezclado todo á las mil emanaciones de polvos y aceites.

Los hombres forman corro en torno á las mujeres enloquecidas, estrujándose para contemplar con la boca abierta lúbricos gestos y rápido alzar de faldas.

Marta y su amiga quisieron ir á su palco, fatigadas de tanto revoltijo y magullamiento, enervadas por el himno sensual que formaban en la sala, sobre los polícromos cambiantes del gentío, el rumor de palabras y gritos y los rítmicos sonos de la orquesta.

Al pasar por los corredores, entre las dos hileras de hombres que, embobados ó en acecho, contem-

plaban el brillante ir y venir de máscaras y bellezas, una alta y fornida silueta de bárbaro oriental, trianguena la faz, cuadradas las atléticas espaldas, rasgados los ojos como los de un asiático ó un levantino, se separó de un grupo, en pos de las dos mujeres.

Su abundosa y negra cabellera caía ensortijada sobre el robusto cuello, y su faz, de carnosos y rojos labios, se prolongaba en una hendida barba de ébano, luciente y rizada como las de antiguos bajos relieves de Asiria. Acompañado de un amigo, un elegante *boulevardier* de florido ojal, iba publicando en alta voz su admiración por Marta, la monísima rubia, de la que había admirado, bajo la máscara, el fulgor de los ojos y el purpúreo arco de los labios.

Llegóse á ella, é inclinándose descubierto, puso atrevidamente su mano, musculosa y fina á la vez, sobre el hombro de la joven.

— Ojos de tanto fuego, ¿qué no incendiarán?

Cursi era el requiebro, pero el calor con que fué dicho le prestaba elocuencia.

Presas entre la pared y el gentío, las dos mujeres no podían avanzar ni retroceder. Y el moreno galán continuaba intrépido, aventurando penetrantes miradas al dominó color hoja-seca, abrasando con ellas á la Dayel que se sentía ruborizada, intimidada, fascinada, temblorosa, sin fuerza ni tino para rechazar aquel inesperado ataque.

— Por Dios, caballero...

— Quienquiera que seas, mascarita amiga, se te adora sin conocerte. Me encanta esa rosa de púrpura que florece en la frescura de tu cara. No te escapes tan pronto... Yo quisiera besarla, esa flor: quisiera admirar á placer una por una todas las bellezas que escondes con tanto recato...

Y con brusco ademán, le levantó el capuchón y alzó la punta de su antifaz de raso. Marta logró hurtar el cuerpo y se escurrió con su amiga; y, enloquecidas por tal audacia, llegaron por fin al palco. Estaban en salvo.

Bajo ellas, llegaba la fiesta á su apogeo. Subían de punto el atrevimiento de las frases y el descoco de los ademanes. En la barahunda, gritaban las mujeres, excitadas y daban asalto á los negros fracs, inertes espectadores de obscenos pelotones y lúbricas danzas.

Aun no repuesta del todo, Marta contaba á su amiga la misteriosa impresión que le causaban los ojos, tras el antifaz, que aviva su brillo, en el sombrío rebujo del capuchón. Se sentía aún emocionada, molesta, avergonzada de las miradas con que la desnudara aquel hombre; cuyas manos la habían levemente profanado; cuyas frases acariciadoras, enervantes, que un instante se vió forzada á oír, habían sacado á luz las ocultas flores de su belleza, como si él de antemano las conociera.

Apenas las bastantes para confirmar la regla. Hay hombres, ciertamente, para quienes todo se resume en un ideal, tan alto, que olvidan las privaciones y la desgarradora miseria que se ceba en ellos durante sus mejores años; pero estos mismos, que se vean en alguna ocasión, á causa de su pobreza, rechazados, desterrados del amor que anhelan y el soñador venderá hasta su ideal si hay quien se lo compre.

— Hay mujeres, sin embargo, que se han sacrificado á la más inmutable pobreza.

— Y las demás las han tenido por locas. Sí: hay mujeres buenas y abnegadas, que saben ser superiores dentro de su sexo, siempre amables y felices en la atmósfera de cariño que saben crear y emana de ellas mismas. Pero; qué de torturas no sufren en su impotencia para la felicidad perfecta, si no tienen un buen pasar, si no se encuentran por lo menos independientes, solas ó de acuerdo con aquel con quien comparten la vida! Todos los entusiasmos, todas las aspiraciones hacia la belleza, hacia el amor, hacia el ideal, se desvanecen ante el fantasma de la miseria; y todos los compromisos, todas las vergüenzas, todas las tristezas, nacen de la necesidad del dinero, fatal para quien no lo posee antes de haberlo buscado.

Marta y Dayel escuchaban la aguda elocuencia del poeta, la brillantez de su palabra, su aparente

sinceridad. Y una penosa admiración invadía á Juan al ver, netas y valientemente definidas, las causas del malestar, moral y físico á la vez que otras veces experimentara, de las tentaciones que en otra época le asaltarán y á las cuales gracias á su rectitud, á su instintivo amor á la honradez, se había sustraído.

El poeta separó un instante los visillos de la ventana, para mirar á la calle, la calle de la que él había escrito, en su primer libro, el poema incesantemente variado, la calle que les mandaba sus últimos rumores, ruar de coches que conducían á trasnochadores alborotados y cansados ya, á los amantes de una noche, fortuitamente unidos por una llamarada de deseo. Pasaban simones dejando ver, al pálido resplandor del gas, el perfil de un hombre ó una masa de tela clara, un dominó hundido en un rincón de la popa. Grupos de máscaras fachosas y locuaces, regresaban á pie á los barrios apartados, tarareando coplas, ó rompiendo con disputas el silencio de la noche. Y los confetti multicolores formaban una espesa alfombra movidiza, que las escobas del municipio iban ya rasgando á pedazos.

Antoc se había vuelto á sentar, y escuchaba á Dayel, que expresaba su satisfacción aquella noche, contando la feliz circunstancia que le había procurado el puesto de director en el baile de la

Ópera, y recordando las luchas de otro tiempo. Marta, soñadora y sonriente, oía hablar á los dos hombres, el uno débil, fino y rubio, suave y matizada la voz; el otro siempre en público, hablando con grandes gestos y pregonando sus pensamientos, sin hacer caso de los inmediatos comensales que cuchicheaban su nombre, porque de todos verdaderos parisienses era conocida aquella imagen de emperador brutal ó de viejo saltimbanqui.

Bajo las arañas en que florecían las irisadas tulipas de las lamparillas eléctricas, fulguraban las joyas de las mujeres, escotadas, en dominó ó en caprichoso disfraz. Alegreaban las mesas los vivos matices de las vistosas telas, que el negro de los fraes hacía resaltar. Una ficticia alegría sacudía á veces el apático embotamiento de los hombres fatigados: algunos se divertían aún á aquella hora avanzada, después del continuo ajeteo de la noche: los deseos sensuales de ellos, la codicia de las mujeres cuyos ojos brillaban avivados por los afeites, todo aquello era alegría para Marta, incapaz de distinguir, de penetrar en tal barahunda, la tristeza latente, distraída por el brillo de las *toilettes*, por los alegres rumores de la sala iluminada.

Sonreía al verse en aquella atmósfera de placer, al lado de Dayel, feliz con el perfume de flor prohibida que enviaba á la tranquilidad de su cariño la escapada de una noche. Y Roberto Antoc contaba

ahora la vida tranquila que después de tanta tempestad le gustaba á él.

— Cada año, con mi mujer y mis hijos, apenas empieza á picar el sol de Junio, nos vamos á la playa. Nuestro chalet se alza entre las rocas cerca de Villerville, y se destaca, sobre los musgos, en el verde fondo de arboledas escalonadas en la falda de una colina. Los tres meses que allí paso son los de más fecundidad para mí: en ellos escribo lo mejor de mi obra de la edad madura.

— También nosotros la tendremos, una casita escondida entre la verdura. ¿Verdad, Juan?

Las ventanas estarán rodeadas de flores; y cuando estemos tristes, oiremos la risa de las hojas y de los pájaros. Yo jugaré entre los árboles con nuestra niña.

— Vd., señora, es de las que uno quisiera encontrar cuando aun se está á tiempo de amar por la belleza y por las dulzuras del amor y de la amada. Envidio á su marido. Vd. debe de saber seguramente, calmar con palabras dulces y carinosas el dolor, y reavivar la esperanza en el corazón desfallecido. Tiene Vd. el encanto de las hadas de los viejos cuentos, la virtud de alegrar todo cuanto mira.

Y el poeta explicaba amargamente el tormento de sus sucesivos amores y rápidos desamores, la soledad que sigue á la deliciosa tortura de la pasión;

y luego el final sesudo y prosaico, el matrimonio vulgar.

Y, en cuanto decía, vibraba el acento de la verdad, de una confesión sincera hecha á sus nuevos amigos, como muestra de una simpatía súbita, excepcional. Respondiendo á respetuosas preguntas de Juan, contaba sus proyectos.

— Ahora estoy esperando nuestro éxodo anual para emprenderla con mi drama: *La Waina*. Necesita música y coros. Es una obra de pasión, en que la música deberá ir reflejando su germinación, su lozana floración amorosa, y su eclosión sublime, para cantar luego tristezas de su agonía, y terminar con un motivo de nueva esperanza, de arrullador consuelo. Yo le contaré á Vd. Realmente me siento atraído hacia Vd. Si no hay algún inconveniente (y sus ojos consultaban los de Marta), ¿por qué no vendrían Vds. allí con nosotros? La niña lo pasaría muy bien; y nosotros podríamos trabajar juntos con toda libertad. ¿Querría encargarse de la partitura, Vd. que tan intensamente hace en sus obras palpitar el amor?

Juan Dayel le daba las gracias: el pobre muchacho se deshacía en expresiones de agradecimiento. El amigo que había hecho la presentación del músico y del poeta, sonreía por momentos. Los revuelos cabellos rubios de madame Dayel y sus divinos ojos azules, le explicaban claramente la súbita

simpatía del escritor y su ofrecimiento de colaboración que le bullía en la mente; y concluyó:

— Quedamos de acuerdo, ¿no es eso? Volveremos á hablar é iremos allá las dos familias.

La conversación se desvió á cosas del baile y de la noche, mientras el champañ espumaba en las copas. Antoc, Dayel, Marta y el amigo se separaron en la blancura de una madrugada de primavera que bañaba ya las calles: los primeros rayos del sol atravesaban la policroma red de serpentinas que se enredaban en el ramaje, como si éste hubiera florecido en inextricables lianas de colores.

— ¡Hasta pronto, pues! Y dentro de tres meses, junto á la costa! dijo Roberto Antoc, instalándose solo en un simón, que arrancó pesadamente. Y en el ademán del poeta, en el movimiento de sus anillados dedos leyó Marta un beso, y Dayel una última manifestación de afecto para sus nuevos amigos.

IX

Marta y Juan, contentos é ingenuamente orgullosos de su nueva relación, llegaron á casa cuando la aurora lanzaba á lo lejos su magia sobre el río, tiñéndolo de esmeralda y abrasándolo de púrpura: el horizonte se inflamaba ya, estriado de vivos matices, en una bruma violácea, iluminada por el sol aún lejano, que manchaba crudamente las fachadas y doraba el follaje que temblaba, escarchado de irisado aljófár.

Marta, desvelada por el paseo matinal á pesar del cansancio de la noche, y ligeramente excitada por su aventura, entró en la alcoba, santuario de su amor, y abrió de par en par la ventana. La Catedral resplandecía en la aurora, flameaban los cambiantes de los emplomados ventanales, y el recortado encaje de sus galerías y claustros destacaba su negrura en la claridad del cielo. Nuestra

Señora de París parecía rejuvenecida, reía por todas sus gárgolas, por los luminosos esplendores de sus vidrieras, como un presagio de alegría.

Marta y Dayel contemplaban la querida decoración en que habían germinado su intimidad y su dicha.

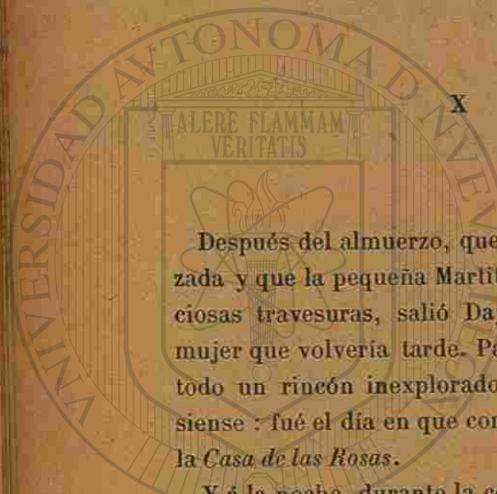
Marta, la grácil rubia suspiró :

— ¡Tener una casita propia, entre follaje y flores, con un hermoso jardín! Tenía razón el poeta. ¡Estar solos ó casi solos en un paraje de amor, de ensueño, de alegría! La niña jugaría todo el día en aquel jardín.

— Eso es un ideal que puede realizarse, querida.

Juan Dayel se felicitaba de la fortuna que Roberto Antoc les procuraba ofreciéndole una colaboración tan estimable y provechosa. Para un artista era un escalón más hacia el gran renombre, una recompensa de sus esfuerzos y á la vez una confirmación que reavivaba la confianza en sí mismo, asegurándole la madurez de talento á que pensaba llegar. Marta, más linda aún y más infantil en la blancura de su nocturno *deshabillé* que transparentaba sus rosadas carnes, enlazó sus brazos al cuello de Juan, ofreciéndole sus labios, ansiosa de amor : y á la noche de baile, á la cena, á las frases galantes que habían rozado su alma, siguió en el rumor matinal que producía el despertar de las próximas

riberas, toda una mañana de locas caricias y de embriaguez, en que el rubio amante y la rubia amada se estrecharon en apretados abrazos insaciables.



Después del almuerzo, que se hizo á hora avanzada y que la pequeña Marlita alegró con sus graciosas travesuras, salió Dayel, previniendo á su mujer que volvería tarde. Pasó el día recorriendo todo un rincón inexplorado de la campiña parisiense : fué el día en que compró la casita de Lisé, la *Casa de las Rosas*.

Y á la noche, durante la comida, como Marta le interrogara zalamera y curiosa :

— El último de Abril, dijo él, levantamos los reales. He encontrado tu casita ideal.

— ¡Juan!

— En Lisé; lo suficiente lejos para olvidar todo lo que no sea nosotros, Marta.

— Pero ¿y la costa?... ¿la invitación de Antoc?... ¿La colaboración?...

— No es óbice, querida. En junio iremos allá : será también una distracción para tí; un gran bien para la salud de mis dos Martitas.

Fué una nueva fiesta su instalación en Lisé, en un paisaje de idilio.

Dayel había amueblado coquetamente las habitaciones con muebles claros y alegres, de un modernismo sencillo; y para Marta fué una sorpresa esta ingeniosidad de Juan, que le demostraba una vez más el constante verdor de su cariño, afirmado por constantes esfuerzos para agradarla.

En aquellos bellos paisajes, empezó una nueva fase de su amor, entre la florida alegría del verano renaciente y el placer de una intimidad más estrecha en aquella relativa soledad. Era la casita de los dos, en que todo parecía acogerlos gozosamente, en un ambiente de exquisito amor, cuya tranquilidad contrastaba con las agitaciones del último invierno de Paris.

Roberto Antoc vino varias veces á visitarlos, pasando con ellos el día entero. Estaba trabajando

activamente en su drama, que contaba, con su acostumbrado lirismo exuberante, en calurosas y exaltadas frases. Á cada visita renovaba su invitación para la costa donde ofreció alquilarles un hotel próximo al suyo, y que ellos encontrarían ya preparado para recibirles.

Á Marta la entusiasmaba. Nunca había visto el mar. Había vivido sin salir de París más que en cortas excursiones por los alrededores.

Dayel puso en orden sus asuntos de la capital.

Una esquela de Roberto Antoc les hizo saber que había alquilado para ellos un chalet, Las Madreselvas, próximo á su villa, situado sobre las rocas, no lejos de la iglesia de Criquebœuf, silenciosa bajo su yedra.

Y partieron una mañana. Martita, la segunda, piaba como un polluelo en brazos de su madre, y saltaba alegrilla por los asientos del vagón. Y madre y niña, pudieron, al salir de la estación, gozar el deslumbrante panorama de rocas y olas heridas por el sol poniente, el encanto de la carretera entre los setos, de los campos salpicados de villas, y de las praderas á lo largo de los acantilados, que, coronados de espinos, cairelaban caprichosamente, según las perspectivas del camino, el azul del mar y el del cielo confundidos en el horizonte.

Roberto Antoc invitó á comer á Dayel y á las dos

Martas; y como la primer noche de su relación, habló brillantemente, describiendo con sonora voz, las cosas que había visto en el curso de su vida bohemia. Madame Antoc una excelente mujer á quien el poeta se había unido en uno de esos momentos de lasitud, en que se anhela la tranquilidad en un nido de abnegación y cariño, había acogido á madame Dayel cordialmente, colmando al músico de humildes cumplidos. Había sido hermosa; pero, grises ya sus cabellos y apuntando el azul en sus marchitas mejillas, se resignaba al papel subalterno de conyugal servidora del poeta, á quien seguía admirando, siempre cariñosa y sumisa, á pesar de las frecuentes y bruscas fugas de su señor.

En familia, rodeado de sus niños y de sus amigos, Roberto Antoc llenaba el doble papel de padre y de huésped, dividiendo su atención entre su hijo, su hijita y los Dayel. Con su melnuda cabeza, sus ojazos de gitano, su barba asiría, y su metálica voz que se suavizaba en tiernas modulaciones, parecía un bohemio, que, cansado de aventuras, se hubiera hecho al fin sedentario, en el seno de su familia, paternal y cariñoso.

Y sobre las ondas, trabábanse ambos artistas en largas y apasionadas pláticas: los dos gustaban de los ritmos largos, de la cantante melodía de los retóricos y de los músicos.

La Waina (tal era el título del drama) pintaba los sufrimientos de un príncipe hindu arrancado por la guerra sagrada al amor de la cortesana Waina; lucha terrible entre su deber de noble y de patriota y su pasión sensual y mística á la vez, en que la sacerdotisa tenía tanta parte como la mujer, y que aparecía, en una aureola de amor y devoción, como hierática y sacerdotal enamorada.

Para unirse á su real amante y sustraerse á las reglas de su casta, que le prohibían guardar una pureza odiosa á la divinidad, Waina recorría, á través de los más graves peligros y bajo diversos disfraces, de mendiga, de princesa..., las provincias devastadas; alcanzaba á Shindra, su amante, y le guiaba á la victoria, usando de sus encantamientos para entregar en manos de los insurgentes al jefe enemigo.

En el último acto triunfaba Shindra, para reinar sobre su pueblo vencedor, y ofrecía su corona y su amor á la cortesana; pero ella rechazaba este deseo, rehusando abdicar su poder de sacerdotisa inspirada y santa, á cambio de la humana realeza, que sería para ella un estado inferior.

En sonoros versos, Waina suplicaba á su amante

XII

Animosamente orgulloso de haber sido elegido por el célebre poeta para escribir la música de su drama, entusiasmado con este trabajo que debía ser para él decisivo para realzar su fama y elevarle á la par de los primeros compositores de su tiempo; Dayel se puso á la obra, agitado por la inspiración y por el miedo al mismo tiempo ante la nueva tarea, temeroso de no llegar á la perfección necesaria. En las horas de descanso, se daba á pasear, después del baño matinal, recorriendo los caminos, ó divagando, ya solo, ya con Marta, por las crestas de los rocas.

Otras veces salían Antoc y él, al alba, y hacían excursiones ó paseos por mar, conducidos por marineros amigos del poeta, porque aquel juglar celoso de su gloria y su leyenda, se había dado siempre al trato de los vagabundos del mar como en tierra al de los golfos de los caminos y las calles.

que la desterrase entre las sacerdotisas cortesanas, sacrificando el poder que le ofrecía, á su condición casi divina, que había hecho de él un libertador y místico enamorado, temerosa al mismo tiempo del trono que desviaría de ella á su amante. De este modo, Sindhra conservaría de ella un recuerdo nunca amargado por el pesar.

Para esta historia en que se mezclaban la pasión, el heroísmo y el sacrificio exigido por la incesante aspiración á ideales goces, el músico escribiría melodías voluptuosas y tiernas, tristes ó alegres, según las fases de la obra.

Seducía además á Dayel el exotismo del medio ambiente, que autorizaba novedades de ritmo y toda clase de atrevimientos; envueltos en armónicas melodías, podría desenvolver temas osados y guerreros, hacer vibrar en el auditorio, emociones místicas, legendarias, ya arrulladoras, ya apasionadas, ya de consuelo, entrecortadas por músicas y danzas rebosantes de originalidad.

Cada día, á la hora en que cedía el calor, ó se hacía menos cegadora la luz, el músico se afanaba en su tarea, febriciente, buscando el alma de una Waina y de un príncipe jamás soñados, desbordantes de lirismo y de pasión, de penas y alegrías sucesivas, hasta llegar al triunfo final, en cuya gloria cantaría el dolor de las caricias perdidas.

XIII

Madame Dayel pasaba la mayor parte de sus días á la orilla del mar, que encantaba á su hija. La niña estaba gozosa de tener compañeros de su edad. Una era Djineta. Roberto Antoc había conservado de su vida nómada la afición á los nombres exóticos y sonoros. El hijo del poeta se llamaba Sahib.

Instalábase la Dayel al lado de madame Antoc, bajo la tienda blanca rayada de azul, y juntas bordaban, trabajaban en pequeñas labores, mientras los niños retozaban alegres en la arena, y buscaban conchas ó animalillos que se enseñaban unos á otros, lanzando gritos de júbilo.

Por lo demás, la buena de madame Antoc no ofrecía á la Dayel grandes recursos de conversación. La absorbían los cuidados de la casa, los incesantes encargos de su marido, sus manías de poeta, el cual, muy bohemio para el público pero

muy amante del orden en su casa, exigía imperiosamente una puntualidad burguesa en todas las cosas y de parte de todas las personas que le rodeaban. Vivía exclusivamente preocupada por sus chicos y por su marido, que era el que daba más guerra y el más atendido; á estos cuidados se reducía toda la existencia de aquella pobre mujer, que sin salir del vulgo y perdida ya la belleza, era mirada con desprecio por el poeta de los ganapanes, de los golfos y vagabundos, que la toleraba como se tolera un antiguo sirviente, que á pesar de los continuos desaires recibidos no deja de ser el más fiel y abnegado.

Cuando Marta se cansaba de aquella tranquilidad, se divertía en jugar con su niña, la paseaba á lo largo de la playa ó por las rocas, gozando con las ocurrencias de la chiquilla, con su admiración ante los inmensos horizontes y los grandiosos espectáculos que desfilaban ante sus ojos de maravillada.

La gran diversión de ambas, tan rubia y tan pueril una como otra, era la hora del baño: juntas jugaban chapoteando en el agua; Marta sostenía á flote la cabeza de la niña, y ella se agitaba golpeando el agua con las manos para salpicar á su madre, riendo cuando la había rociado.

— ¡Qué bonita eres! mamá, decía. Pareces una maga en una lluvia de perlas.

Dayel se absorbía cada vez más en la obra comenzada. Vivía con la imaginación en el país en que se desarrollaba la acción de su drama, rebuscando en los libros restos de las melodías guerreras ó eróticas de los antiguos hindus. Quería impregnarse del espíritu místico de aquellos pueblos, y trataba de figurarse el ardiente sol de aquellas comarcas, para expresar en ritmos su fuego. Apasionado por los esplendores que debían colorear sus musicales frases, soñaba en asociar á los sonoros versos de su amigo, á las amorosas palabras de los héroes y heroínas, las armónicas vibraciones de los instrumentos para seducir á los oyentes, para elevar sus almas á las sublimes comprensiones de la abnegación personal.

Trabajaba por las mañanas, levantándose muy temprano, y no interrumpía su tarea, sino en el momento en que su querida Marta entraba en el salón, le sorprendía al piano, tan absorto que ni siquiera oía rechinar la cerradura, y, con un beso, le despertaba del ensueño á que le llevaba la inspiración.

Á veces era la niña la primera que venía á interrumpirle; saltaba á su cuello, rompiendo un acorde con brusco ademán. Entonces bajaban juntos hasta la playa, y el baño tonificaba los sobreexcitados nervios de Dayel.

Luego, vuelta á casa la niña ó confiada á madame

Antoc, daban ambos esposos largos paseos á la orilla del mar, inmenso espejo glauco salpicado de sombra por el vuelo de las gaviotas y peces voladores, infatigables viajeros ebrios de espacio, de esmeralda y azur.

Gozaban en irse lejos de la empalizada en que se aglomeraban los bañistas, para poder y hablar y criticar libremente, y volver á la marea baja, juntos como dos recién casados, siempre enamorados uno de otro. Se aventuraban como muchachos á escalar las resbaladizas rocas, trepando á los acantilados por senderos en que sólo se arriesgaban chiquillos inconscientes, pastores y cabras golosas de los pastos salados.

Se reían de su torpeza; cuando el camino se estrechaba entre las rocas, marchaban juntos, amorosamente ceñidos; cuando grandes obstáculos les salían al paso, él la alzaba en alto, contra su pecho.

Otras veces se perdían por los senderos, entre los setos de espinos, cuyas rojas bayas maduraban en la sombría verdura, enlazándose con las flores de los rosales silvestres, blancas y rosadas, cuyos pétalos alfombraban la cuneta y el césped de los ribazos.

Juan gozaba con estos paseos matinales dados antes del almuerzo, que seguía en la alegría de luz del comedor de su villa, ó en casa de Antoc en la

animación de la gran mesa, entre las calurosas discusiones sobre arte ó artistas, y las ocurrencias y queréllas de los niños, pronto apaciguadas por una palabra del padre.

Cuando al regreso, Marta y Juan, desembocaban de entre los bosques á ocultos caminos, se veían deslumbrados ante la brillante superficie de esmeralda unos días, azul otros, de un azul que se confundía con el cielo; una apoteosis del azul moteado por la encendida púrpura de las lejanas velas triangulares de las lanchas pescadoras, parecidas á inmensas aves blancas ó rojas rasando el mar, y cuyo cuerpo se adivinaba apenas bajo las largas alas desplegadas.

La luz del mediodía inundaba los hendidos acantilados, lentamente derruidos por el embate de las mareas, que los asaltaban con rudos choques, arrancándoles bloques de piedra.

Permanecían absortos ante la magnificencia de los espectáculos que se ofrecían á sus ojos, deslumbrados por los luminosos reflejos del agua al estrellarse contra las rocas en cascadas de espuma. Contemplaban las olas cuyas crestas se deshacían en lluvia, que irisaba el sol policromándola con todos los colores del prisma; mirábanla caer como torrente de piedras preciosas sobre las parduscas rocas á las cuales tejían las algas sombrías cabelleiras, encuadrando las caras de inmóviles mons-

truos que el acaso y la intemperie esculpían á través de los siglos en el granito.

Tras ellos se escalonaban las colinas : á la derecha la aldea, encaramada sobre los acantilados, con sus casitas blancas y bajas, de ventanas encuadradas en marcos de madera pintada, y, dominándolas, el macizo edificio del ayuntamiento y la gótica iglesia alzada en el repliegue de un camino. Por las escasas y enmarañadas calles, estrechadas entre la carretera y el mar, discurrían viejas, cuyas rugosas caras asomaban entre las alas de sus grandes papalinas blancas, y hombres de blusa empujando sus carretillas y deteniéndose en las puertas para ofrecer verduras y frutas á la colonia veraniega. Lecheras campesinas con grandes capas negras, franjeadas de raído terciopelo, ó en arcaicos trajes de colores chillones, guiaban carrioches cargados de tarros de estaño, manteca en libras, preparada aquella mañana y envuelta en verdes hojas, una cesta de embadurnados huesos, verduras, y flores.

En lo alto de la aldea, se veía el lavadero, lleno de animación á aquella hora en que las mujeres reunían y cargaban sobre sus espaldas la ropa lavada del día. Marineros, en espesas tricotas de lana azul, permanecían ante las puertas, gozando su pereza de un día.

Más allá, más arriba, las colinas bañadas de

luz resplandecían de oro y verde claro, que tachonaban de pardo las hojas quemadas por el sol : la luz, filtrando sus rayos entre el ramaje, hacía rutilar como metal candente la corteza de los abedules, álamos y chopos que se alzaban al borde de los arroyos, marcando su zigzag á través del campo.

Luego los cultivos se sucedían en hazas verdes, pardas, rojas ó amarillas en que pululaban los paisanos, minúsculos en su lejanía, encorvados sobre el terruño ó moviéndose junto á sus yuntas que parecían, á distancia, juguetes de niños.

— ¡ La vida ! — exclamó Juan un día en que el espectáculo aparecía á sus ojos con mayor magnificencia, — ¡ la vida de los seres y de las cosas, que viven también su vida, animados por la luz ! ¡ Convertirlo todo en notas, traducir en sonidos tanta belleza, y hacerte á tí, querida, homenaje de mi obra maestra !

— ¡ Valor, Juan ! Tú vas por el buen camino, rubio mío.

Á la vuelta, mientras bajaban la rampa que conducía á la playa, — pues debían atravesar por ésta para regresar á la Villa de las Madreselvas, vieron un grupo de marineros que charlaba junto á unos botes tumbados quilla arriba. Un hombretón pelirrojo, que maseaba la boquilla de una corta pipa negra, entre sus dientes desportillados, dijo, bastante alto para que Marta y Dayel pudieran oírle :

— Yo creo que el Sr. Antoc conoce el mar bastante mejor que un parisiense, y que se le puede confiar la barca. Es fuerte y sabe gobernar...

Y Marta, la bella rubia, pensó que, con efecto, Antoc era fuerte. Era bello como uno de esos lobos de mar que afrontan las olas y la sonora cólera de los vientos. Resonaron en ella frases de las prestigiosas narraciones que él sabía tejer y en las cuales procuraba aparecer como héroe. Sin darse cuenta, ella admiraba al maestro, con esa admiración temerosa que sienten los débiles por los que las fascinan y turban.

Recordó su estremecimiento la primer noche, en el baile de la Ópera, cuando los ojos negros del poeta trataban de desvelar sus rasgos bajo el antifaz; pero ya tranquilizada, sintió ganas de reír, al verle, en la memoria, paseando á Djineta y á Sahib, con atenciones de padre cariñoso, feliz y lleno de orgullo, al mostrarse así, arrogante, al lado de aquellas gracias infantiles.

XIV

Madame Dayel no se daba exacta cuenta de las sensaciones que despertaban en ella los ojos de Roberto Antoc. El poeta la fascinaba con sus ardientes y descriptivas frases; ella no podía menos de seguir cada una de las actitudes que él tomaba al contar sus aventuras, á veces inverosímiles é imaginarias, sus locas tunas á través del mundo bohemío, sus viajes y sus hazañas.

Parecía una especie de héroe perdido en su siglo, parecido á los grandiosos caballeros cuyos altos hechos brillan en las crónicas del pasado. Además, la celebridad á que había llegado le aureolaba con una corona ideal. Para Marta era uno de los más grandes poetas de su tiempo; uno de los que más intensamente habían hecho vibrar en sus versos la pasión, la locura de amor; era un cultivador de flores raras y sensuales, cuyo per-

fume la iba embriagando, sin darse ella cuenta de la turbación.

Durante las veladas que ella y su marido pasaban con frecuencia en la villa del poeta, la linda rubia escuchaba á Roberto Antoc sin cansarse de las rimbombantes frases de sus narraciones, sin perder uno de los cambios de su fisonomía varonil, de los pintorescos ademanes con que acompañaba sus palabras, rutilantes de color como abalorios.

Juan Dayel no notaba la influencia que estaba sufriendo su mujer. Antes la amaba quizás más que nunca, porque era de los que se prendan con tanta mayor fuerza, cuanto más han podido apreciar las cualidades del ser preferido, de los que graban cada vez más profundas en su alma las sensaciones que les hicieron un tiempo felices.

Jamás se le habría ocurrido alarmarse por el amor de Marta, seguro de que ella le quería como él la adoraba, serena y noblemente. El modo de ser de Dayel le impedía imaginar en otros un mal por él no concebido: gustaba rellejarse en sus afecciones, prestando á los demás sus propios sentimientos. Sus amistades y sus admiraciones, forjábanlas según él era; en los demás amaba los sentimientos parecidos á los propios, ó las concepciones que creía superiores y que hubiera deseado por suyos.

Con frecuencia, cuando la Antoc se había retirado y los niños dormían hacía tiempo en sus alcobas, los dos amigos se quedaban solos con Marta, que bordaba á la luz de la lámpara. Y hablaban largo tiempo, indefinidamente, sin darse cuenta de la hora. Á Dayel le encantaban estas largas veladas, y no se causaba de escuchar á su amigo exponer teorías, gozaba en oírle describir, con aquel lenguaje lleno de imágenes, los países que había atravesado, enamorado de los cuadros grandiosos, ebrio de color. Marta se abandonaba al encanto de aquellas sugestivas conversaciones, emocionándose con las peripecias que oía contar, como una niña escucha, atenta y conmovida, los episodios de las leyendas heroicas, pobladas de caballeros bienhechores ó malvados.

Dayel admiraba á Antoc hasta tal punto que, mudo desde que el poeta abría los labios, se encontraba á sí mismo deslucido y desairado, prosaico al lado de aquella suntuosa elocuencia que le impresionaba vivamente. Sentíase humilde, como un pobre pinzón al lado de un ruiseñor orgulloso, que era el poeta.

Quizás también, convertido su amor en hábito, se ocupaba menos de su adorada Marta, pero sin darse cuenta, porque su labor cerebral, la perpetua obsesión del ritmo, la preocupación del poema á que debía ligar estrechamente su música, le impe-

día hablar continuamente con ella, dedicársele como en el tiempo de su intimidad exclusiva.

Antes vivían únicamente uno para otro, y atravesaban la existencia como quien visita y explora un país en que nadie le conoce, en que ningún habitante le interesa separado del conjunto. Ahora había entre sus almas y sus personas otros seres mezclados á su propia vida, y, á través de sus pensamientos pasaban otros pensamientos que no eran únicamente los suyos, destruyendo el exclusivo dúo de su cántico interior.

En la fiebre de amistad, de admiración, y de trabajo á la vez, de que Juan Dayel se hallaba poseído, no podía separar la personalidad de Antoc, ni como hombre ni como poeta, de la germinación de su obra común. Mentaba á su amigo á todas horas, hablaba á Marta de sus conversaciones, de sus frases, de su sencillez, de todas las cualidades que él le atribuía.

Sentíase, en verdad, lleno de gran orgullo al pensar que el Triunfador quería asociarle á su próxima victoria. Ya no dudaba como antes, cuando desesperaba de salir del rango que la opinión parisiense le había asignado; ya era algo más que el compositor popular que agitaba sus cascabeles sobre la loca muchedumbre; de un salto iba á escalar las cimas del gran arte, que alcanzaría — estaba ahora seguro — impulsado por la ins-

piración, por el genio, de que se figuraba por momentos estar poseído.

En aquellas veladas que presidía así Roberto Antoc, seduciendo á Marta y su marido con su inagotable facundia, ella permanecía silenciosa y atenta, sin perder palabra de los discursos del poeta. Á veces desaparecía Dayel de su pensamiento, y, ante los ojos de la joven, se alzaba solo Antoc, magnífico y elocuente. Para ella describía las peregrinas peripecias de sus amores, con una bohemia; para ella aquel luchador (enfático y maestro en el urdir), contaba con soberbias frases, sus pasadas angustias y alegrías, las dificultades que había debido vencer para llegar á la gloria definitiva, al bienestar y al trabajo tranquilo, antes de ver en el éxito segura recompensa de sus esfuerzos. Para ella recordaba, con una franqueza que Marta le agradecía, ruidosas anécdotas, locuras de amor que calificaba de vanas y huera, como temiendo con ellas darle celos.

En la relación de sus antiguas pasiones y de sus decadencias, esforzábese en mostrar el ideal que en ellas buscara inútilmente. Manifestaba el sueño de toda su vida: unirse con una mujer que fuera su musa, en la cual pudiera encarnar toda la belleza que concebía, y lo bastante inteligente para no desmentir el ideal que en ella hubiese colocado.

El poeta había sido — pensaba Marta — el juguete y la víctima de las sucesivas ilusiones que se había forjado; había perseguido constantemente, á través de sus más infaustas tentativas, la quimérica pasión que soñaba, sin hallar jamás en las mujeres que amara, la belleza, moral y física á un mismo tiempo, por él anhelada. Ella compadecía sinceramente, aquella alma llena de ternura, siempre exuberante y lastimada por decepciones, tanto más amargas cuanto con más frecuencia se habían renovado. Y se indignaba con las que no habían sabido comprender en seguida toda la grandeza de aquel hombre, rehusándose al papel que les asignaba su genio. Admiraba la obra del poeta y del dramaturgo, é identificaba á Antoc con aquéllos de sus héroes que ella prefería.

Hubiera querido consolarle de las tristezas del pasado: fascinada, ya no sentía aquella turbación, aquel malestar que le causaba la presencia del poeta y la agudeza de su mirada en los primeros tiempos de su amistad. Le juzgaba dulce y fuerte, como á esos alletas, que desde que dejan de pisar la arena, aparecen tímidos, dispuestos á proteger á los débiles, á quienes menosprecian algo, pero sintiendo por ellos una infinita piedad prestos siempre á socorrerlos.

Éra un luchador, un bravo guerrero, aquel conquistador caballeresco, siempre aprestado al com-

bate por las esperanzas de justicia que formaban su ideal. Ella amaba su indignación ante las mezquindades y villanías humanas, y le entusiasmaba verle conocedor de su propia fuerza, vanagloriándose de estar seguro de sí. Las debilidades que él confesaba francamente, sus rarezas de carácter y hasta de procederes, parecían á Marta originalidades dignas de alabanza; no podía ser igual á los demás hombres, él que tanto había sufrido de la vida, para quien el triunfo no había venido, sino después de haber derrochado en talento y en placer lo mejor de su alma.

Ella olvidaba las fugas posteriores al matrimonio, el abandono, el desamparo en que por dos veces había dejado á los suyos, á su mujer cuyo humilde y sumiso papel quedaba en la sombra, porque aquella admirable abnegada encontraba lo más natural su constante abnegación.

Así, Marta se había creado del poeta una imagen conforme á la idea que él mismo, tan gran retórico como comediante, quería dar de su carácter. Pensaba sin cesar en el escritor, sin darse cuenta de su preocupación constante, del ascendiente que Roberto Antoc ejercía sobre ella. Víctima del encanto, no sospechaba la pobre criatura á qué punto se hallaba poseída por él.

Aquella tarde, Marta y su marido habían comido

en casa de los Atone en familia. Los niños habían dado durante el día un largo paseo; y Djineta, la niña del vate, morena de ojos de diamante negro, charlaba como una cotorra sobre la excursión, con gran caudal de esas infantiles frases tan intensamente descriptivas.

Se lamentaba de haber tenido que regresar antes de tiempo, á causa de las nubes que se amontonaban en el horizonte amenazando chubasco; y preguntaba mostrando sobre el mar, por la ventana entreabierta, otras nubes más próximas:

— ¿Verdad, papá, que las nubes son las que tapan el cielo de la lluvia? Cuando el viento las vuelca, entonces la lluvia cae.

— Sí, respondía el padre riendo. Sí, Djineta: el viento las vuelca para castigar á los hombres, cuando no son buenos.

Madame Antoc, después de acostar á los niños, había vuelto al salón y se había despedido muy temprano de sus huéspedes. La buena mujer estaba cansada y renunciaba de buena gana á una conversación que apenas entendía y de la cual lo único que le interesaba era la vanidad de su marido. Sintiendo que su presencia pesaba á veces á Roberto Antoc, prefería esquivarse, y retirarse á sus solas desde que había terminado la tarea cotidiana y el papel de madre-sirviente, que se había impuesto,

el único en que ella se encontraba superior, en que no se sentía humillada.

Dayel hablaba, naturalmente, de su obra común, *La Waina*, repitiendo los pasajes del drama, sobre todo los apasionados versos de la sacerdotisa cortesana, cuando encuentra de nuevo á su amante; sentado al piano, daba la espalda á Marta, que, de pie, en el vano de la ventana, abierta sobre el mar que bramaba en la noche, recortaba su clara silueta en un cielo negro, sin estrellas; sólo se percibían como onduladas líneas, las blancas crestas de las olas, que se impelían una tras otra en un sordo ruar que se extinguía en el bullir de la espuma entre los guijarros al pie del acantilado.

Antoc, sentado en medio de la habitación, se levantaba á veces para repetir los pasajes que él prefería, cuando Dayel dejaba de cantar, ó de hablar sobre las melopeyas que había escrito, para sostener el lirismo del diálogo poético.

Pero no perdía de vista á Marta Dayel, la hermosa, la amable, la rubia; veía la admiración que él le causaba; y á espaldas del marido (absorto en su obra, entusiasmado por la alegría y la esperanza de haber traducido los sentimientos del poeta, aislado en sus sensaciones de artista inspirado) le dirigía cariñosas miradas.

Algo cansados, Antoc y Dayel habían abandonado el drama. El músico expresaba una vez más su

agradecimiento al glorioso autor, por el gran honor de haberle confiado la partitura de su obra maestra: *la Waina*. No agotaba los elogios sobre la fecundidad del poeta y su genio. Citaba páginas enteras de sus libros y se entusiasmaba elogiando sus bellezas.

— Estoy seguro, Antoc, de que en este tiempo ha de haber compuesto Vd. cosas nuevas y muy hermosas que nosotros no conocemos aún.

— Diga versos, dijo Marta.

— ¡Oh! he trabajado muy poco desde hace algún tiempo. El fin de mi drama me preocupa sobre todo. Sin embargo...

— Ya sabía yo... exclamó Dayel.

Antoc estaba en pie, apoyada la mano sobre la mesa central del salón.

— Yo prefiero las prosas de un ritmo indefinido á los poemas, en el sentido prosódico de la palabra.

— Venga, venga, repitió Marta.

Y el poeta empezó:

LA CANCIÓN VIRIL

« Desde que te vi la tarde primera — desde que te vi incomparablemente bella — en toda la belleza espléndida de tu cuerpo, — en todo el fulgar de tus ojos, brillantes y pálidos — en que florecían violetas y morados lirios; — te adoré.

» No estabas vestida de púrpura — ni ostentabas el esplendor de reales atributos; — desnuda sobre las rocas, te alzabas en pie, radiante al sol que te cuajaba de oro y pedrería; — y más que una diosa, que todas las mujeres del pasado, del presente y del porvenir, eras tú bella.

» El esplendor de tus trenzas de oro pálido, — el carmín cruel y sanguinario de tus labios, — rutilante sobre tus dientes aguzados para las horas de sensualidad — las sabrosas fresas que maduran sobre tus senos — la marmórea magnificencia de tu cuello, de tu pecho jadeante, en ansia de besos — me atrajeron á tí.

» El mar trabajaba en torno tuyo, como un lapidario, para escarcharte de joyas — y deshacía sus espumosas olas en lluvia de glaucas esmeraldas y pálidos peridotos, de ópalos blancos como rayos de luna, de azules zafiros, — para engalanar tu belleza grácil y desnuda.

» Yo quiero estrechar con mis brazos de bronce todos los tesoros que vi brillar sobre la mar espumosa. — Yo quiero robarte á la adoración de las olas que besan tus carnes palpitantes. — Quiero hacer presa en tí, poseerte toda.

» Mis labios recorrerán el altar del amor — besarán tus ojos y aspirarán en su luz pálida tu alma — beberán en tus labios la vida, — gustarán en tus senos los maduros frutos del amor. — Y al fin,

en el rubio y divino triángulo, en el oro de tu sol, en el manantial de inagotable placer, quiero aplacar la sed de tí, la sed que abrasa — desde que me fascinó, sobre las rocas, tu belleza. »

Los ojos osados del poeta, parecían dirigir á Marta el homenaje de aquellas ardientes frases de pasión, que él había reunido como un hábil orfebre, para hacer brillar unas tras otras las luminosas facetas de su rica pedrería, y, con talento de comediante, las hacía valer como hace valer un mercader levantino su pacotilla de latón.

Pero Marta le escuchaba, entornados los ojos, entrevelados por sus húmedas pestañas por una lágrima que la emoción había hecho perlar en el ángulo de sus nacarados párpados.

— ¡Oh amigo mío! — exclamó Dayel, ¿quiere Vd. repetir ese admirable himno pagano? He encontrado un motivo, que quizás sea digno de acompañar la magia de sus palabras. ¡Es soberbio, Marta! ¿no es verdad?

Y vivamente, el musiquillo rubio, se había vuelto á sentar al piano y á hacer sonar sus acordes.

— Repita Vd. desde el principio. Marta puede ir escribiendo.

Y Marta se acercó. Con la pluma en la mano, levantaba sus apasionados ojos hacia el poeta, sus ojos verdes y violáceos, ávidos del amor que él exhalaba y al cual ella daba forma en la precoz

comunión de las palabras del poeta que iba trascribiendo, creadora con él de esta nueva belleza en el amor. Marta le pertenecía ya por entero, dominada por sus palabras, caricias que la estremecían, y que ella, desfallecida su voluntad, se hallaba presta á devolver en un loco arrebató de su ser, ya poseído.

Mientras Dayel acompañaba al piano las victoriosas estrofas, el poeta en pie, vuelto casi hacia Marta, repetía para ella las frases en que pintaba los encantos más secretos y tentadores de la rubia belleza, con palabras vacías pero llenas de color.

Si : aquella poesía, con su hábil rebuscamiento de epítetos sonoros y de frases imperiosas ó lánguidas á voluntad, parecía un himno pagano de conquistador, un himno de vencedor cuyo triunfo se exalta más, conseguido tras una heroica y deliciosa resistencia.

Todo aquello brillaba, cantaba en ritmos entrecortados, en un brillante combinarse de palabras como armas que se entrecruzan; era un sonoro choque de armaduras vacías y de panoplias en desorden; un relumbrón de grandes joyas de oropel hechas para héroes de teatro, para encandilar los ojos pasmarotes de la muchedumbre.

— Eso, eso es pasión. ¡Soberbio! *La Canción Viril*, sí, ¡soberbio! Marta. Llega al alma, exclamaba Dayel interrumpiendo su música.

Y tornaba á herir las teclas, siguiendo con todo su cuerpo el movimiento de las estrofas, la cadencia de los motivos declamados con una voz de bronce que se endulzaba en los momentos de ternura.

Antes fascinaba con su voz y sus ojos á Marta Dayel. Y los ojos de la joven, tamaños abiertos, respondían á sus miradas, impotentes para desviarse del rostro del poeta, mientras su marido repetía:

— Es de una intensidad de deseo irresistible. No conozco nada más hermoso, querida.

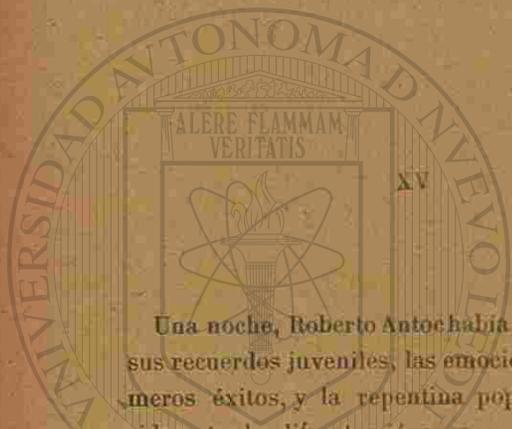
No comprendía lo convencional de aquella poesía fabricada de brillantes cabujones, hecha sólo para fascinar el oído sin que nada quedase para el pensamiento, todo palabras vanas y vacías. Y en cambio era él, corazón sencillo y soñador, el verdadero poeta, cuya música daba á toda aquella pedrería falsa un engaste de pasión real, añadiéndole cuanto el otro omitiera: un sentimiento sincero y profundo, el acento del amor sentido y correspondido por un alma enamorada.

Una sonrisa asomó á los labios de Marta, al oír las cándidas frases de admiración de su marido. Hoy Dayel, su Juan de otro tiempo, era inferior á aquel soberbio charlatán que la impresionaba y dominaba. Juan era un imbécil, verdaderamente, con su sencillo entusiasmo por aquel otro, tan

hermoso, tan moreno, tan varonil, aquel atleta de robustas espaldas, á cuyo lado resultaba risible la figurilla rubia grácil é infantil del músico.

Amante lo había sido Dayel y lo era todavía, encantador y dulce, tierno y apasionado; pero ahora desempeñaba el papel de marido, ridículo y enemigo á la vez para los amantes, y cuyas desairadas circunstancias agravaba él.

Y, en el instante de silencio que pesó sobre la rubia pareja y el quizás futuro amante, la última estrofa, el supremo epitalamio de libertinaje, acompañado al piano por el marido, fué á perderse en la playa, en el creciente estruendo de las hinchadas olas del bramante mar.



Una noche, Roberto Antoch había estado evocando sus recuerdos juveniles, las emociones de sus primeros éxitos, y la repentina popularidad adquirida entre los literatos jóvenes; y, como se hubiese hecho más tarde que de costumbre, ofreció á sus amigos acompañarles hasta su villa, seducido por la noche.

Dayel y Marta se manifestaron alegres con este paseo improvisado: excitados por las relaciones del poeta, que habían llenado la conversación de la noche, caminaron á lo largo del acantilado, en la belleza del cielo y del mar, oyendo la resaca que mugía en la playa, rulando y entrechocando los guijarros con un canto dulce y lánguido al que acompañáranse metálicos sonidos y un granizar de perlas prolongado al infinito.

— ¿No le ha cansado á Vd. hoy lo largo de la

velada? Parece Vd. tan débil y delicada que nadie imaginaría la resistencia que tiene. Es Vd. como una de esas hadas de los cuentos, á las que un filtro mágico preserva de toda fatiga.

— ¿Cómo se va uno á cansar de estar oyendo cosas tan hermosas! Al contrario: estos instantes en que se evocan tantas imágenes y tantos pensamientos capaces de crear un sueño feliz, no debieran acabarse nunca: es una lástima detener la vida cuando se goza de ella.

— Quizás el mismo sueño la lleve á Vd. á otra vida más feliz todavía, en que las delicias se sientan con tanta más intensidad cuanto más completamente deban borrarse al despertar.

— Sí, dijo Dayel; uno debe forjarse su ensueño en la vida, crear una decoración á sus pensamientos, armonizarlos para sí y para aquellos á quienes quiere, en una sinfonía en que se acuerden todos los ecos de las almas.

El cielo resplandecía azul, sobre sus cabezas, con un azul intenso y luminoso y un plateado centellear de estrellas que reverberaban en el terso mar, á que daba cambiantes de moaré la brisa nocturna. Callaban, como temerosos de romper la melodía de las cosas, de hacer huir las indefinibles sensaciones de que estaban penetrados.

Dayel andaba lentamente, teniendo bajo su brazo el de Marta, mientras el poeta, al lado de ella, la

rozaba, según los casuales movimientos de a marcha, con su mano musciosa y ruda.

Fué Marta quien rompió el silencio :

— ¡Si bajáramos un momento á la playa, dijo muy quedo, á ver la subida de la marea! ¿Quieres, Juan?

— Hace tan hermoso, añadió Antœ. Ignoro si á Vd. le pasará lo mismo; pero yo no puedo encerrarme en casa, cuando fuera se me brinda un espléndido espectáculo.

— ¡Es verdad! dijo Juan.

La luna declinante resplandecía al oeste, sobre el mar, próxima á sepultarse en el abismo: hubiérase dicho que quería reunirse á su imagen reflejada en el inmenso espejo, donde encendía un dorado centelleo, y matizaba con los tonos del ópalo, el rubí y el zafiro, las gotas de agua en que se deshacían sus ondas.

El disco inmenso y lleno del astro parecía un espejo de metal destinado á reproducir la imagen de una soberbia diosa: cercábalo, cual montura de un precioso joyel, un halo de bruma, que, desde su purpúreo horde, se iba degradando en oro y azul cada vez más pálido á medida que las ondas indefinidas del anillo se perdían en la noche.

Se habían sentado los tres al pie del acantilado, en una enorme viga que habían dejado allí los carpinteros del puerto. Marta tenía la cabeza envuelta

en un ligero chal de seda, que encuadraba el óvalo sonrosado de su cara: y rubios rizos asomaban entre las blancas franjas que argentaba la luna.

Ante ellos, al otro lado del estuario, el faro de Sainte-Adresse lanzaba sobre la ecuórea superficie la irradiación de su lámpara giratoria, y las alternadas luces blancas y rojas, que marcaban los contornos del banco del Cascabel, parecían, por un efecto de óptica, cuadruplicadas en el agua. Las olas empezaban á hincharse más altas, levantadas por la brisa frescachona que precede al alba; y sonaba más rumoroso el entrechocarse de los guijarros traídos y llevados por el flujo y reflujo del mar, que moría en ondas decrecientes.

— ¡Que hermoso sería, exclamó Dayel, poder convertir un una melodía completa toda esta sonoridad, entremezclada al silbo del mochuelo que suele cantar entre los abetos de la costa!

Sonaba así, sin ver nada de lo que tenía más cerca, sin apercibirse, cándido y confiado amante, de la alteración que encendía los ojos de Marta, los ojos de su mujer. Se había levantado y caminaba hacia el agua, que descubría á intervalos una franja de arena en que aparecían arringlados los guijarros de más peso, como cuentas de un rosario marino, festonando caprichosamente la playa en largos sartales. Y vuelto hacia el oeste, hacia el

océano infinito, encrestado de espuma, saciaba sus ojos en el grandioso espectáculo.

La costa se iba cairelando hasta el horizonte, donde cielo, rocas y agua parecían unirse. Al borde de la enhiesta muralla, recortaba su negra silueta, sobre el oscuro azul, la minúscula iglesia de Cri-quebœuf, y aparecían, en manchas rojas y blancas á la luz de la luna, las casitas de Villerville amontonadas, como aldea de enanos, ó juguetes de niño fantasmagóricamente dispuestos, y empequeñecidos aún más en su débil claridad, por la inmensidad ecuórea que rugía á sus pies.

Bajo el brusco arranque de la flecha con que la gótica iglesia apuntaba al cielo, mostraba el desnudo acantilado sus entrañas blancas y rojas, de creta y arcilla, penetradas por aquel gran resplandor de luna y estrellas que encendía en chispas los torrentes que corrían entre las rocas, como otras tantas innumerables fuentes.

Antoc había tomado á Marta la mano, y ella no la retiraba, no atreviéndose quizás; él dulcificaba el sonido de su voz, bronceada de ordinario, para murmurar al oído de la joven palabras de loco deseo, entremezcladas de términos litúrgicos (como los que rezan los creyentes al pie de la Virgen), y entonando así, lentamente, una letanía de amor:

« Esa delicada belleza me enloquece, Marta. Te amo ; te amo.

» Jamás había sentido, querida mía, rubia mía, delicada y graciosa, la turbación divina que han causado en mí tus ojos de ensueño.

» Eres demasiado bella, para no apiadarte del que sincera y apasionadamente te implora; y yo espero de tí la infinita felicidad de mi vida, zaleada hasta hoy á merced de dolores y alegrías breves.

» Por tí lo abandonaré todo. Pero quiero besar tu purpurina boca, cerrar tus ojos con mis labios, jamás saciados de acariciar tu piel de rubia; quiero tejerte con mis manos un vestido de caricias. Quiero reposar en tu pecho mi fatigada cabeza, demasiado cargada de pensamientos y de dolorosos recuerdos.

» Quiero olvidar en tí todo el pasado, Marta, porque contigo surge una nueva y radiante existencia, que alumbra el sol de tu amor con todos tus rubios cabellos... »

Marta, oprimida, dejó ver dos lágrimas, que perlaron en el ángulo de sus ojos amoratados por la sombra: su mano estrechó la del Hombre, y de su pecho se exhaló un suspiro, estremecida:

— Calle usted, dijo.

Porque Dayel volvía, descubierta la cabeza, rubio, casi blanco á la luz de la luna. Y dijo, al llegar junto á ellos, señalando hacia levante una vaga línea blanca:

— Vámonos: el sol y los hombres vendrían pronto á estorbarnos.

Las luces verdes y rojas de las lejanas barcas palidecían, y ya las velas se sombreaban con más densa negrura, balanceadas sobre el agua. Más numerosas á cada instante, rasaban las gaviotas el mar, y venían á abatirse en los aguazales que llenaban las quiebras de las rocas.

— Las aves blancas nos vienen á traer la luz, dijo Marta.

Roberto Antoc no abandonó á los Dayel hasta el umbral de su casa.

— Hasta la vista, de día, ¿no es eso? dijo á Dayel.

Y luego, inclinándose á Marta:

— Señora...

Marta le devolvió el saludo ceremoniosamente, mientras Dayel, estrechando la mano de su amigo, le decía:

— Tengo ya el motivo del dúo del segundo acto. Lo acabo de encontrar ahora, solo, á la orilla del mar.

Los pájaros principiaban su gorjeo chillón en los árboles y en la colina, tejiendo al himno de las olas un acompañamiento agudo. El horizonte se encendía en bandas moradas y rojas, verdes y doradas, que gayaban la blancura azulina del cielo, y nacía el sol, rejuvenecido á cada aurora.

Marta se quejó aquel día de un vago malestar. Dayel, que se había levantado tarde, la riñó, bromearlo, por su pereza. Pero después del almuerzo que se hizo más tarde que de ordinario, no pudo decidirla á dar con él el cotidiano paseo, ni aun á que le acompañara luego á casa de su vecino.

— Dile á Antoc, encargó á su marido al despedirse, que me envíe á Djineta, y, al mismo tiempo, su último libro que me prometió ayer.

Y Dayel la besó en los labios y se fué.

Una vez sola, Marta abrió de par en par la ventana, y contempló el mar: en la playa iban y venían los niños. Muchachos vestidos de franela blanca rayada de azul, y muchachas de claro, jugaban al tennis con rápidos y elegantes movimientos, saltos y brincos, en que el jimiélgar de las sayas de fina tela descubría un instante graciosos torneados. Marta pensó que todas aquellas criaturas eran

felices, indiferentes aún á los sufrimientos humanos, á las angustias del amor. Las damas charlaban entre sí, flirteaban con amigos que venían á visitarlas en sus tiendas : niñitas con capotas azules, rojas ó marrón, jugaban agachadas en el suelo, con la arena, vigiladas de cerca por las niñeras, atentas á que no se lastimaran. Más allá, hacia Hennequeville, entre las rocas bajas que erizan las inmediaciones del almejar, pululaban pescadores en camiseta azul, niñas de la aldea, mujeres en pernetas, ocultando bajo grandes mantones anudados por las puntas sus ropas de pesca, cubierta la cabeza de cofias de lienzo y enormes sombreros de paja ; era todo un mundo de trabajadores armados de redes, perchas y sallos, á la pesca de almejas, congrios, y cangrejos de mar.

En el deslumbrante sol, todo esto parecía á Marta confundido, y separado en tres manchas : la playa y los acantilados, blancos, de una blancura fulgurante en que bullía una confusión de colores producida por los vestidos de los bañistas y de los niños ; más allá las rocas oscuras y relucientes en que se movían los pescadores como grandes hormigas laboriosas ; y limitando ambas cosas el mar azul tornasolado de verde, sobre el cual centelleaba el sol en el chapaleteo de las ondas ; el mar inmenso surcado por las velas blancas y rojas, diminutas y alegres de las barcas, cuya obra muerta

destacaba claros matices sobre el sombrío moaré del agua.

Á la derecha, en luminosa apoteosis, avanzaba la punta de Sainte-Adresse, blanca, en el agua que se aborregaba á su alrededor ; y las casas rojas y blancas, ó blancas y azules, con techos de pizarra, se escalonaban entre los árboles. Más lejos aparecían, estrujándose, los barrios del viejo Havre, el bosque de mástiles perceptible en los días claros ; y más aún, seguía la costa festonando su encaje á lo largo del estuario, hasta perderse de vista, en la brillante orgía de la plena luz.

Marta soñaba. No había osado salir, temerosa de que la venciera de nuevo aquella emoción, que la vispera la trastornara por completo ; temía sobre todo volver á ver á Roberto Antoc después de las palabras que le había dicho en la noche, y que ella había escuchado sin replicar : sentíase culpable con Dayel, su esposo, su amante, cuya verdadera afección no se había desmentido jamás y duraba ya años.

Ella le había querido profunda y sinceramente, y extrañábase ahora de haber podido tomar en cuenta las miradas y las palabras de otro hombre. Sin embargo, al evocar la imagen del poeta se sintió palpar, como un pajarillo fascinado por un ave de rapiña, y que, seguro de ser cazado si no echa á volar, no acierta á mover sus alas y perma-

nece crispado en la rama donde fué sorprendido. Se encontraba toda poseída; él la había conquistado con la caricia imperiosa de sus ojos, encantándola con el calor de su voz ya dulce, ya razonadora, según los sentimientos que quería revelar, y que expresaba con tal fuego é impetu, que no permitían á nadie que le oyera, sustraerse á la impresión que él pretendía causar en el alma.

No podía explicarse su repentina debilidad con el poeta: era hermoso, ciertamente, con su cabellera algo espesa, sus ojos aterciopelados y brillantes, según los momentos y las sensaciones que experimentaba, su boca fina bajo el afilado bigote y su barba partida. Daba la impresión de un ser fuerte, de un luchador fornido, no muy voluminoso, pero bien proporcionado en el desarrollo de todos sus miembros.

Ella había amado á Dayel por su dulzura, por todo el amor que él le había demostrado. Era bello, rubio, simpático como ella, del todo parecido á ella, pero en otro sexo. En el fondo quizá le parecía una repetición de sí misma, pero en forma de hombre, que había compartido su leche, y esto naturalmente, porque debía suceder, porque se parecían y estaban unidos desde la eternidad y destinados uno á otro. Sin duda por lo mismo constituía él un obstáculo tan débil al nuevo amor de ella, á aquella locura que no excluía el afecto de

ella hacia él; por eso no le resultaba á ella molesto el cariño de Juan.

Porque Marta no sentía nada parecido á esa aversión que conciben las mujeres por el marido ó el amante á quien han cesado de amar: ella seguía queriendo á Juan con un afecto ó una amistad agradecida y tierna; pero habíanse despertado en ella nuevos deseos, de un amor más viril, más fuerte, más imperioso, al cual, absoluta y apasionadamente, se encontraba sometida por la fuerza de las sensaciones, sin que pudiera defenderse contra la atracción irreflexiva, que la arrastraba poderosamente hacia el otro; hacia el macho, el dueño.

Hoy no había querido seguir á Dayel, asustada á la idea de que éste, tan acostumbrado á descifrar los menores sufrimientos en el rostro amado, leyera su turbación ante el poeta; de que viera en sus ojos el desfallecimiento, aun antes de que éste se manifestara.

Quería además tratar de sustraerse al encanto, no se resignaba á dejarse tomar, repugnábale el pensamiento de ser infiel al músico, á su Juan, tan cariñoso, á quien ella había amado, á quien amaba aún, á pesar del trastorno que las palabras de Roberto Antoc habían operado en todo su ser.

Hubiera querido decir á Juan: «Llévame bien lejos, y bien pronto, que el otro no pueda tomarme porque ha hecho ya presa en mí, y no tengo fuerzas

para impedir que me lleve muy lejos de tí ». Marta se apartó de la ventana, trató de trabajar sin lograr interesarse en la labor de sus dedos, y muy pronto, cayó en el ensueño. En vano quiso leer : las palabras danzaban ante sus ojos, sin que ella alcanzase á comprenderlas, á reunir las en frases y en ideas.

Sañaba, caído de sus manos el bordado, sentada, hundida en un sillón, ante el vano de la ventana. Su lozano rostro, entornados los ojos, se destacaba, en el rojo del asiento, blanquisimo, marcado de un arco de carmin por su boca entreabierta sobre el nácar de los dientes. La rubia cabellera lo aureolaba de finos rayos de oro, nimbando su frente de metálico resplandor. El busto se destacaba sobre el claro fondo que hacían al cuadro unidos cielo y mar, en el cual pasaban á lo lejos tres barcos semejan-do ligeras manchas.

Un violento campanillazo que sonó en la verja, despertó á Marta de su ensueño.

— Es Djineta, — pensó. Y como la asistente del país, había ya terminado su faena y dejado la casa, Marta se levantó á abrir.

XVII

La silueta de Roberto Antoc se alzaba tras la verja del jardín, en el extremo de la avenida. Marta pensó que acompañaría á Djineta, ó que vendría á persuadirle á ella que fuese á unirse con Dayel, madame Antoc y los niños. De todos modos no podía menos de recibirle.

Antoc venía solo.

— ¿Qué es esto, amiga mía? — exclamó. — ¿Así nos abandona Vd.? Me ha dicho Dayel que estaba Vd. indispuesta. ¿No sería quizás su dolencia, nostalgia de soledad, por lo cual le habría contrariado hoy nuestra compañía?

— No, dijo ella, estaba mal realmente ; pero no es nada : fué un dolor fuerte de cabeza, que ya pasó. ¿Pero dónde está Djineta? Mi marido tenía encargo de rogar á Vd. que me la mandase ; ¿no se lo ha dicho?

— Sí ; pero es que los niños han pedido á su gran

amigo Juan que los llevase con él, y he dejado también á Djinela. Hubiera temido que la molestara á Vd. Además no me encontraba hoy con ánimo de trabajar; estaba cansado, preocupado; así es que, una vez que se fueron, me decidí á venir á saber de Vd., y á verla si era posible. Me sentía solo y triste, quizás de saber que Vd. lo estaba. ¿He sido indiscreto?

Se habían sentado en la habitación; Marta había vuelto á ocupar su sitio frente al mar, acodada en los brazos de su sillón, medio vuelta hacia el poeta, que le contaba ahora el malestar que pesaba sobre él desde que no la veía.

— En ausencia de Vd., los más brillantes espectáculos, los que de ordinario me trasportaban, me parecen descoloridos, velados.

— No diga Vd. eso. ¿Cómo le voy á creer? ¡Si apenas me conoce Vd.!

— ¿Se acuerda Vd. de cierta noche de baile? Ignorando aún su nombre, la seguí por los pasillos, á través del gentío. Yo adoraba ya las esmeraldas de sus pupilas, el ardiente coral de sus labios, Marta.

Los ojos de la joven permanecían involuntariamente fijos en el centelleo de la mirada fascinadora del poeta.

— ¡Ah, Marta! yo la quiero á Vd. con locura, desde aquel día. Cuando estoy solo y evoco su re-

uerdo, hay momentos en que me siento impulsado á gritar, ante la imposibilidad de realizar mi ideal de amor por Vd.

Ella permanecía muda, escuchando aquellas palabras que la trastornaban, sin entenderlas del todo. Aun retinían en sus oídos las frases de la víspera, la letanía de adoración mezclada al bruar de las olas, á su estruendo contra las rocas, entre el hervir de la espuma y el rumor de los guijarros á lo largo de la playa.

El sol inundaba la estancia, perfumada por el aroma del mar, mezclada al ambiente femenino del santuario de amor. En un confuso ruido de alegría, oíanse las risas y la charla de los paseantes y los niños á la orilla del agua, los gritos de los jugadores de *tennis* y de *foot-ball* corriendo por la arena.

En el horizonte, las olas parecían manchar el cielo, implacablemente azul, con sus levantiscas bandas, de un verde oscuro festonado de blanco, surcadas de púrpura por la luz, ondulantes, como cintas de metal en fusión. Pasaban barcas, desplegadas á la débil brisa sus velas rojas y blancas, que parecían luminosas en el esplendor de aquel día estival. En frente, á la entrada del puerto del Havre, trababan invisibles navíos sus mástiles, sus vergas festonadas por las recogidas velas, tejiendo un enverjado que traspantaba el cielo y el caserío estru-

jándose por la falda de la colina hasta las crestas mismas de las rocas.

Y la cosa sucedió, casi sin palabras.

Roberto se había acercado á Marta y estrechádola sin que ella osase ni pudiese defenderse, completamente débil ante él, abandonada en sus brazos. Su peinador violeta se había entreabierto bajo las ardientes manos del vate, febriciente de deseo, y relazos de rosada carne aparecían entre los encajes, blanca espuma de que surgían las frambuesas del rebelde seno.

Habíala alzado con sus robustas manos y la iba desnudando: el peinador violeta yacía entre los encajes como una nota pálida y delicada en la sombría alfombra. Roberto Antoc, con sus ojos brillantes, con su oscura y ensortijada cabeza, parecía fascinar á la bella, cuya alma se rendía derrotada; estrechaba la rubia y delicada estatuilla, que aparecía más débil y más diminuta aún al contrastar con la saliente musculatura de los brazos que la ceñían, con la robustez del artista montaraz y cabelludo, el de los ojos de fuego.

Ya brusco, ya cariñoso en sus ademanes, habíale desceñido las polleras de tela fina y trasparente: el minúsculo corsé de seda color de flor de albrichigo, salpicado de delicadas florecillas multicolores, parecía, abandonado sobre un mueble, el

estuche vacío de dos joyas gemelas, abierto y huérano de su riqueza, de la cual conservaba la huella.

Sosteniendo á Marta y llevándola hacia el lecho, murmurábale el poeta el cántico de adoración de la belleza deseada, salmodiábale los versículos del oficio de amor, y extraviaba sus labios y sus manos saboreando á caricias su piel de una blancura mate, sonrosada á trechos, titilante bajo el ciclón de insensatos besos.

En los bronceos brazos del bohemio parecía ella una débil niña, pálida y blanca, temerosa y palpitante á la vez de emoción tierna y sensual, al verse capturada por un bárbaro velludo, como aquellas castellanas que violaban los conquistadores primitivos, consentidoras á pesar de su espanto, de la furiosa caricia que las penetraba. Semejaban ambos uno de esos grupos paganos formados por sátiros burlones y feroces, que, á través de los bosques, y al calor del sol que se filtra por el follaje, se abrazan á las ninfas de desnudas y delicadas carnes, estremecidas de involuntario placer y de voluptuoso espasmo.

Han pasado tres meses y estamos en París.

Roberto Antoc acaba de entrar en un despacho frío, amueblado por estanterías de ébano, sillones Imperio, y un macizo bufete cargado de papelotes, tras los cuales aparece sentado un fantoche moreno, solemne, barbado, pesado, soñoliento, el excelentísimo señor D. Alfredo Grimbaud, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, pálida y vaga la mirada, el aire imponente, con la seriedad de un asno meditabundo.

— ¡Ah! ¿es Vd., mi querido poeta? dijo el ministro. ¿Qué de bueno le trae, que no se le ve hace un siglo?

— Hace unos días tan sólo que vuelvo de la costa, y precisamente es á Vd., á quien hago mi primera visita.

— Que le agradezco en el alma, sobre todo si es completamente desinteresada.

— Vd. siempre juzga con acierto, mi querido ministro; se trata en efecto de una petición.

— ¿Para Vd. mismo? ¿Acaso la Comedia Francesa pretende retardar su próximo triunfo?

— Nada de esto: por ese lado no puedo quejarme. El interesado es uno de mis amigos, hombre de gran mérito, y cuyo nombre no debe de serle á Vd. del todo desconocido, á pesar de no haber llegado aún á la altura de que es digno. Yo quisiera obtener para él, en interés de las letras y de la obra dramática que hemos emprendido en colaboración, una importante misión en el extranjero. Estoy seguro de que la llenaría satisfactoriamente.

— Si es amigo de Vd., tendrá sin duda todo el talento que Vd. dice. ¿Quién es?

— Juan Dayel.

— ¿El director de orquesta de los bailes de la Ópera?

— Él mismo. Ha dado pruebas de lo que vale. Yo desearía que pudiera Vd. mandarle oficialmente á la India, á estudiar los cantos populares y religiosos de los indígenas é investigar sus orígenes. Seguramente haría sobre ello un trabajo serio, provechoso para los eruditos, y fecundo en resultados para la ciencia comparada.

— Pero ¿por qué se halla Vd. mismo interesado en ello?

— Porque estoy terminando un drama en verso : la *Waina*, cuya acción se desenvuelve en la India. Aparte el interés general de la misión, Dayel, que compone la partitura de mi obra, sabría impregnar su música con el sabor de los paisajes vistos personalmente, é inspirar sus motivos en los mismos cantos heroicos, y de un encantador misticismo, de que los aires bohemios no nos pueden dar sino una impresión muy vaga.

— ¡Dayel! Pero, ¿si es un músico de bailes y chanzonetas! *La Hora breve*; *El amor es rubio, el amor es moreno*; ¿No es así?

— Sí, pero hay también la *Canción de Abril*.

El ministro había dejado de acariciar su corta barba negra, entretejida de plateados hilos, y miraba al poeta con el aire estupefacto del hombre á quien se hace una proposición imprevista, ese aire de los días de crisis, en el Parlamento, y que un periodista de la oposición ha comparado á la mirada de un buey de largos cuernos, que, ocupado en pastar, ve de repente pasar un tren y muge.

Era un hombre de conciencia el señor Grimbaud, ó por lo menos tal era la fama ambicionada por aquel profesor de Retórica reacio á toda iniciativa, para quien la Universidad era el Alma mater, el punto de partida y sede de toda capacidad. No concebía las artes y las letras sino encajadas : talento que se abriera camino por sí mismo, germi-

nado fuera del plantío normal, resultaba á sus ojos nulo, como si no existiera, ó, por lo menos, muy peligroso, irregular.

Él mismo, antes de entrar en el Parlamento, había sido profesor muchos años. Había publicado compendios de Historia y tratados pedagógicos, tanto más recomendados, cuanto que la sumisión del autor á la jerarquía le había procurado la autoritaria benevolencia de sus mayores. En realidad las más conocidas de sus obras no eran más que extractos de los sucesivos historiadores del siglo, tizeretazos dados á Agustín Thierry y á Michelet, datos tomados de los comentaristas de las crónicas, la salsa del plato fuerte de Thiers, condimentada con pasajes enteros de historiadores secundarios citados ó plagiados.

La cartera la conquistó á cornadas (según frase de sus colegas de la Cámara); y nadie le temblaba más que el mismo ministerio de que la casualidad le había hecho formar parte. Unas veces el ministro se había quedado mudo como un pez ante una interpelación; otras había comprometido la suerte del gabinete, con sus pretensiones de orador. Algunas resoluciones suyas habían levantado tempestades políticas, que otro, más hábil ó más sensato, hubiera fácilmente evitado. El gobierno había pensado varias veces en eliminarlo; pero se había detenido ante esta operación demasiado delicada, y

peligrosa para el ministerio entero. Cien veces el señor Féline, el Presidente del Consejo, había subido á la tribuna en lugar del señor Grimbaud á suplirle ó á salvarle y salvar también el gabinete, comprometido por aquel advenedizo que aun llevaba encasquetado el gorro de dómine.

— Alfredo, había dicho la mujer del ministro á un amigo indiscreto, es un lobo viejo que se cree siempre agarrado de las orejas.

Esta paciente bestia, asno, buey, lobo, ministro, cuyas pezuñas tropezaban involuntariamente y quebraban á cada paso todas las fragilidades, se preocupaba sin cesar de su responsabilidad. Se mezclaba en todo y todo lo mezclaba, hablando siempre de su deber, incapaz de comprender el momento oportuno para sustituir la rutina con la iniciativa personal.

Poco al tanto de la vida parisiense, no sospechaba nada de la segunda intención del poeta; y, escandalizado á la idea de confiar una misión oficial, sin previas consultas á las comisiones competentes, á un compositor de segundo orden, conocido sólo en los cafés-conciertos y bailes de la Ópera, no consagrado en fin por la opinión académica, el señor Grimbaud no traslucía nada de lo que se ocultaba bajo aquella petición. Pero, por otra parte, Antoc le merecía consideración. ¿No procedía de la Escuela Normal? Es verdad que había dejado

de frecuentar la calle de Ulm después del primer año de estudios; pero había pasado por allí.

Roberto Antoc seguía abogando calurosamente por su protegido, enumeraba los méritos de Juan Dayel. «...., Había que prescindir de las necesidades de los comienzos, de la pobreza, causa de tareas apresuradas y deslucidas; había que considerar la situación actual adquirida ya por el joven músico, ante quien abría el porvenir brillantes perspectivas. Sin pretensiones de erudito, tenía obras de verdadero valor, y era ya una consagración, una justicia tributada á su talento, la batuta de director de los bailes de la Ópera, que se le había confiado como al más digno.»

— ¡Diablo! ¡Diablo! murmuraba el ministro. — ¿Pero qué van á decir? He dado algunas misiones no mucho más urgentes, es verdad, pero á hombres serios y laboriosos, á gente de peso....

— Ya que no de mérito, interrumpió el poeta. Pero el ministro rehusaba:

— Pidame Vd. otra cosa... ya se verá, ya se verá...

— Mi drama no espera más que ese complemento, la música de ese maestro de mañana, señor ministro; mi éxito depende de la respuesta de Vd.; se trata de una innovación atrevida, que ha de hacer mucho ruido.

Y Antoc, observando el rostro visiblemente con-

trariado del gran maestro de la Universidad, recordaba una anécdota que había divertido á todo París y que le obligaba á él á esforzarse en contener la risa. Contábase que, despertado cierta mañana por un amigo, que había ido á solicitar su apoyo para erigir un busto á Pablo Verlaine, en el jardín del Luxemburgo, el señor Grimbaud había dejado la cama de un salto, y grotesco en su blanca indumentaria hinchada por el voluminoso abdomen, erizadas sus enjutas piernas de una pilosa aureola, había estado cinco minutos así, protestando. Con la mano izquierda sobre el corazón, y la derecha levantada en actitud tribunicia, repelía, dejando asomar pesadas y velludas posaderas por el faldón de la camisa :

— ¡ Vd. no sabe lo que dice, mi querido amigo ! Para ese Verlaine, un busto. ¡ No ! ¡ no ! No puedo : yo soy guarda de almas, querido, ¡ soy guarda de almas !

El mismo Grimbaud había rehusado representar al gobierno en los funerales del último de los Goncourt. Un ministro más parisiense habría visto ó adivinado la razón que impulsaba á Autoc á solicitar una misión en la India, para su colaborador ; pero el señor Grimbaud era demasiado obtuso para ver más allá de lo que se le ponía ante las narices ; y no se aventuraba á averiguar interioridades, más que cuando iba á ver á las actrices, y

una vez, mal dirigido, á una célebre elegancia, Liana de Pougy, para repartir premios académicos...

— En fin, repuso, déjeme Vd. reflexionar, mi querido maestro..... Esto podría hacer sombra á algún otro compositor : la opinión quizás lo criticaría. Hay gente muy lista... enemigos del gobierno... que podrían deducir... insinuar...

— No hay, sin embargo, en ello nada anormal. Dayel subirá como otros muchos, de menos mérito quizás... En fin, querido ministro, yo me permito esperar de su bondad, de su justicia esta muestra de aprecio, no sólo para mi colaborador, sino para mí, alumno como Vd. de la Escuela Normal...

— Ea, exclamó el ministro, vencido al fin, débil siempre que se insistía en el compañerismo universitario, veo que tiene Vd. mucho empeño. Recuerdo también que el Presidente de la República agradeció mucho la dedicatoria que le hizo el amigo de Vd. de un vals franco-ruso, que, por lo menos, prueba su patriotismo...

La partida estaba ganada : la misión á las Indias[®] era segura. El poeta se deshacía en agradecimiento, satisfecho de su éxito, más difícil de obtener ante aquel fanteche poderoso, que ante el público con una obra brillante y vacía. — Largos meses de amor se abrían para Marta y para él, gracias á su habilidad para alejar al marido enamorado y molesto.

ción, la consecuencia de sus primeros éxitos; y ella no quería embarazar el camino de su triunfo, de su gloria definitiva, que entrevía para él al fin de aquella ardua empresa, ahora que todos los obstáculos desaparecían á su paso, que cada día se hacía un nombre más apreciado y aplaudido entre sus compañeros.

Un mes vivieron en Lisé ambas familias, en la Casa de las Rosas. Su intimidad se había estrechado aún más desde que, en la costa, habían vivido continuamente los unos en casa de los otros. Siempre se veía juntos por las inmediaciones á los dos colaboradores, departiendo sobre su obra común, dando largos paseos por los caminos, ó sentados en algún ribazo, entre los árboles, á la orilla de algún arroyo florido de cañas, lirios ú otras plantas acuáticas.

Pero Dayel no podía resolverse á partir, más enamorado que nunca de su rubia Marta. Llevarla era imposible. El viaje era largo, peligroso: á ella le daba miedo el mar. Y luego, la niña, ¿ á quién confiarla tanto tiempo? La duración del viaje, nadie más que él mismo debía limitarla; pero necesitaba meses para poder hacer un estudio profundo, y redactar el informe para el ministerio. Juan Dayel comenzaba á mostrarse indeciso, emprendía trabajos que debía terminar, antes de partir para aquella comisión, que adulaba al ar-

— Marta, querida mía, los periódicos anuncian que parto en comisión á la India.

— Al fin has conquistado la celebridad, suspiró ella. Á la vuelta serás condecorado. Deberás á Antoc la cinta roja. Tienes que darle las gracias, lo más pronto posible.

— Sí, voy á ir: nos ha traído la suerte. Además, si tú quieres, ya que hace un otoño tan hermoso, aprovecharemos los últimos días para invitarlos á todos, á Roberto, á madame Antoc y á sus hijos, á venir á Lisé.

— Si te parece, podríamos quedarnos allí hasta tu partida para la India.

Á Dayel le apesadumbraba ver á Marta tan pronto resignada á verle marchar y para tanto tiempo. Pero ninguna sospecha asomaba en él, completamente confiado en la lealtad de su dulce y adorada nena. La misión aquella era la continua-

tista, pero que le apartaba de Marta, de su mujer, de su adorada.

Un día abrió su corazón á Antoc, le contó su pena y su resolución de renunciar á una tarea que no se atrevía á llenar. En realidad él no podía dejar así á su mujer, no concebía la vida en la soledad, privado de su compañía, de la dulzura de su voz, de su ternura. Antoc escuchó la confidencia sin que su rostro traicionara la preocupación interior que le roía, la viva contrariedad que le causaba aquel amor del marido sin cesar interpuesto entre Marta y él.

Á veces, sin embargo, se irritaba contra la ceguedad confiada de aquel hombre, á quien engañaba y burlaba sin escrúpulo, se enardecía en cólera contra la simpleza y la imbecilidad de Dayel. Marta no se hallaba libre para amarle como él sabía que le amaría cuando la presencia de Juan no avivase en ella el remordimiento. Estaba ya cansado de las caricias apresuradas, de los disimulos y temores que les imponía aquel marido rubio, débil y perpetuamente enamorado.

XX

Ha pasado un mes.

Bajo la negrura del cielo, trotan los caballos, barriendo el polvo con sus empenachadas colas; y las mulas enjaezadas de rojo cuero, seguidas por dos flacos camellos de cuello largo y pelado. Jinetes árabes de blanco albornoz, envuelta la cabeza en muselina, escoltan la caravana. Y, entre ellos, el naranjado vestido del caid que los manda, marca una pincelada chillona sobre el largo tapiz de sombría verdura, de hierba, de altas y frondosas plantas que apagan las pisadas de los cuadrúpedos en un silencio triste, en que tintinean, al chocar contra las monturas, las armas, los largos fusiles, cuya taracea brilla con cobrizos reflejos.

El cielo, encapotado de nubes, que oscurecen la atmósfera en que flota pesada bruma, aparece rojo en el horizonte, como una inmensa hoguera que fulgurara á lo lejos en purpúreas llamas, sober

tista, pero que le apartaba de Marta, de su mujer, de su adorada.

Un día abrió su corazón á Antoc, le contó su pena y su resolución de renunciar á una tarea que no se atrevía á llenar. En realidad él no podía dejar así á su mujer, no concebía la vida en la soledad, privado de su compañía, de la dulzura de su voz, de su ternura. Antoc escuchó la confidencia sin que su rostro traicionara la preocupación interior que le roía, la viva contrariedad que le causaba aquel amor del marido sin cesar interpuesto entre Marta y él.

Á veces, sin embargo, se irritaba contra la ceguedad confiada de aquel hombre, á quien engañaba y burlaba sin escrúpulo, se enardecía en cólera contra la simpleza y la imbecilidad de Dayel. Marta no se hallaba libre para amarle como él sabía que le amaría cuando la presencia de Juan no avivase en ella el remordimiento. Estaba ya cansado de las caricias apresuradas, de los disimulos y temores que les imponía aquel marido rubio, débil y perpetuamente enamorado.

Ha pasado un mes.

Bajo la negrura del cielo, trotan los caballos, barriendo el polvo con sus empenachadas colas; y las mulas enjaezadas de rojo cuero, seguidas por dos flacos camellos de cuello largo y pelado. Jinetes árabes de blanco albornoz, envuelta la cabeza en muselina, escoltan la caravana. Y, entre ellos, el naranjado vestido del caid que los manda, marca una pincelada chillona sobre el largo tapiz de sombría verdura, de hierba, de altas y frondosas plantas que apagan las pisadas de los cuadrúpedos en un silencio triste, en que tintinean, al chocar contra las monturas, las armas, los largos fusiles, cuya taracea brilla con cobrizos reflejos.

El cielo, encapotado de nubes, que oscurecen la atmósfera en que flota pesada bruma, aparece rojo en el horizonte, como una inmensa hoguera que fulgurara á lo lejos en purpúreas llamas, sober

las incendiadas casas, viviendas minúsculas, dominadas por cuadrados alminares, en cuya cima, inmóviles grullas, dormidas en un pie, recortan sus hieráticas siluetas.

Marabutos de cúpulas deslumbrantes con su blancura de cal viva, surgen en el campo, en las inmediaciones de la ciudad. Los bordes del cielo de llamas se amoratan mezcladas á la negrura de los fresados nimbos, próximos á deshacerse en lluvia ó en granizo, inundando el paisaje inmenso.

— ¿Elegaremos antes del diluvio? — dijo Marta.

Su voz brota dulce y lenta de entre los velos en que, como las mujeres del país, esconde sus rasgos finos de menuda parisiense, trasformada en beduina por un capricho de su compañero Roberto Antoc; también él se envuelve en vistosas telas, una amplia túnica de seda violeta, cubierta por dos albarnoces, rosado el uno, resplandeciente de blancura el otro; en torno á su cabeza se arrolla un turbante naranjado, parecido al del café, que manda la escolta.

— Puede ser, querida mía. Pareces triste esta tarde, y sin embargo, ¿qué espectáculo para nuestros ojos habituados á las calles niveladas, á los estrechos caminos encajonados entre simétricos setos! Mira, adorada, mira estas inmensas llanuras, esta alba alfombra de infinitas flores bajo la negrura del cielo; mira el morado y purpúreo res-

plandor que inflama el cielo allá arriba, allá lejos, sobre las casitas blancas.

— No Roberto; no es que me entristezca nada que tú puedas imaginar: es que me hallo algo fatigada de lo largo del camino, de tanta negrura sobre nosotros, de tanto silencio. Habla y me alegrarás: tu voz suena vibrante, y me conforta en este desierto; porque me siento arder y tiritar á la vez, en esta soledad, donde sin tí, me encontraría perdida.

Marta montaba una mula gris, sobre una jamuga de cuero rojo con arzones de madera forrados de tela roja y verde con madroños de seda multicolores. La delicada joven, en aquel cortejo de hombres de bronceos brazos, surgiendo de las blancas vestiduras, de feroces caras de bárbaros, de ojos brillantes de bestia montaraz, de viejos de luengas barbas canas, cuyos rasgos evocaban las facies bíblicas de los patriarcas nómadas; parecía una pequeña hada, delicada y grácil, llevada por los invasores después del saqueo de una ciudad.

Sus débiles manos blancas, de rosados dedos y nacaradas uñas separaban los velos entre los cuales asomaba la revuelta cabellera, como una aureola de oro fino. Y Antoc, al lado de ella, parecía, con su rostro atezado y bronceo, su rizada barba ninivita, su frente de toro, de espesas y revueltas cejas, el jefe de una tribu guerrera, llevándose con

el botín de la ciudad conquistada, una patricia cautiva, á través de las soledades, á sus remotos señorios.

— ¡Que hermosa es la libertad, Marta, en este soberbio país, en que todo, hombres y cosas aparecen en desusado brillo, en que las fiestas parecen bailes de hadas y guerreros! La vida heroica de estas gentes que nos conducen, vale cien veces más que la que nosotros llevamos, estrujados en nuestros mezquinos trajes. Todo es hermoso aquí; la gente envuelta en suntuosos ropajes, montando caballos engalanados como los altares de nuestras basílicas, armados de cimitarras cuyas empuñaduras brillan escarchadas de pedrería. Muchas veces he anhelado tener valor para abandonar la vida civilizada, y las casas siempre iguales de nuestras ciudades, para ir á vivir con estos que siento más cerca de mí, y á quienes me ligan, sin duda, atomismos que yo ignoro...

Largo tiempo aun estuvo el poeta dejando resonar sus enfáticas frases, pintando con palabras llenas de fuego y de color, sus ideales de vida exótica. Marta le escuchaba, satisfecha de sentir junto á ella la presencia de aquel macho fuerte, que la guiaba á través de mil peligros posibles, en aquellos países cuya existencia no había ella siquiera sospechado. Desde varios meses que, con Roberto Antoc, viajaba por las comarcas del sol, su vida de

otro tiempo le parecía un sueño lejano, pálido recuerdo de una vida anterior, que ella no hubiera real, humanamente vivido.

Habían abandonado precipitadamente Lisé y la Casa de las Rosas, sin que ella pensase apenas en los que dejaba tras sí, en Juan, que la había conquistado y amado apasionadamente, ni en Marta segunda, la rubia niña tan parecida á ella, que poseía los mismos reflejos de sus ojos, su misma carnación de rosa pálido.

Habían atravesado España, deteniéndose en las ciudades más pintorescas, embriagándose en el placer de las alegres sorpresas, halladas en el curso de su caprichosa ruta. En Sevilla había temblado, en los toros; pero luego, se dejó cautivar por el brillante heroísmo de aquel feroz ejercicio, que despertaba en su alma, antes tan tierna, la crueldad femenina largo tiempo dormida.

Roberto se había complacido en vestirla con los trajes del país y de las provincias que atravesaban. La había convertido en madrileña y sevillana, con falda corta de volantes, ceñido el busto en un bolero de madroños, y la había paseado á través de las pintorescas calles y mesones, por los bailes de cigarreras y soldados.

Marta se había dejado embriagar por los pintorescos paisajes, por la variada decoración de su aventura, por su absorbente sed de placer. Se

había entregado por completo á Roberto Antoc, ardentemente apasionada por su fuerza, sus caricias brutales, su sensualismo loco, en rudo contraste con el amor tranquilo y tierno con que Dayel la había en otro tiempo adorado. Aquella monotonía había adormecido su felina versatilidad, repentinamente despertada al llamamiento del conquistador que debía deslumbrarla con su brillante equipo de joyeles.

Á la rápida travesía por la tierra andaluza, sucedió el encanto de la llegada á Tanger la Blanca, en un día deslumbrante de luz, que bañaba las casas immaculadas que avanzaban hacia el mar, sembrando de lejos bloques de purísima nieve, que brillaba, escarchada de sol, entre verdor de elevados jardines, gigantes palmeras y granados en flor.

El capricho del poeta los había llevado á través del suntuoso y sombrío Marruecos, el misterioso país, donde, pasada la blanca ciudad y su barrio europeo, con terrazas á la italiana, y frescas y elegantes *villas*, nada ni nadie, salvo los inevitables turistas ingleses, cada vez más escasos, recordaba los países nivelados por la civilización ni el monótono progreso.

Antoc había conducido á Marta, su nueva pasión (tan enloquecido por ésta como por otras que la precedieran), de provincia en provincia, y de desierto en desierto, en demanda de la ciudad sagrada

donde residía, misterioso y temido, el sultán. Altas influencias le habían franqueado los caminos cerrados á los viajeros comunes, y habían obtenido para él los honores tributados á los altos jefes extranjeros, que van en visita oficial, protegidos por las gummies de los feroces moros.

Había contemplado con Antoc los desnudos paisajes, las arideces de las doradas planicies, en que se desecan, tostados por el sol, los nopales y otros cactus espinosos, las inmensas llanuras que extienden bajo cielos implacables de azul cobalto, sin una nube, sus perspectivas de reseco hierbales. Luego habían sobrevenido días de tormenta, mientras recorrían infinitos espacios en que flores de Europa, asfodelos blancos y morados, y doradas caléndulas, entretejan con los helechos ondulados tapices, bajo el cielo iracundo.

Al lado de su amante, había dormido bajo las tiendas de cuero, después de las fiestas, las ruidosas fantasías con que acogían su llegada los jeikes, honrándole, como viajero de distinción, con las munas, diezmos en ganado que carneaban y devoraban luego, cerrada la noche, al ascender de la luna entre las estrellas, los caballeros de su pintoresca escolta.

Durante las noches, en que acampaban, guardados por los atezados bárbaros, había ella oído en la oscuridad los rugidos de los chacales hambrientos

y de las hienas. Había visto pasar las largas filas de peregrinos que iban á Fez por la remisión de sus pecados, pasando entre los dedos las cuentas de rosarios tallados en maderas odoríferas. En las ciudades visitaban los bazares, compraban armas y telas, á los mercaderes acurrucados sobre alfombras de pintadas lanas, vago el mirar de sus muertos ojos, lejos de la vida circundante, indiferentes ante los incidentes callejeros.

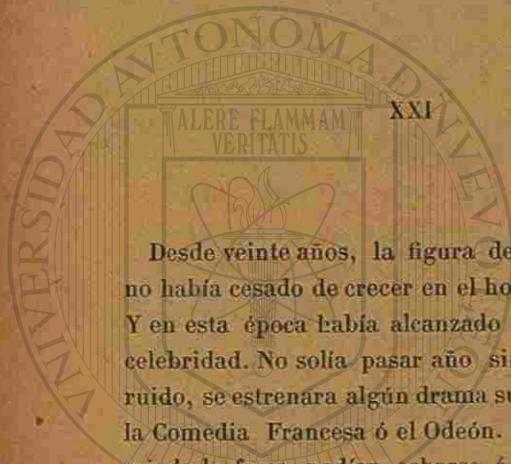
Se aventuraban juntos por las estrechas vías de los barrios viejos, pasaban ante las ojivas tímidas de los antiguos palacios, entre chiquillos sucios y desnudos, ó cubiertos de cortos y harapientos albornoces, entre esclavos y peones tumbados ó acurrucados.

Pero Marta comenzaba á cansarse de aquella vida, demasiado llena de cosas desconocidas entre las cuales se perdía su espíritu. En su cabecita de pájaro no podía germinar el remordimiento por su abandono y sus posibles consecuencias; y se dejaba guiar automáticamente por aquel amante fuerte que la había conquistado, arrebatándola repentinamente, como una ráfaga arrastra en su torbellino á una descuidada nevatilla.

París, Lisé, la Casa de las Rosas, sus alegrías de otro tiempo, pasaban por su espíritu como un sueño muy antiguo, como cosas que ella recordaba apenas, que entreveía lejanas, brumosas, inciertas.

Su vida eran ahora las voluptuosas locuras del poeta, la lasitud que seguía al ardor de las sensaciones, las furiosas caricias que la dejaban estenuada en lánguida somnolencia; eran ciudades y paisajes, una serie de cuadros ya brillantes ya sombríos, en que aparecían hombres de bronce vestidos de lanas y sedas de deslumbrantes matices, en desbocada cabalgata de crines, albornoces y turbantes sueltos, entre nubes de polvo.

Y el traqueteo de los tiros, el gangoseo de las gaitas beduinas, el zumbido de minúsculas guitarras y batintines, el tañido de los tamboriles y el cascabeleo de las sonajas, componían á todo aquello un acompañamiento de música enloquecedora.



Desde veinte años, la figura de Roberto Antoe, no había cesado de crecer en el horizonte literario. Y en esta época había alcanzado el apogeo de su celebridad. No solía pasar año sin que, con gran ruido, se estrenara algún drama suyo, en verso, en la Comedia Francesa ó el Odeón. Era de los que, criada la fama, podían echarse á dormir, pues la opinión aplaudía ya ciegamente sus obras, sin examinarlas, aplicando sucesivamente á cada una el juicio recaído sobre la anterior. Se le aplicaban siempre los mismos epítetos; de esos que cien veces repetidos clasifican una celebridad bajo una etiqueta inmutable.

El poeta debía su fama tanto á lo sobresaliente de su físico, y á sus aventuras ruidosamente careadas por sus aduladores y compañeros de placer, como á la popularidad de sus libros. Aparecía hermoso ante la muchedumbre como los ras-

tacneros ante las busconas, y su renombre de saltimbanqui parnasiano había atraído hacia él á muchas mujeres, que se enorgullecían de mantener conquistado y domado por algún tiempo, á aquel macho fuerte, cuya inconstancia de mariposa era proverbial.

¿De dónde venía? ¿En qué clase social había nacido? Nadie se preocupaba. Un cronista bien informado, había dicho, no obstante, que era hijo de unos colonos argelinos. De todos modos, su instrucción muy completa, le había permitido en los comienzos ganarse la vida por medio de la enseñanza, ocupando sucesivamente los puestos de pasante y de profesor en pequeños colegios, instituciones libres, « moldes de bachilleres »... Pero después de cortos periodos de calma, emprendía locas correrías, y dábase á broncas y escándalos demasiado públicos para que los pasaran en silencio los periódicos.

Cuidadosamente, se había creado á sí mismo una leyenda: según ella habría nacido, al acaso de la peregrinación, de dos bohemios; y después de todo, aquel belitre, con sus ojos orientales luminosos y expresivos, con sus cabellos crespos y su barba rizada, algo debía tener en sus venas de la sangre caliente é inquieta del gitano corredor de estepas, del juglar amante del aire libre, charlatán y habilidoso.

De tal origen ó tal atavismo, Antoc había conservado el amor á los ropajes brillantes, á los juegos de palabras y á las rimas. Dondequiera que la vida moderna se lo permitía, dejaba ver su afición al oropel y á las lentejuelas, gusto que no atenuaron, ni su vida parisiense, ni los prosaismos de la pobreza en los comienzos de su carrera.

Había sabido además imponerse á la admiración de la juventud literaria por una mezcla de afable compañerismo y poética charlatanería. Á su alrededor se habían agrupado muchos jóvenes por sus frases de relumbrón y sus fogosidades retóricas.

Uno de sus libros, *Los Crímenes de Dios*, le había llevado ante la Corte de los Asises, á causa de la excesiva libertad de algunos pasajes; y este proceso fué el punto de partida de su celebridad. Supo sacar del incidente todo el partido posible, y á fuerza de prólogo y artículos bombeó su persecución, presentándose como campeón de la libertad literaria oprimida.

Aficionado á los ambientes de sol, que le permitieran exóticas voces y sonajería de fantásticas tiradas, escribió un drama hindú: *Siva*. Esta obra, en la que desempeñó una noche el papel del protagonista al lado de Dinah Samuel, llevó su nombre á las nubes.

Meses enteros estuvo el público asaltando como

loco el teatro para ver á los dos amantes dar sobre las tablas el espectáculo de su pasión y de sus besos, como un aperitivo para otros placeres más secretos, ebrios uno de otro, y ebrios los dos de escándalo.

Á veces el poeta desaparecía de repente, sin que nadie supiese lo que era de él. Hasta que por alguna carta, acudiendo al bolsillo de un buen amigo, se venía á saber que se había marchado con una nueva querida, y que se encontraba en tal ó cual punto completamente palmado. Él sabía excusar, mejor que nadie, estas locuras cien veces renovadas. Eran fugas repentinas en que lo abandonaba todo, rompiendo cualquier otro lazo, sin miramiento á fieles abnegaciones ni á cariños lastimados.

Egoísta y práctico hasta en la pasión, no amaba sino por golpes bruscos de deseo, poniendo fin bruscamente á las aventuras que había concertado, tan pronto como la mujer le había cansado; á no ser que algún interés de publicidad galante (pues muchos de sus amores fueron de escandaloso reclamo) no lo retuviera un poco más.

Corrió extrañas odiseas y aventuras y fortunas las más diversas, siempre flexible para salir de apuros y hábil para mistificar á los confiados y embancar á los simples, y en sacar provecho de sus truhanerías, Y el público se interesaba por él, no

sólo por el encanto que pudieran tener sus sonoros versos, sino por las leyendas que se habían formado sobre el aventurero, sobre el osado conquistador.

Queríanse ver en sus obras sus propias pasiones, idealizadas por la poesía. Hasta su apellido, fácil de retener, Antoc sonaba como nombre de luchador, y ayudó á su popularidad creciente. De unos largos amores suyos, dos veces rotos y otras tantas renovados, sacó una novela, y luego con otro toque, un drama.

En suma, había sabido magnificar todas sus calaveradas y sucesivas aventuras en obras brillantes y vacías, como los sentimientos de que hacía gala. Las disfrazaba con oropel y lentejuelas literarias, con la joyería de relumbrón de su estilo hueco y fofó como las perlas falsas, con su misma superficialidad de oriente.

Por fin, después de cien andanzas de juglar malandrín, después de correr países y países, dejando deudas como si plantara estandartes, sembrando la desesperación y el dolor por dondequiera que pasaba; después de romper mil tratos con menosprecio de la buena fe profesional, sin curarse de los perjuicios causados, le pareció bien poner fin á aquella vida, y buscarse una madriguera cómoda y segura. El diablo harto de carne, se metía á predicador: quiso casarse. La cosa era algo difícil, pero entre sus relaciones honradas, figuraba una buena

familia de la clase media, que, poco al tanto del reverso de la medalla de su vida, le admiraba sinceramente. En esta familia había una hija, una morenita pacífica y dulce, bonita y cariñosa; y se casó con ella.

Los padres no osaron negársela; no hicieron sino algunas objeciones, por fórmula; la chica quería á Antoc, y en realidad, era aquel un partido inesperado, aunque él fuese poeta.

Durante algunos años, pareció definitivamente retirado de los centros de agitación que antes frecuentara.

Aquel gran camorrista, bebedor y mujeriego parecía haberse formalizado, como otros muchos de su layá llegando á cierta edad. Sus obras, de gran salida desde algunos años, empezaban á enriquecerle; y después de tanta calaverada y aventura, su fama continuaba en aumento.

Por lo demás era trabajador por periodos, impetuoso y ardiente en el calor de la inspiración real, lo mismo que en todas las demás fases, sensaciones y actos de su vida: era un comediante, sincero en sus peores comedias, que vivía, sobre el tablado parisiense, en continua exhibición.

De repente, un día, desapareció de nuevo, dejando á su mujer deshecha en llanto por él, y con dos niños, Djinetá y Sahib.

Djinetá estaba aún en pañales. Y esto ocurrió

después de tres años de vida tranquila y arreglada. Se había escapado con una actriz de quien había sido amante antes de casarse. Era aquella con quien había salido á escena, Dinah Samuel : se fué con ella sin saberse á dónde, dejando su casa y sus tareas. Sólo tres meses después volvió, cansado de su querida, y arrepentido. Su pobre mujer, indulgente, madre apasionada á quien sus hijos bastaban para decidirla al perdón, lo recibió sin el menor reproche, conmovida por el firme propósito que él hacía de no volver á abandonar su casa.

Entonces fué cuando, á guisa de penitencia, aquel hombre á quien nunca había disgustado oírse llamar el príncipe de los bohemios, dió al Odeón su comedia, *El Señor de Mascarilla*, en que el tradicional truhán se convertía, trasformándose al fin en un honrado y virtuoso burgués. Y en la ciudad dióse á desempeñar el papel de padre, como había desempeñado los demás, paseando frecuentemente á sus chicos, Djinetá y Sahib, prodigándoles públicamente sus cuidados, satisfecho de hacer así contrastar su vida presente con las antiguas calaveradas.

Marta Dayel era la tercera amante que se llevaba, después del matrimonio, esta vez dejando tras sí un marido apasionado, un amigo engañado y dos familias deshechas. ¿Las consecuencias? No le preocupaban á él, confiaba en su suerte, se-

diento de libre placer en su descuidado egoísmo.

Por lo demás era un interesante fantoche del amor y de la poesía, de la belleza y de la pasión, cuya pintura no se descascarillaba sino muy á la larga; su talento, un buen dublé, una aleación muy resistente al uso.

Y en su *pose* literaria era tan buen farsante, se identificaba tan ingeniosamente con el papel que se proponía desempeñar, que ni él mismo hubiese acertado á discernir su verdadero espíritu del que él se forjaba para el público, de acuerdo con la parada de su faz asiria.

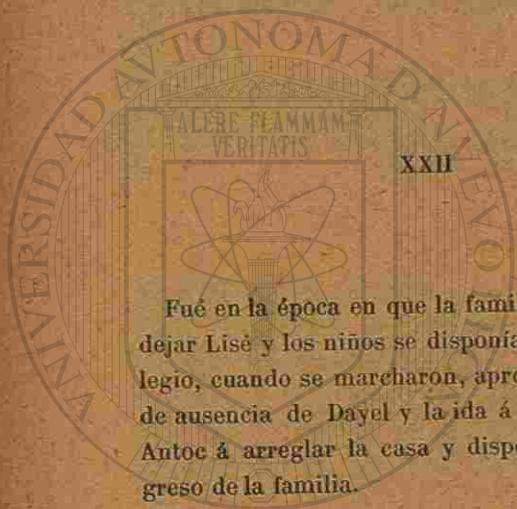
gran lucidez iluminó su espíritu mostrándole todos los indicios que antes no había sabido ver.

Había recorrido el país, delirante, sin saber á punto fijo donde ir, ahora que estaba solo. Había ido preguntando de puerta en puerta, vociferando insultos á la faz de las gentes, que se le quedaban mirando, después de contestarle con palabras que él no entendía.

Se le había encontrado una mañana á la orilla del río, echado entre los juncos, manchado de barro y de broza, lamentándose sin descanso con quejas apenas articuladas, amenazando á los que se le acercaban y acusándoles de haberle robado á Marta, á su mujer, á su mujer querida, de habérsela llevado lejos, donde él no sabía, donde no podría encontrarla más.

Había estado á punto de estrangular al campesino que lo había descubierto enfangado y dando alaridos como una bestia herida. Por fin intervinieron las autoridades, y de acuerdo con los amigos del infeliz, lo mandaron á un manicomio, asegurándole que allí iba á encontrar á Marta. Su mujer no había muerto; se había ido al campo, á una casa muy grande, con un gran jardín y mucho aire puro. Y con estas palabras, que él escuchaba como un niño enfermo, se dejó llevar á Charenton, gritando:

— ¡Marta! ¿Dónde está Marta?



Fué en la época en que la familia de Antoc iba á dejar Lisé y los niños se disponían á volver al colegio, cuando se marcharon, aprovechando un día de ausencia de Dayel y la ida á París de madame Antoc á arreglar la casa y disponerla para el regreso de la familia.

Al volver, por la noche, Dayel y encontrar vacía la Casa de las Rosas y sola á su hija, que la criada había acostado, supuso de pronto que Marta se habrfa retrasado visitando á alguna de las enfermas que protegía en la aldea, ó un otro motivo que ella le contaría muy pronto con aquella voz infantil y clara, tan querida, tan dulce, tan acariciadora. ¿Y su amigo Antoc?

Pero, sobre el piano, vió casi inmediatamente la carta de su mujer. Y la leyó, como loco ya; y una

Durante un año había permanecido cautivo con alternativas de furibunda cólera, y períodos de tranquilidad en que tristemente, con voz lenta y velada, se daba á lamentos sin fin. Algunas veces, había habido que encerrarlo en una estrecha celda; luego, cuando su vana cólera lo había extenuado, se le hablaba, con razonamientos, como á un niño pequeño á quien se quiere persuadir. Á ratos hablaba solo, creyendo conversar con Marta, la amable rubia tan querida. Le contaba su alegría de vivir á su lado, le exponía proyectos para lo futuro, tejendo para su hija un ideal de feliz casamiento y de dicha, de la cual ambos, Marta y él serian la causa.

Paseábase largas horas por el parque inmenso, sin querer mezclarse á sus compañeros de infortunio. Y escuchaba la canción de los árboles, y el susurro del follaje reverdecido. Le encantaban las querellas de los pájaros en sus nidos, arrullando en un bienestar pasajero su dolor latente. Borrábase en él el recuerdo; y sólo quedaba la inspiración, cuyas armonías engañaban su espíritu con músicas interiores.

Permanecía horas enteras en su cuarto, después de estos paseos, hiriendo con sus dedos un teclado imaginario, escuchando la melodía que soñaba componer, feliz con las fantasías de su locura.

Durante los días, creía expresar á su grácil amiga

tan querida, cuantos pensamientos delicados acudían á sus labios: cantaba para ella como antes en su cuartito de la Isla, ó, durante las plácidas noches de estío, en el campo, en la Casa de las Rosas.

Entonces volvía á sus labios la canción preferida de Marta, *El Pájaro bello*, pero no tal como él se la había enseñado, sino abreviada, aguda y ridícula; como un vagido:

En el bosque y en mi cabeza
Canta el pájaro bello,
Canta que cantarás.

— Mañana es la fiesta, dice;
La fiesta del lugar,
Mañana volverá Marta,
Y nunca más se irá.

Canta, pájaro bello,
Canta que cantarás.

Estos eran sus días buenos. Pero otras veces revivía la hora terrible, y entonces entraba en furiosa cólera; apenas se podía entre varios cogerle y agarrotarle, para llevarle, mal de su grado, á las salas de ducha.

Y se le vestía la camisa de fuerza.

El médico director del establecimiento se había interesado por el enfermo; había sabido las causas

de la desesperación de Juan Dayel, la cruel aventura que le había nublado la inteligencia.

Y aquel doctor había emprendido con pasión su tarea: curar una locura de amor, devolver á la música un artista cuyas melodias habia él mismo gustado. Con infinitas precauciones, con cuidados de madre que espía el despertar de su niño nervioso y débil, espiaba también el viejo, diariamente, el fulgor de inteligencia del cual pudiera resurgir la razón. Poco á poco había conquistado la confianza de aquel pensionista; y había llegado á devolver á aquella alma desesperada, primero una calma ficticia; luego, lentamente, por medio de revelaciones sucesivas en relación con la fuerza moral día á día recobrada, la verdadera vida racional.

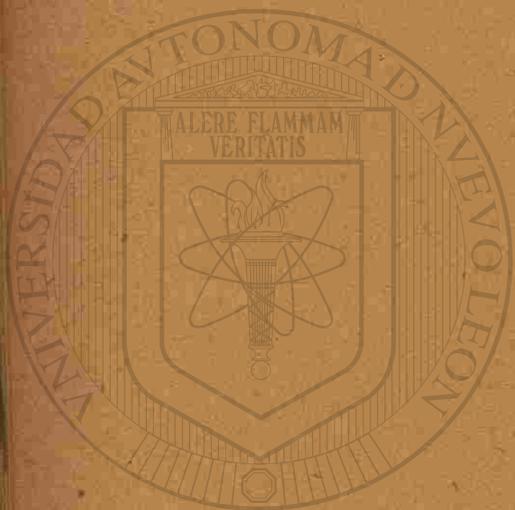
El alma de Juan Dayel se había al fin despertado, después de algunos meses de calma serena, de locura pacífica, poblada de fantasías en que cantaban suaves armonías, por él sólo oídas, sugestivas y encantadoras, con una fuerza de seducción irremisiblemente perdida para otro que él, armonías ocultas que sonaban en una región apartada á donde había volado su alma, lejos de la intelectual monotonía, entre quiméricos resplandores y confusos ensueños de Belleza.

Esto es lo que Juan Dayel, pasada su locura y recobrada la memoria, recordaba hoy, dolorosamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

Libro Tercero.



EN QUE CONTINÚA LA VIDA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TERCERO

EN QUE CONTINÚA LA VIDA

I

Juan Dayel, consumido pausada y silenciosamente el almuerzo, meditaba. La madre Machel, respetuosa ante aquel recogimiento, y acobardada por la frialdad que él mostraba desde la víspera para evitar comadreos, le había servido discretamente, sin despegar los labios. Juan había comprado periódicos, y los iba desdoblando, maquinalmente, uno tras otro, recorriendo sus columnas sin llegar á penetrar un solo pensamiento, sin leer más que con los ojos las frases y palabras que danzaban en su cerebro zarabandas locas (— *locas*, — repetía él), vacías de sentido.

Leía ó procuraba leer, curioso de saber los últimos acontecimientos, de reanudar la vida. Ciertas frases le recordaban cosas que él había visto (— mucho tiempo atrás — pensaba), las periódicas fases de la vida parisiense, las mismas, casi idénticas, á cada estación, placeres en los cuales se había mezclado en otro tiempo, funciones teatrales en que debía haber desempeñado un papel, alegrando la vida propia ó la ajena. Nombres de antiguos amigos, de compañeros del arte, pasaban escoltados de benévolas alabanzas ó de epítetos guasones.

Y se preguntaba quién lo había reemplazado en la Ópera aquel año. ¡Algún rival, sin duda! Después de todo, ¿qué le importaba? Un « eco » anunciaba la aparición de un libro de otro compañero, un muchacho joven á quien él había conocido de oscuro-cancionista, componiendo romanzas insulsas que firmaba con seudónimo. Otros continuaban haciendo su obra, ó gozando los resultados de sus tareas. Algunos, entre los nuevos, vibraban de esperanza, como él mismo en otro tiempo; palpitan pensando en el triunfo posible, ó en el fracaso que los volvería á hundir en la oscuridad por algún tiempo, quizás para siempre. También él había luchado como aquéllos y otros muchos, ya triunfantes y poderosos, había pasado por aquellos trances, había sentido latir su corazón la víspera de la batalla, jadeando de impaciencia,

fluctuando entre la esperanza y el temor ante la terrible alternativa.

Entre los que él conocía, algunos habían subido algunos peldaños, en su ausencia; otros, por el contrario, se habían quedado atrás, dejándose adelantar por otros más fuertes. Quizás, alguno había muerto: él había estado loco.

El Siglo XX, el periódico que, organizado por Claudio Bassac, sobrevivía al trágico fin de su fundador, decía en la sección de teatros: « El drama tan impacientemente esperado de Roberto Antoc, *La Waina*, ha empezado ayer á ensayarse en el Odeón. El estreno se verificará con seguridad en el trascurso del próximo noviembre. En ausencia del poeta, uno de sus buenos amigos, y además querido compañero nuestro, se encargará de dirigir los preparativos para la representación de esta obra, destinada sin duda á obtener el mismo éxito que las anteriores. » Otro periódico, *El Scapin*, órgano de la vida galante y ruidosa, reproducía la noticia pero en otra forma, comentándola humorísticamente. El suelto terminaba en punto, con un juego de vocablos en que el ingenioso revistero había introducido el nombre del músico á manera de chiste picante.

Así, aquella obra, sobre la cual tantos nobles proyectos y tantas alegrías futuras se habían fundado, meses atrás; que, ideal feliz, había despertado tantas y tan altas ambiciones, estaba para

subir á la escena, y bien pronto iba á valer á su autor un nuevo triunfo. Y para él, el burlado y escañecido por la muchedumbre, siempre gozosa en insultar una desgracia; para él blanco de tradicional mofa, sería únicamente una ocasión más de recordar sus proyectos de colaboración, prematuramente anunciada, y de servir de risa, con sus íntimas heridas y su avivado dolor. Aquella era la obra á que él debía haber unido su nombre, de la cual esperaba la gloria definitiva quizás, en la que había dejado, antes de enloquecer, parte de su propia alma. Había sido un cebo aquella esperanza. Ahora veía claro, comprendía el móvil de Antoc, lo premeditado de su traición de largo atrás calculada; el traidor le había fascinado con el espejismo de la colaboración, sólo para acercarse á Marta, á su querida Marta, á su mujer, que él le había robado.

Era una nueva ofensa á su personalidad de artista: porque en aquel tiempo pasado, nada, en las aduladoras y engañosas palabras del poeta, se había dirigido al músico; iban sólo dirigidas al marido, al eterno ridículo, al burlado de ayer, de hoy, de mañana.

Tiró los periódicos, furioso, sintiendo rearder en su interior alocadas iras. Se indignaba contra sí mismo por aquella curiosidad en buscar recuerdos de lo que había sido antes; se acusaba de estúpida

vanidad. Se reprochó el haber querido mirar de nuevo á la vida y mezclarse á ella, él de quien la existencia se había burlado hasta privarle largo tiempo de la propia alma.

« ¡ Su alma! Era para que sufriera aún penas más angustiosas, para lo que le había sido devuelta. » Aquellas palabras concernientes á él, aquellas frases indiferentes ó cruelmente burlonas que acababa de leer, y que habían hecho volver á sangrar su reabierta herida, retinían en sus oídos como una canción importuna oída en la calle, en un día de sufrimiento, y que como un acompañamiento obsesivo, del que no puede uno librarse, recuerda la causa del dolor, cada vez que éste se renueva.

Acodado en aquella ventana, que tantas veces había encuadrado la fina silueta de Marta, la amada de otro tiempo, Juan Dayel revivía las escenas de un larga carrera de dicha y de pasión. Por su cerebro iban desfilando, como serie de grabados que ilustran un libro, risueñas imágenes, impregnadas de la punzante melancolía de las alegrías muertas.

Ya que había desertado durante un año de la vida común, quería continuar solitario algún tiempo, y evitar encuentros y miradas curiosas que furtivamente trataran de estudiar su fisonomía, casi infantil otra vez, y descubrir en ella las huellas de sus tormentos.

Quizás le creían aún demente; era un desaparecido, un ser pasado, que ya no podía interesar sino á los escritores festivos y fabricantes de chistes. Aun para esto era necesario que el azar de la actualidad pasajera volviera á sacar á luz su nombre. Él, tan interesado en otro tiempo en las alegrías y dolores de la muchedumbre, él, el enamorado, el cancionero de los humildes, el artista que los regalaba á la vez con sus versos y con las melodías con que los interpretaba, él ahora odiaba á esta muchedumbre, en la que no veía sino ojos burlones, ávidos de saciarse en su tormento. La gente se divertiría en grande con la cruel anécdota: tal era el gusto del público, y para satisfacerlo, esgrimíanse á porfía las plumas de los periódicos aprovechando la menor ocasión para esparcir risas y sonrisas, que compensasen el llanto.

Juan Dayel veía, por aquella breve lectura, cómo se fabrican en París las opiniones para pasto de la gran masa carneril. Basta que cualquiera dé la señal diciendo: esto hay que pensar, ó mejor que sepa resumir los instintos de todos en su pomposa y baja vulgaridad de alma, para que inmediatamente fluya la baba del espíritu, la calumnia; tan cobarde y mal nacida como el escarnio.

Roberto Antoc sería celebrado, no tanto por el talento desplegado en su drama, cuanto por la publicidad de su aventura; de su villanía. Pero

« villanía » era poco. De su crimen de amor. *De su crimen*, simplemente.

No se guardaría ningún rencor á Roberto Antoc. Era un símbolo de la fuerza, resumía en sus fantochadas las granujerías secretas, la destreza de escamoteador que se necesita para seducir al pueblo. Sabía hacer reír las cabezas de la hidra, en mil contorsiones grotescas de ruin alegría.

Era su instinto de comediante, lo que había hecho á Antoc popular, eso y su retórica de relumbrón, á propósito para encandilar y fascinar con las brillantes facetas de su falsa pedrería, las miradas de todos.

¡Cómo le odiaba ahora Dayel con toda su impotencia para vengarse de tantos dolores, con que había fabricado el otro su celebridad! Resumía todas las ruindades, todos los bajos apetitos indómitos, en su alma vacía que hábilmente disfranzaba, presentándola á través de un prisma de seductores matices.

Como en sus grandes tristezas de otro tiempo, se sentó Dayel, ya más calmado, al piano que, maquinalmente, ahora como entonces, acababa de abrir. Largo rato estuvo esparciendo, como bál-samo bienhechor de sus pensamientos, ondas de melodía, en que pasaban, armonizadas, reminiscencias que ningún editor reconociera. Volvieron á su memoria versos que le habían gustado por su

verdad sencilla, por su dulzura modulada en claras estrofas, en que la esperanza renacía de muertos dolores, gérmenes de nuevas alegrías tanto más vivas y amadas, cuanto más intensas habían sido las pasadas tristezas.

A medida que se desgranaban las estrofas de esta canción de otoño, Dayel sentía volver la calma á su fatigado cerebro. Era bien verdad, la frase con que la vieja paisana le había recibido; frase inconsciente y profundamente filosófica que encerraba todas las alegrías y todas las penas: « Pobre señor, todo acaba y todo vuelve á empezar. » Verdad también el pensamiento de un poeta provenzal: « Quien canta su mal encanta. » Sí; la madre Machet, sin saberlo, había expresado sintéticamente el secreto de las fases sucesivas de las sociedades humanas, la lenta caída del tiempo con sus tristezas, sus placeres, sus entusiasmos, sus ilusiones, huidas y vueltas á aparecer; la vida.

Sin embargo, él no quería volverse á aventurar en la lucha, á lo menos por el momento. París, las antiguas relaciones, los lugares que había atravesado con Marta, la grácil rubia, radiantes ambos de felicidad y de verdadero amor, le asustaban.

Pero iría á buscar á su hija, la niña de nieve y rosa, de la frente nimbada de oro fino, de los ojos profundos, luminosos y claros; la Marta, parecida, como una miniatura de niña al retrato de la mujer,

en su frágil y rubia delicadeza y en su belleza minúscula, á la otra Marta que él había querido. Mal que le pesara, y aunque no osase confesárselo, la quería aún con toda su alma, por todas las caricias pasadas, por su debilidad y su encanto de niño mimado, á quien se perdona la inconsciente crueldad. Toda la personalidad de Juan, toda su alma desbordante de involuntaria ternura, se lanzaba tras la Ausente, en un ímpetu que él no podía refrenar, á pesar de las momentáneas rebeliones de su dignidad pisoteada.

Con la niña se arreglaría un retiro en su casita, la Casa de las Rosas. Le cantarían melodías que no necesitaría rebuscar. Para ellos solos, ya eran bastante ricos. Enseñaría á su hija á bastarse á sí misma intelectualmente, á no dejarse engañar con palabras; la enseñaría á amar la Belleza, y á descubrir las fealdades humanas. La pondría en guardia contra las ilusiones engañosas; contra el amor.

Pero todas esas resoluciones (bien se daba él cuenta), no podían convenir á un alma tierna y ardiente; joven su Marta, y parecida á la otra, que él amara, se prendaría de quiméricas ternuras como su madre, como él, como todos; porque, sencilla y exactamente lo había expresado la vieja, en su trivial vulgaridad de palabras: « Todo acaba y todo vuelve á empezar. »

Juan salió, como los días anteriores buscando ambientes tranquilos en que gorjearan los pájaros y cantara el ramaje remecido por la brisa, haciendo el bajo al cadencioso susurro de las hojas, al murmullo del agua, al aleteo de los pájaros asustados, y al chirriar de los insectos entre la hierba.

Sus ojos, libres de recorrer la inmensidad de los horizontes, no podían satisfacerse con las manchas de vivas tonalidades en que se matizaban las lejanías: placíanle más las flores, la delicadeza de sus corolas entreabiertas en la primera floración. Quizás no se daba exacta cuenta de lo que pasaba en él, no veía que su alma estaba nuevamente ávida de la vida que repudiaban sus labios, de la vida de la naturaleza, que, apagados los ardores de la demencia, retemplaría las fuerzas de su renovado ser, después del sueño de su alma, sumida en prolongado letargo, con las primeras conmociones.

Por la noche, vuelto á casa, y sentado solo ante la sopera que humeaba hacia el techo difundiendo confortante aroma, sufrió, aún más que los días anteriores, de su soledad, del vacío de la Casa de las Rosas. Pensaba en la niña, la pequeña pareja de la amada, y trataba de imaginarse los cambios sobrevenidos en ella desde un año atrás que no la había visto.

Ella sola con sus risas, su garrulería cristalina y su vivacidad, haría revivir la casa, cuya alma había

huído al mismo tiempo que Marta, la blanca alondra, y con ella.

— Esta noche tiene el señor mejor cara, se aventuró á decir la madre Machel, con su voz temblona de vieja aldeana hecha instintivamente á la servidumbre. Son los aires de Lisé los que le han puesto en tres días tan coloradote, que á no ser el bigote pareciera un niño Jesús.

Dayel, fijando en la buena mujer sus ojos claros y azules, velados de incertidumbre y como por una muselina de tristeza, murmuró:

— Mañana por la noche quizá seamos dos á comer, madre Machel.

— ¡ Ah! — exclamó ella; — el señor piensa ir á buscar á...

— Á Martita, mi hija, se apresuró á interrumpir el músico. Me marcharé por la mañana para volver con ella.

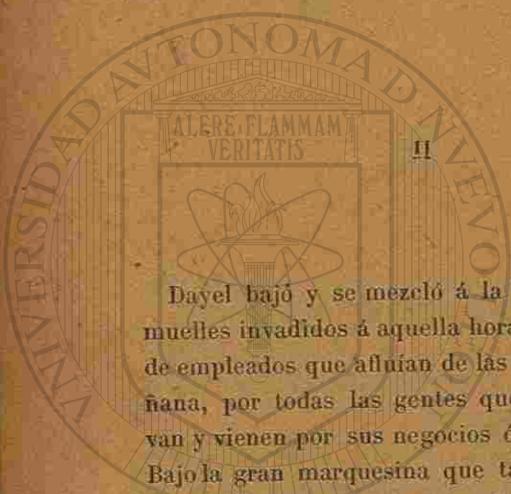
— Trae suerte, señor Dayel, tener un niño en la casa.

ensayos, estrenos ó entrevistas con editoras ó compañeros, le llamaban á París.

¡Cuántas veces, anochecido ya, en invierno, había pasado por allí, bajo la azulada luz de los globos eléctricos, llevando del brazo á Marta, graciosa y provocativa, la cabeza encapuchada de encajes que se anudaban sobre el pecho, ó coquetonamente cubierta con un minúsculo sombrero, envuelta en una larga capa de seda que la hacía aparecer aún más grácil, con un encanto de pájaro rubio de ojos de pedrería! Aquellas eran noches en que iban á alguna diversión, al teatro, ó en que también, á veces, no sabiendo cómo pasarla, se arriesgaban en ciertos lugares de placer algo canallesco, dándose la satisfacción de gustar lo prohibido y rebelarse contra las conveniencias sociales.

Juan Dayel marchaba en la oleada de gente heterogénea, alegrada acá y acullá por femeniles notas de lujo ó elegancia, visos de seda, cintas y plumas, suavidades de oscuras pieles en torno á las rosadas caras, animadas por el brillo de los ojos bajo los velos.

Atravesó las grandes salas, entre el ir y venir apresurado de las gentes, y se encontró en la plaza del Havre, deslumbrado y arrastrado á su vez por el exuberante bullicio que le rodeaba y que hacía en su cerebro renacer la vida: él recorbada haber formado parte de aquel ser enorme, monstruoso y



Dayel bajó y se mezcló á la barahunda de los muelles invadidos á aquella hora por la avalancha de empleados que afloran de las afueras cada mañana, por todas las gentes que cuotidianamente van y vienen por sus negocios ó por sus placeres. Bajo la gran marquesina que tamizaba la luz grisácea del cielo otoñal, atronaban el andén miles de voces, en zumbante conversación, ó llamándose á gritos, taconeo y arrastrar de pisadas, rular de carretillas con equipajes y de trenes, que entraban ó salían resbalando sobre los railes pulidos y relucientes, chillidos que rasgaban el aire, y jadear de locomotoras que lanzaban negras humaredas.

Algo chocado por esta barahunda, de la que estaba hacia mucho tiempo desacostumbrado, paseaba el músico sus miradas, pasado el primer aturdimiento, por la estación de Saint-Lazare, que con tanta frecuencia solía atravesar antes, cuando

magnífico, París, la inmensa ciudad palpitante.

Aun permaneció un momento ausente de aquella existencia, contemplando la vida del monstruo como espectador desinteresado, observando el movimiento de sus innumerables miembros, como un profano miraría moverse una máquina colosal, cuyo mecanismo acabarían de explicarle, y que cien veces hubiera antes visto funcionar sin entender las causas de aquellos movimientos.

Juan Dayel no osaba volver á meterse entre aquellas gentes que sufrían y hacían sufrir alternativamente, por miedo de ser engranado, á pesar suyo, en el mecanismo, y verse de nuevo agitado entre ambiciones y codicias, odios y tristeza. Temía el contacto con la sociedad de los hombres, después de haber vivido un año entero en el ensueño.

Y, á pesar del horror de ciertos recuerdos que como un eco reproducían en su memoria los primeros tiempos de la demencia, cuando había que domarlo violentamente como una fiera; sintió nostalgia de aquella paz adormecedora y de aquel olvido, sintióse demasiado débil para nuevas luchas temeroso de nuevas esperanzas por los crueles desengaños que acarrearían.

Tenía miedo de París, donde es necesario ser fuerte; de París, símbolo de la humanidad que goza y sufre, de la vida. Decididamente se quedaría en

Lisé: el alma de su hija, de la segunda Marta, abriéndose como una flor lozana, alegraría su vida, le arrullaría como una canción.

Otro temor más preciso asaltó á Dayel: tuvo miedo de ser conocido de los péfidos sueltos que publicaría en tal caso cualquier repórter. No quería volver á ver á sus amigos de antes, mortificado por la admiración que adivinaría en ellos, cuando le vieran libre. Se asustaba de la molestia que le causarían las miradas de los conocidos de antes, de los tiempos de idilio; la burla, aun imaginaria, que creería leer en todas las caras conocidas. La compasión, sobre todo, le sublevaría, aguijonearía su dolor adormecido, evocando imágenes vagas de cosas esfumadas en la bruma del pasado haciéndolas otra vez presentes, renovando su martirio.

El simón bajaba por el bulevar; y desde el fondo del coche, veía Dayel desfilar la actividad matinal á lo largo de las anchas aceras, en cuyos bordes erizaban los árboles su ramaje medio desnudo. Eran las diez, cerca: transeúntes atareados pasaban sobre el asfalto. Tan temprano no afluían los ociosos, como al atardecer; veíanse obreras lindas, palmitos vestidos con cuatro trapos pero revelando en algún detalle el deseo de agradar, espoliques con cartones ó lios de género en un pañuelo negro atado por las cuatro puntas, mozos de cordel doblados bajo pesados cajones, gente de la clase media

aguijando, ocupada. Apenas algún vejete aficionado á la carne fresca, ó algunos desocupados al acecho de placeres fáciles, se veían por allí.

Juan se inquietaba ante toda aquella actividad, y se preguntaba si era posible ausentarse voluntariamente de la vida, aislarse encerrando sus pensamientos en los límites que el espíritu quisiera asignarle. Sin embargo, á medida que el coche se iba internando por barrios populosos, la vida aparecía más laboriosa, más ruda é intensa, en los rostros de los transeúntes, en el aspecto de las casas, parecidas á colmenas humanas, en el mayor movimiento y estrépito, en el ir y venir más atareado.

En la plaza de la Bastilla, las últimas hojas que aún verdeaban en los árboles del bulevar Enrique IV, recordaron á Dayel el paisaje querido de la isla, la vida en su cuartito iluminado por los rubios cabellos de su Marta de otros tiempos. ¡Oh! ¡Aquellos cabellos tan rubios de su adorada! ¡Nunca jamás!

En el arrabal en que entraba, otros recuerdos, los de la casa paterna, allí próxima, le distrajeron. Antiguos episodios de su vida infantil revivían en él, á la vista de ciertos sitios que antes frecuentara: la pastelería donde al salir de la escuela solía comprar golosinas; las exposiciones de muebles tantas veces admirados por sus ojos ávidos de aquel lujo ostentado. Las caras de los tenderos que aparecían

en el umbral de sus establecimientos bajo la muestra de la puerta, eran también las mismas, ó por lo menos muy parecidas, trabajadas por las mismas satisfacciones y los mismos dolores.

Por fin, en la esquina de la calle de Crozatier, en una enrucijada de mucho movimiento, atestada á aquella hora de carretones cargados, en torno á los cuales acudían las criadas, como hormigas que se dividen sus vituallas para llevárselas repartidas, se detuvo el coche.

En la plaza, á lo largo de los edificios estaban aglomeradas multitud de cosas, legumbres, frutas coloradas, blancas, entremezcladas con toda la gama del verde, flores en manojos, ó unas sobre otras; crisantemos de morada ó parda cabellera, carmíneos ó sonrosados, de un matiz de carne, rosas rosadas y blancas, rosas té, y ramitos de violetas.

— ¡Es nuestro sobrino Juan! Buenos días, sobrino; dijo con voz cascada una mujer alta, delgada y huesuda, abriendo la puerta de la vivienda. Era una mujer sin edad determinada, de manos coloradotas y deformadas por las faenas caseras, de cabellos castaños, plateados á trechos y partidos en dos crenchas lisas, sobre la estrecha frente, donde dos arrugas acusaban una voluntad tenaz; asaz grandes los ojos, de un gris compacto, la boca ancha, de labios delgados, recta la nariz é inflada

en la base, pronunciado el mento. Una camisola de lana gris acusaba su pecho, aplanado, y vestía el talle que se cuadraba, desmodelado, sobre largas piernas terminadas por unos zapatos agujereados en los dedos.

— Tienes que dispensar, Juan; estoy ocupada en mis tareas....

— ¿Y Marta?

— Ahora vuelve, estate tranquilo. ¡Qué bien se ha vuelto á poner desde su enfermedad! Entre esto y las ideas de señorita que ella tiene. ¡Con nosotros ya le hubieran pasado, ya!

— ¿Y el tío Francisco, está bien?

— Trabajando. Lo que es él no tiene tiempo de cantar y tocar un piano, no....

Y repetía la eterna lamentación, contaba la dura vida del pueblo; los paros que se sentían en el estómago... Francisco Dayel era un hombre de bien, ciertamente, y un buen marido. Algunas copas de más los sábados, por causa de los amigos.... Pero ya se encargaba ella de ponerle las peras á cuarto. Era una mujer de fibra, de una honradez rígida, instintiva. No podía admitir el menor extravío porque no comprendía sus atractivos; dura, en su estrecho criterio de ignorante trabajadora y rencorosa, no tenía pelos en la lengua, cantaba sin indulgencia las verdades á cuantos la rodeaban.

Juan recorrió con la vista las dos piezas, pobre-

mente amuebladas, que comunicaban entre sí, la exigua entrada con un oscuro recodo, la cocina en que chirriaba una sartén, junto á la ventana, que se abría sobre un patio estrecho, de donde subían hiedores de pringue. Todo meticulosamente limpio, pero desnudo, con esa desnudez de las viviendas en que nada parece personal á sus habitantes. Algunos *bibelots* baratos y flores artificiales en floreros de vidrio de color, añadían á la triste vulgaridad, el aire de la miseria decente.

Sonó clara la campanilla, y Juan, henchido el corazón de súbita alegría, feliz por librarse de las miradas furtivas de su tía, que trataba de curiosear en su rostro las huellas de la pasada locura, corrió á abrir, de un salto.

— ¡Ay! — exclamó la chiquilla con una bellísima risa de alegría — ¡Eres tú! ¡Papá! Me habían dicho que podía ser que no volvieras más..... y después que volvías. Me vas á llevar contigo, ¿verdad? Y me pasearás por los bosques donde están escondidas las hadas. ¿Eh? papaito.

— Así, así son los niños, refunfuñaba la tía. Se los cuida, se les da de comer meses y meses; y luego no piensan más que en irse, sin dar las gracias.

Marta no la escuchaba; había puesto sobre la mesa los encargos que traía, y, sentada luego en los rodillos de Juan, cogía con las dos manos la

cabeza de su padre, sus ojos en los azules ojos de Dayel, velados por tierna emoción.

— Sí, mi Martita, decía él. Oiremos cantar los pájaros y las hojas. Te adornarás la cabeza con rosas y margaritas, y jugarás conmigo en el jardín.

— Y tú tocarás los grandes dientes blancos y negros y los harás cantar como los pájaros.

— Es bien tuya, esta chiquilla — interrumpió la tía. No quiere oír hablar más que de cosas que divierten.

— Es joven, tía, repuso Dayel. ¡Es tan bueno ser pequeño y amar las cosas bonitas sin conocer otras!

— De todos modos, no son buenas esas ideas.....

Las lentas pisadas del carpintero sonaron en la escalera; Sofia Dayel fué á abrirle antes que llegase á arriba.

Y así que entró:

— ¡Ah, ya tenemos al sobrino! — dijo. Me alegro, muchacho, me alegro de veras de que estés ya bien. No hay que ser así; no vale la pena repudrirse la sangre, por animaladas. ¡Estos artistas todos son los mismos, siempre locos!.... ¿Y qué dice la parienta? ¿Cómo está ese almuerzo? Hace hambre, hoy.

En la mesa, la conversación decayó. El carpintero afectaba tratar á Dayel como á un niño poco sensato, y la parienta parecía empeñada en moles-

tarle, con lamentaciones mezquinas, zahiriendo su aristocracia de instinto, más refinada aún en la niña.

Marta llena de alegría, charlaba por los codos, saltando de un asunto á otro, de anécdota en anécdota, como un jilguero de rama en rama. Desde que se callaba la niña, las frases bonachonas de Francisco Dayel y el agrio falsete siempre exasperado de la tía, enervaban al músico, le producían un agudo sufrimiento. La pobreza del cuarto, la vulgaridad de aquellos parientes, sobre todo, que él sentía tan extraños á él, á su hija, tan delicada y sensible, le entristecían el alma.

Juan pensaba que su Martita había debido de llorar muchas veces, á escondidas, afligida por las palabras duras, por las frases groseras cambiadas entre marido y mujer, en las aciagas noches de disputas. Más de una vez se habría visto rechazada con desabrimiento, al querer expresar alguna de las mil cosas que bullían en su cerebro. Su madre y él habían tenido la costumbre, en otro tiempo, de contarle cuentos, que la niña escuchaba con la boca abierta, y resumía luego en pintorescas frases, haciendo preguntas sobre aquello que no comprendía, sobre los héroes y las hadas de que hablaban aquellas historias.

De este maravilloso ideal que ella se forjara, había caído de repente entre dolorosas realidades,

en súbito contacto con las durezas de la vida, con las tristezas de la pobreza; y, como un retrato de marquesita antigua arrojado por el azar en las promiscuidades de una prendería, aquella joven alma quimérica se encontraba extraña, entre seres puramente vegetativos, en quienes no sobrevivía más instinto que el de la vida vulgar.

Distraidamente, después de comer, Dayel escuchó al carpintero llorarle miserias, y arregló las cuentas, la pensión de la niña, sin querer discutir nada, ansioso de acabar de una vez con los regateos. Dióse cuenta de la debilidad de su tío, comprendiendo que no hacía más que repetir la lección que le había enseñado el ama de casa. Todo esto le hacía concebir una gran antipatía por el pueblo, á quien antes amara sinceramente, pero cuya bajeza de alma le sublevaba ahora.

Martita había querido ponerse guapa para ir con su padre, tan bueno y tan cariñoso; y, en elegante *toilette* de niña, partió con él por la escalera, en cuya barandilla se pegaban los dedos, si, por acaso, llegaban á tocarla. Juan se marchó con el corazón oprimido por el espectáculo de aquella casa llena de gritos, que descubría, en su ruindad, la gran inercia, la miserable lasitud del pueblo.

Pero bien pronto, á medida que se alejaba el coche en que Dayel estrechaba contra sí á aquella criatura feliz, las melancólicas impresiones del mú-

sico se disiparon en la alegría; la alegría, largo tiempo olvidada, de no estar ya solo, de oír sonar en sus oídos frases de cariño, de escuchar las dulces palabras de su pequeña enamorada.

— Papá, exclamó ella de repente, ¿verdad que me llevarás allí, un día, cuando sea grande?

Y señalaba á la Ópera, como dormida á aquella hora; el sitio donde, según le habían dicho, dirigía su padre todo un pueblo de músicos, en las noches de baile.

— Más adelante, dijo Dayel. Pero, ¡te va á dar miedo, quizás, todo aquello!

— No, repuso ella vivamente; mientras su padre contemplaba á París, bullente en su fiebre de ambiciones y apetitos, de ideales y desilusiones, de alegrías que eran semilleros de penas, de irremediables desesperaciones; París entregado á la vida.

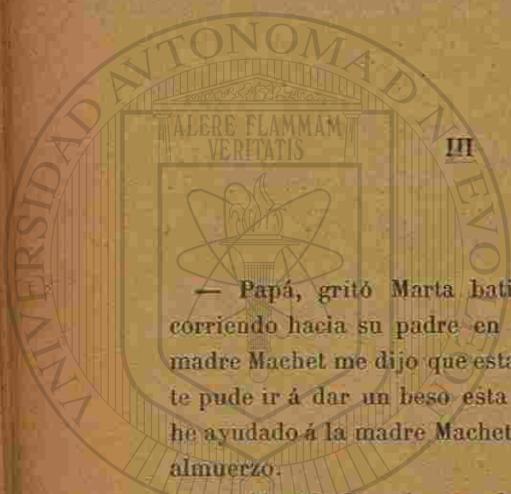
¿Me reñirás porque no te he dicho nada antes? ¡Si vieras cómo me gusta hacer jardines!

— No, hija mía, no me enfado por eso. Creí que no iba á gustarte estar aquí sola conmigo; pero ya veo que te sabes arreglar. Quiero, sin embargo, que trabajes un poco, también. Te doy vacación hasta mañana, nada más.

Marta se quedó pensativa, adelantando los labios en una mueca de niño triste, que no se atreve á reclamar contra una resolución que siente ser decisiva. Había soltado la mano de su padre y marchaba á su lado rozando con el compás de sus brazos su flotante vestido de grueso paño verde oscuro, sobre el cual asomaba su cara delicada, pálida, sonrosada apenas y nimbada por una áurea espuma de rizos. La rubia cabellera le formaba coquete sobre sus ojos de esmeralda salpicados de chispas, y caía en bucles encuadrando su rostro de muñeca mimosa y pensativa.

— Papá, ¿es que me quieres mandar otra vez á alguna casa triste? ¿á un convento, para que me tengan encerrada? ¡Yo que le decía á la madre Machet que me gustaba tanto estar aquí, entre las flores, contigo, y con los animales, con el perro que ya es muy amigo mío! ¡estar entre las flores y los árboles donde cantan los pájaros!

Dayel escuchaba con delicia la perlada melodía de cristalinas y frescas sonoridades, que derrama-



— Papá, gritó Marta batiendo las palmas y corriendo hacia su padre en el soleado jardín; la madre Machet me dijo que estabas durmiendo y no te pude ir á dar un beso esta mañana. Después la he ayudado á la madre Machet, ¿sabes? Ya verás el almuerzo.

— ¿Ah sí? ¿Tú sabes ayudar? Pues, ya que has sido buena, nos iremos á pasear toda la tarde; iremos por los bosques y á la orilla del río, y volverás con las manos cargadas de flores, que cogemos entre los dos.

— Ven á ver, papá: he empezado á hacerme un jardín en un sitio donde no había ninguna flor: voy á plantar balsaminas; y luego Lino, el jardinero, ¿sabes? ese viejo que tiene la cara como una manzana arrugada con los ojillos muy pequeños y relucientes... pues ése me ha prometido semillas de girasol, un peral y un rosál de flores coloradas.

ban en él las palabras de su hija, a tristada un instante ante la idea de ver su alma abandonada entre almas extrañas, entre gentes que no sabrían quererla como él, ni comprender sus deseos y sus caprichos, y á las cuales no se atrevería ella á comunicar las cosas que pasaban por su cabecita, por miedo de que la riñeran.

Dayel veía su vida entrando en una nueva fase, más tranquila y más dulce, exenta de pasión, y muy vacía aún, pero en que la desilusión vendría más tarde y más atenuada: aun quedaban largos años antes que se viese forzado á separarse de Marta, antes que, hecha ya mujer, se hallase madura para el amor y las penas, las engañosas esperanzas y las dolorosas decepciones. Dayel sonrió de verla tan desolada, y, alzándola en brazos hasta la altura de su rostro, en cuyos ojos encendió el placer de verse amado, un fulgor pasajero.

— Seré yo, nenita, le dijo, tu maestro. Yo te enseñaré todo lo que se puede aprender en los libros; y unas hermanas se encargarán de las labores. Así nos distraeremos y nos haremos los dos muy sabios; y tú, para darme gusto, no serás perezosa, y te harás una persona de provecho. No nos separaremos sino mucho más adelante.

— Sí, repuso ella, con la decisión de quien conoce su belleza precoz y su próximo poder; — cuando tenga un novio. Pero le haré que espere.

En el tono en que esto fué dicho vió Dayel nacer en su chiquilla toda la crueldad instintiva de su sexo. Ya dejaba entrever un placer agudo, en el sufrimiento de que ella misma sería causa. El padre volvió á dejar á la niña en el suelo, y la miró. Era verdaderamente bonita, con toda la belleza fina de su madre, la grácil rubia que le había vuelto á él loco.

Se había sentado en un sillón de paja, bajo un árbol, en el mismo sitio en que tantas plácidas noches se había sentado junto á él Marta, la adorada tan pronto ingrata, en aquellos felices tiempos de coloquios arrullados en la paz nocturna por el susurro del follaje; que acompañaba las palabras de amor murmuradas apenas, la alternada sucesión de quedas voces.

En la niña revivían todas las bellezas amadas, como una miniatura fiel encierra todos los rasgos del original.

El corazón de Dayel latió más violento en su pecho: tuvo miedo, un instante, de recomenzar en espíritu la dura subida de su calvario de amante, miedo de la flagelación intelectual de los recuerdos, y de las tristezas, que hacían más lacerantes y crueles los cuadros entrevistos en las lejanías del pasado, cuadros de voluptuosas horas y de caricias, de que estaba para siempre privado.

Sin temor á que las reminiscencias pudieran

llevarle de nuevo á la triste desesperación de los días trascurridos en la soledad de su hogar vacío, hizo hablar otra vez á la niña, quiso aturdirse con su garrulería de pájaro, ahora que en su cuerpo, fatigado con intensa fatiga, se había despertado ya el espíritu, ahora que no estaba ya ausente de la vida.

Y todos sus rencores, todos sus sueños grises y negros, se fundieron en temor, que crecía en su espíritu á medida que, penetrando más hondamente en el alma de su hija, descubría en ella los embriones de los pensamientos que habían de formar la mujer futura : también ella iba á ser, seguramente, manantial de alegrías que originarían sufrimientos, para los hombres que la amaran.

Quizás la gracia infantil de su Martita sería, en la mujer seductora y perversa, punto de partida de dolores y desesperaciones. Pensaba en las decepciones que iban á causar más adelante aquella belleza, aquellos ojos de pedrería salpicados de oro, aquellos labios atrayentes como frutos tentadores y engañosos para la sed del viajero del amor, aquella esbelta silueta en que madurarían los encendidos frutos de la carne, venenosos para los que, con demasiado ardor y sinceridad, llevan á ellos sus bocas ávidas de placer.

Marta, la niña de los ojos claros salpicados de chispas, le apareció un instante en su grácil be-

lleza, tan parecida á su madre rubia y amable, tan mujer ya, que cerró los ojos, porque sintió girar en su cabeza dolorosas quimeras y recuerdos atezadores de las almas tieñnas, vislumbró la imagen de un espectro cuyo soplo le heló la frente, la locura. Felizmente blancas alas de una cofia, encuadrando una cara de anciana, temblaquearon ante la entrada de la Casa de las Rosas, y la voz de la vieja criada despertó á Dayel de la alucinación en que flotaban sus extraviadas miradas.

Entró con Marta, la alegre niña, y sentados uno frente á otro, padre é hija, se pusieron á almorzar, cambiando frases de alegría y proyectos pueriles en que se complacía el cariño del artista, abierta de par en par la ventana sobre el campo radiante de color al sol de mediodía, un espléndido sol de fin de verano.

Toda la tarde estuvo Dayel recorriendo con su hija sitios queridos. Encantaban á la niña las sorpresas que á cada paso les proporcionaba el camino, las negras moras purpuradas por el morado jugo en que se teñían sus rosados dedos, las bellotas que cogía al borde del camino, las bayas de acebo que venían á picotear, en bandadas, entre los espinos, pájaros ávidos y querellosos, ensordeciendo á chillidos, y alzando el vuelo al menor susto, al ruido de las pisadas que los espantaban.

Pasearon á lo largo del río, y Marta se divirtió

en adornarse de nenúfares blancos que Dayel le cogió, y que ella se fué colocando en el pecho del vestido. Engalanada con largas hojas alternadas de plantas acuáticas, tomó el aspecto de una pequeña ninfa surgida del agua murmurante y vagando por la orilla.

La niña se detenía, entusiasmada, á mirar á las arañas, de largas y finas patas negras, andar sobre el agua, rizando apenas el espejo en que se quebraban las cañas al reflejarse en las profundidades, entre las temblorosas algas. Seguía con sus ojos el vuelo de las golondrinas que, á caza de pintadas mariposas, rasaban el agua con sus largas alas.

Sentado en el ribazo y escuchando sin percibir más que la música, las melodiosas armonías que perlaban la voz de la niña, tan parecida á la rubia amada, Juan Dayel recorría con los ojos las riberas, que coronaban, en largas cintas, los matices del ocaso, y las colinas, á trechos verdes, rojas, doradas ó violáceas. Las lejanías grises y azules, en que moría la luz radiante con metálico brillo de cobre, de oro y de plata, le aparecían como una decoración de apoteosis en que se disipaban sus melancolías, arrulladas por las canciones del fin del día, el himno del ramaje remecido, el chirrido de los insectos entre las hierbas, el susurro de la brisa en el follaje; la agonizante canción de los seres y de las cosas, unida á la voz clara de Marta,

su niña, cuya blonda silueta se destacaba sobre el azul del cielo entre los árboles; y en las murmurantes ondas veía reflejada, con borrosos contornos, ondeando á merced del temblor del agua, á la segunda Marta, miniatura más rubia y más delicada aún de la amada que le había vuelto loco.

Al atardecer volvían, silenciosos, en el crepúsculo, más oscuro á medida que se dibujaba mejor la cruz formada por Lisé con sus escasas calles entrecruzadas, entre los árboles medio desnudos. Marta, un poco cansada, continuaba muda; Juan Dayel la miraba á intervalos, y sentía en los ojos apuntar las lágrimas de su dolor reavivado, olvidado por instantes, para volver con mayor fuerza.

Cantó un pájaro, y su voz parecía acompañarles en la marcha á través de la noche. Dayel creyó oír, á través de aquella melodía, la música de su poema de dolor. Al final de las estrofas sonaban dos notas, siempre las mismas, cada vez más suaves, más tristes, más enervantes; dos perlas en treno moribundo, inteligibles para él solo, que oía en ellas, como afirmación desesperada, las palabras del poeta « nunca jamás », palabras que le obsesionaban, que le amenazaban de muerte.

Alzábase en torbellinos la hojarasca, para caer de nuevo en el polvo del camino: y á cada hoja que pisaba, al andar, con áspero susurro, parecía

destruir una alegría de sus felices tiempos, un recuerdo del radiante pasado, fijo en su memoria para eternidad de su dolor, para agonía de sus esperanzas en el frío y la negrura de su irremediable soledad, poblada por el fantasma de la querida rubia, de quien había quedado viuda la hermosa casita, la Casa de las Rosas.

IV

Por entonces aparecieron en los periódicos innumerables sueltos, relativos al regreso de los exóticos amantes : la rubia y el poeta habían vuelto; se los había visto juntos en el teatro y en los restaurantes donde comían con frecuencia, uno frente á otro. Y chistes y frases corrían por el bulevar, zahiriendo al abandonado músico : « Un rruiseñor que conserva la frente serena », afirmaba Verdet, el mordaz impresionista y caricaturista de subido color.

Antoc se había cansado de correr con Marta países extraños, de prolongar aquel éxodo novelesco y bohemio á través de los desiertos radiantes de color, entre el arcaísmo de las viejas ciudades orientales ; de las pintorescas telas de su traje de jeque atezado y las sonoras frases de sus admiraciones. Bastante había desempeñado ya el papel de jefe bárbaro robador de una beldad rubia ; bas-

tante se había disfrazado á sí mismo, mahomelanizándose, entrando en la piel del personaje que se había creado, que había sentido surgir de sus remembranzas sobre los orígenes orientales que él mismo se atribuía.

Roberto Antón no podía vivir sino en sucesivas encarnaciones: había sido vagabundo, profesor, poeta y dramaturgo, bohemio sencillamente, comediante; durante algunos años había cambiado de empleo, representando el papel de marido ordenado y buen padre de familia. Luego había vuelto á hacer el de amante nómada, que era donde más sobresalía su talento: por segunda vez, después de haber vuelto á la parte de padre, se había embarcado en una fantástica aventura, tentadora para su temperamento de cómico exaltado siempre ansioso de las tablas, ávido de exhibición, de dar en espectáculo sus amores, sus querellas, todo lo que formaba su ruidosa personalidad, toda la exterioridad de sus actos.

Era un hombre público en toda la acepción de la palabra, no dejaba á nadie ignorar el menor de sus gestos. Cansado de vagar lejos de su público ordinario, de sentirse fuera del alcance de las miradas de la muchedumbre, admiradora de las alabanzas y censuras de que era objeto, y en que se complacía por igual su instinto de luchador de parada; había vuelto con Marta á París, seguro de

que todo el mundo se ocuparía de él. Conocía á los papanatas que gozan en aplaudir á los hábiles prestidigitadores.

Durante dos meses estuvo paseando su conquista por todos los lugares de placer, exhibiendo sus amores con aquella impudencia que le acarrea siempre gran éxito. Pero comenzaba á estar cansado de la joven, cuya incesante melancolía durante el destierro que él le impusiera, le había encantado al principio como un homenaje á su fuerza, como un signo de cariñosa sumisión.

Se había complacido en seguir en ella las fases de aquel extrañamiento, en agravar las nostalgias de Marta, haciéndola internarse en comarcas cerradas, donde no era posible encontrar nadie que les recordara su pasada vida. Sin embargo, el poeta no podía acomodarse á esta perpetua ternura resignada; no le gustaba dormirse en los techos del amor; una vez recolectada la cosecha, abandonaba los campos en que la sembrara.

La misma fogosidad de Marta Dayel, sus apasionadas caricias, el absoluto abandono con que ella se le había entregado para siempre, le irritaban, porque sentía que, á pesar suyo, le imponían un deber. Soportaba la carga con impaciencia, resuelto á arrojarla de sí tan pronto como se hiciera demasiado pesada.

La vanidad de su triunfo sobre el marido le

había llevado á mostrarse por doquier, escoltando á una mujer hermosa cuyo amor desinteresado aumentaba su gloria : gozaba también en chocar las ideas rutinarias, en exhibirse como hombre superior á las conveniencias vulgares, emancipado, por su talento y por la libertad de su espíritu, de la decencia trivial, hecha para los pusilánimes y los sumisos.

Esta vanidad le había retenido algún tiempo más con su querida, aunque estaba ya saciado de ella. La conocía ya demasiado para encontrarle el encanto de la primera época de su amor; y luego era demasiado suya; había perdido el atractivo de las cosas prohibidas y disputadas, y por eso precisamente, deseadas con más ardor.

Marta era demasiado sincera, demasiado parecida á sí misma en aquel amor en que nada de ella había quedado secreto. Se había entregado á Roberto Antoc, por entero, en cuerpo y alma, desde los primeros días, arrastrada imperiosamente hacia él por una fuerza inconsciente que había hecho presa en ella, y la impulsaba como el fuego activa una máquina de suyo inerte.

Sentía que Antoc se desprendía de ella, comprendía claramente que el poeta no la quería ya, que no la conservaba sino por el orgullo de su conquista, y por el embarazo para librarse de ella después de tantos esfuerzos para ha-

cerla suya. Y para retener al poeta, esforzábale en mostrarse bien diferente de aquella Marta dulce y bondadosa de otro tiempo. Aparentaba un entusiasmo ficticio, casi de niña, ante los placeres que proponía su amante, se enmascaraba de una alegría falsa que desdecía de su delicado encanto; pero á veces sentía pegársele á la piel aquella máscara, en una crispación de todo su ser que se rebelaba.

Se acusaba no ser para él lo que hubiera debido, de no haber sabido elevarse hasta las sublimidades de su alma, porque Marta continuaba seducida por él, admirando sus tumultuosas y altisonantes poesías, los ritmos de sus versos sonoros, y la ardorosa solemnidad de sus frases de amor en que engastaba las emociones que ella misma había sentido. Así continuaba queriéndole por su robustez de macho, por el sentimiento que fulguraba en sus ojos, por las rudas caricias en que él había devorado su nervioso cuerpo de rubia delicada.

Comprendió, sin embargo, que aquello tocaba á su fin, sintió el hielo de aquel amor, cuando en los periódicos leyó crónicas en que moralistas de bulevar predicaban al hijo pródigo la vuelta al hogar, y la dedicación al trabajo, de que saldrían nuevas obras. Uno de ellos afirmaba que el poeta

no podía pertenecer á una mujer; que el público, pendiente de sus producciones, era quien tenía derecho á poseerle; y maldecía á la bella que le robaba al fecundo trabajo, acusándola de apoderarse de una cosa pública, de confiscarla en su exclusivo beneficio. La mujer legítima (la que nada significa, suponía el sin duda) acogiera al desertor arrepentido, y perdonaría, feliz al contemplar otra vez en el redil, á su pastor extraviado.

Otros filosofaban sobre las credulidades del amor, ó la trataban á ella, la mujer cándida y confiada, como una ladrona de cariños, como una de esas intrigantes que seducen á los hombres y los arrastran á las más peligrosas locuras. De este modo, ella, á quien Roberto Antoc había estado atrayendo durante meses, para cuya conquista había hecho él brillar toda la joyería de su ingenio, ella era la que lo había seducido, la que lo había robado al afecto de los suyos. Era preciso, aconsejaban los moralistas, desterrarla como á un vicio, como una diversión pecaminosa, á la cual no debía el poeta sacrificar su talento.

En todo aquello, veía ella frases rencorosas de Antoc, el desprecio, apenas disimulado, que á veces le mostraba, molestado por el mismo amor de ella, tan tierno, por las zalamerías con que le acariciaba. Él la acusaba de limitar su inspiración; de quitarle toda energía para el trabajo. Un día llegó

á decir á Marta que « le estaba robando el genio ». Á ella no le cabía duda, aquellas crónicas, firmadas por compañeros, amigos de Antoc, habían sido escritas bajo la impresión de conversaciones con él, para preparar el abandono; eran hijas de las confidencias de arrepentimiento vertidas por el poeta en los oídos de personas complacientes que servirían de intermediarios, al fin de aquella etapa á través del capricho, entre la vida independiente, el amor libre de trabas, y la situación regular, conyugal, con sus ventajas y sus comodidades.

Así es que, cuando Roberto, en el cuarto del hotel donde se hospedaban desde su regreso de Marruecos, le significó el fin de la novela, la ruptura, en breves frases de esas que la emoción impide contestar; ella se echó á llorar, sencillamente.

Y él se marchó de repente, sin retóricas en aquella ocasión (mientras ella se deshacía en llanto), dejando sobre un mueble cinco billetes de cien francos, como un honrado parroquiano después de una noche de placer.

Largo tiempo, no queriendo permanecer sola, abandonada, en aquel hotel, donde todo el mundo parecía al tanto de su aventura y de su desenlace, la pobre muchacha había andado vagando á través de las calles. Era un atardecer brumoso del fin de otoño, en el momento en que la niebla se salpica de las brillantes mariposas de los reverberos, ro-

deadas de un halo violáceo en que la luz artificial y la noche se mezclan indecisas. Iba andando entre la alegría de la gente, que apresuraba el paso, con la satisfacción del trabajo terminado, hacia el hogar donde esperaba el calor y el descanso hasta la tarea del siguiente día. Las carcajadas de las alegres grisetitas que se contaban sus placeres, las juveniles alegrías con que se codeaba al pasar, contrastaban con su profunda tristeza; todos aquellos goces sencillos aceraban su desesperación, todas aquellas risas brotadas de lozanos labios hacían subir á sus ojos nostálgico llanto.

Véase tranquilamente sentada, bajo la pantalla de la alta lámpara, con un bordado entre las manos, y su hijita sentada á sus pies, jugando con la muñeca, entreteniéndose con chucherías; y sintió inmensos deseos de llorar, que reprimió por vergüenza de ser vista, de dejar entrever á los indiferentes, á todos los que corrían á aquellos goces, que ella había perdido por seguir al Otro, al canalla, su dolor profundo, la pena que la angustiaba, que le oprimía la garganta. Por fin, después de haber entrado en un pequeño restaurán, que vió casi vacío, sin haber podido pasar bocado, la infeliz se fué á acostar, no para dormir sino para llorar, en una habitación que tomó al acaso para aquella noche.

V

Marta Dayel no quiso detenerse en la incertidumbre de un porvenir dudoso. No era de las que, arrastradas por un primer error, caen de mano en mano, vendiéndose á sucesivos amantes. Por otra parte, comprendía demasiado cuán grande había sido su falta para con Dayel, el amante, el marido antes tan adorado, para que pensara en volver á conquistarle, á pedirle perdón, á seducirle á fuerza de caricias.

Le hubiera sido preciso humillarse ante él, y su orgullo, por grande que fuera su culpa, se rebelaba ante esa idea. Él la despreciaría demasiado, aun cuando consintiese en recibirla, en conservarla á su lado. Además, ¡no! ¡No era posible! Él había estado loco á causa de ella, y su presencia podría turbar de nuevo aquel espíritu todavía débil. Le mataría quizás, con semejante tentativa, le robaría la vida, después de haberle robado involunta-

riamente, por algún tiempo, la razón, al seguir al ingrato.

En verdad, Marta conocía lo suficiente á Dayel, para no dudar ni un instante de la posibilidad de una reconciliación, de la hospitalidad que él le concedería; pero una infranqueable barrera se alzaba entre ambos, hecha de sus orgullos, de sus dolores enemigos para siempre, irremediablemente.

¡No! Era imposible. La falta había metido demasiado ruido, demasiadas burlas y comentarios, demasiadas crónicas y ecos maldicientes habían aumentado y propalado el escándalo; por ingenuo que hiciese sufrir á Juan el verse privado de ella, el perdón resultaba imposible, aun cuando él mismo deseara la abdicación de toda dignidad en el amor. Acaso ella misma le habría despreciado si la acogía; y por nada del mundo se expondría á la vergüenza suprema de un rechazo:

VI

En el populoso barrio en que Marta Dayel viviera en otro tiempo, antes del armonioso idilio, en aquella ruidosa calle del Temple, colmena de eterno trabajo, en que pasa la gente ocupada en incesante torbellino siempre renovado, habla la joven alquilado dos piezas, en un bajo, con dos ventanas á la calle. Había amueblado aquella vivienda con lo más estrictamente necesario, su alcoba y su taller, y puesto, en los derrames de las ventanas, tablas para exponer sus trabajos. Había vuelto á su antiguo oficio, segura de encontrar en el trabajo de sus manos, el pan cotidiano y al mismo tiempo distracción á sus tristezas.

En aquel ambiente en que tanto tiempo había llevado, sola y sin ambición, una vida tranquila y laboriosa, olvidaría quizás sus desilusiones, y acabaría por no ver en su memoria sino sueños, ya encantadores y pintorescos, ya torturantes, como la

misma realidad á la cual, al fin, había despertado.

Marta pasaba laboriosamente los días arreglando cintas, disponiéndolas graciosamente en los sombreros que montaba, guarneciéndolos de terciopelo y seda, perlándolos de azabache ó de granalla de oro, que estaba de gran moda aquel invierno. Entre los cambiantes del raso y de las telas finas, colocaba alas de pájaros, animalillos prestos á volar, con frecuencia del color de sus pensamientos, sea que aquellas plumas matizadas de zafiro y esmeralda, de rubies, de rosa ó de azuladas turquesas, se acordasen con los recuerdos que la menor cosa evocaba en ella á su pesar, sea que las perlas negras le pareciesen, á medida que las iba fijando en la fruncida tela, lágrimas derramadas sobre alegrías muertas para siempre, y un punto reaparecidas en su dolorido cerebro.

Lentamente, desfilaban entonces las escenas de otro tiempo, y pasaban, á modo de lejanas imágenes, ó de retratos de muertos queridos, el rostro dulce y pensativo de ojos soñadores del amante abandonado, á quien en el fondo no había cesado de querer, y la infantil carita de su pequeña pareja, tan rubia y tan amable; y ambas voces cantaban, como un llamamiento lejano, como el tañido de una campana que llega á oídos de un desterrado.

VII

Aquel día, mientras Juan Dayel, sentado al piano, dejaba ir sus dedos á merced de la pasajera inspiración, sonó de repente la campanilla en la verja del jardín, en el que los árboles, desnudados ahora por la brisa invernal, extendían hacia el cielo gris sus negras ramas como descarnados brazos de mendigos que clamaran su frío y su miseria.

El campanillazo resonó como un eco en el pecho del músico, estupefacto ante aquel incidente, desusado á tal hora, desde que Ella se había marchado, desde que con su hijita se había encerrado él en la solitaria casa, al abrigo de las últimas rosas, ya deshojadas una á una.

La vieja criada entró tendiéndole una tarjeta.

— Ah, ¡que pase!

Una débil alegría iluminó sus ojos: ¡no todo el mundo le había olvidado! Alguien se acordaba del Juan Dayel de antaño, del artista popular, el vi-

misma realidad á la cual, al fin, había despertado.

Marta pasaba laboriosamente los días arreglando cintas, disponiéndolas graciosamente en los sombreros que montaba, guarneciéndolos de terciopelo y seda, perlándolos de azabache ó de granalla de oro, que estaba de gran moda aquel invierno. Entre los cambiantes del raso y de las telas finas, colocaba alas de pájaros, animalillos prestos á volar, con frecuencia del color de sus pensamientos, sea que aquellas plumas matizadas de zafiro y esmeralda, de rubies, de rosa ó de azuladas turquesas, se acordasen con los recuerdos que la menor cosa evocaba en ella á su pesar, sea que las perlas negras le pareciesen, á medida que las iba fijando en la fruncida tela, lágrimas derramadas sobre alegrías muertas para siempre, y un punto reaparecidas en su dolorido cerebro.

Lentamente, desfilaban entonces las escenas de otro tiempo, y pasaban, á modo de lejanas imágenes, ó de retratos de muertos queridos, el rostro dulce y pensativo de ojos soñadores del amante abandonado, á quien en el fondo no había cesado de querer, y la infantil carita de su pequeña pareja, tan rubia y tan amable; y ambas voces cantaban, como un llamamiento lejano, como el tañido de una campana que llega á oídos de un desterrado.

VII

Aquel día, mientras Juan Dayel, sentado al piano, dejaba ir sus dedos á merced de la pasajera inspiración, sonó de repente la campanilla en la verja del jardín, en el que los árboles, desnudados ahora por la brisa invernal, extendían hacia el cielo gris sus negras ramas como descarnados brazos de mendigos que clamaran su frío y su miseria.

El campanillazo resonó como un eco en el pecho del músico, estupefacto ante aquel incidente, desusado á tal hora, desde que Ella se había marchado, desde que con su hijita se había encerrado él en la solitaria casa, al abrigo de las últimas rosas, ya deshojadas una á una.

La vieja criada entró tendiéndole una tarjeta.

— Ah, ¡que pase!

Una débil alegría iluminó sus ojos: ¡no todo el mundo le había olvidado! Alguien se acordaba del Juan Dayel de antaño, del artista popular, el vi-

brante y apasionado creador de alegría en el corazón de las muchedumbres. En verdad el compositor temía ahora, más que nada, el encuentro con antiguos amigos, las miradas compasivas que hubiesen podido herir su amor propio de amante y de artista; pero, después de meses enteros de soledad, se alegraba de ver que aun le tenían en cuenta, de saber que alguien se preocupaba por él, que alguien sabía el renacimiento de su espíritu, y no le abandonaba, no le consideraba como ausente de la vida, como un astro apagado en el firmamento artístico.

La madre Machet introdujo al visitante, un viejo valiente por su aspecto.

— ¡ Mi querido Dayel ! ¡ por fin ! Estaba inquieto por Vd. Esperaba á cada momento verle venir á casa, con las manos llenas de hermosas composiciones, de canciones y valeses como los de otro tiempo, ó mejores aún, porque Vd. es de los que siempre van hacia arriba.

El visitante estrechaba las manos de Juan; y luego habiendo cogido á Marta, la chiquilla, bajo el brazo, la levantaba hasta su cara de viejo para besarla.

— Yo te he visto á ti chiquita como un puño; ¡ y ahora estás tan hermosa ! ¡ hecha una mujer !

— No hay que decirle esas cosas, interrumpió Dayel: es una chiquilla coquetona y podría creerlas de veras, querido Bernard.

El recién llegado, tipo alto y fuerte, tendría alrededor de sesenta años. Su rostro de ancha y elevada frente, estaba iluminado por dos ojos de inteligencia, dos pupilas profundas y dulces, luminosas. Sus regulares rasgos expresaban calma, serenidad; eran nobles y simpáticos.

Francisco Bernard era un músico mediano que había renunciado pronto á amontonar obras fáciles, cuyo escaso éxito le desesperaba.

Consciente de su mediocridad, no quiso continuar diluyendo en música mezquina las ideas que él sentía grandes sin conseguir expresarlas adecuadamente, y había renunciado á hacer obra personal; pero, amante del arte y de los artistas, aprovechó una herencia para establecerse como editor musical, con lo cual seguiría viviendo entre los suyos, en la atmósfera especial que no podía resolverse á abandonar á pesar de su retiro.

Había apreciado á Dayel por la sinceridad esparcida en sus obras. Le había acogido y empujado el primero, animándole sin cesar y pregonando por doquier sus verdaderos méritos, la sencilla poesía de que impregnaba sus composiciones, la gracia y el fuego que unía en sus ritmos, con frecuencia originales, cuando el artista se remontaba fuera de la producción corriente á que la necesidad le había algún tiempo forzado.

— Anda, Martita, ve á jugar al jardín.

Una vez fuera la niña, Dayel osó preguntar á su editor noticias de París, de sus compañeros, evitando todo recuerdo de sus malhadadas horas. Y el buen señor, por su parte, trató de despertar el orgullo artístico adormecido, de suscitar en el músico la adulación, haciéndole presentes los progresos de sus rivales, su marcha hacia adelante en la batalla parisiense. Recordaba á Dayel los éxitos de otro tiempo, las calurosas exclamaciones de la primer noche que, en la Ópera, entre el brillar de lentejuelas y dorados, cambiantes de colores y tintineo de cascabeles, había dirigido el baile.

Juan había despertado, con efecto, á estas palabras, pero otros recuerdos paralelos le asaltaron, sin que pudiera contenerlos. Y en el corazón de su viejo amigo, para el cual no había dejado de estar presente, de figurar entre los artistas, vertió todas sus penas, su infinita desesperación de verse solo, después que Ella se había marchado. Se lo confesó todo: su impotencia para vengarse y su locura, sus sufrimientos de pájaro vido, sus nostalgias de cobardía amorosa, que le impulsaban aún, hacían á su carne llamar á gritos á la carne rubia de que no podía emancipar su recuerdo sensual; le reveló su alma desapareada también, incompleta desde que Marta se había marchado.

Manifestó su odio contra el amigo traidor, su dolor cruel por la desilusión sufrida. Contó cómo

Abajo, en la sala, la orquesta iniciaba un vals de Dayel, un vals ya célebre que envolvía el ambiente en un hálito de palpitante voluptuosidad. Giraban más veloces las parejas, estrechábanse, en más apretados abrazos, abandonábanse las bellas en más sensual desmayo. De las galerías caía un confuso murmullo, salpicado de besos cambiados en la sombra, de crujido de ropas que delataban íntimas caricias, gozadas en olvidados rincones, al abrigo de las miradas.

Morían los acordes. Al enmudecer cuerda y metal, el hombre de frac con rostro de asirio, se hallaba junto á la orquesta. Su amigo le dijo:

— ¿Miras á Dayel, el que ha heredado una parte del alma del músico de las Rosas? ¿No le conoces?

— Hemos estado juntos varias veces, pero no hemos sido presentados. Nunca le he visto tan bien como esta noche, dirigiendo sus valeses. Parece que, en el torbellino de sus notas, estuviera siguiendo el vuelo de un ideal.

— Pues ven. Á él le gustan mucho tus versos, y tendrá gran placer en conocerte.

El amigo continuó un momento, alabando la poética inspiración que brillaba en las más insignificantes obras de Dayel, ponderando las prendas personales del sencillo artista, del músico amante de la belleza, respetuoso para todos sus maestros, y modesto hasta ignorar quizá su propio

valor. Este simpático camarada era un muchacho rico, un ocioso diletante de los que se mezclan á la vida de los artistas. Parisiense de cepa, le gustaba tratar gentes de los más diversos temperamentos, y observarlos.

Hizo las presentaciones :

— Querido Roberto, mi amigo Juan Dayel cuyo talento admiras... Roberto Antoc... el gran poeta...

Roberto Antoc se mostraba altamente orgulloso, pero afable. Dayel le tendió sus manos dirigiéndole cálidas y aduladoras palabras, expresando el goce que le causaba conocer personalmente al autor de tantas bellas obras que él tenía en la más alta estima. Á su vez el poeta felicitó cortésmente á Dayel por sus éxitos, y evocó la sombra de su predecesor, el popular Olivier Metrá, el poeta de las lilas y las rosas. Solo él, Dayel, era capaz de sucederle y aun de reemplazarle.

Juan, confundido, quiso intimar estrechamente con el eminente dramaturgo, el poeta del sabio ritmo, á quien libros de versos como *la Calle*, *El Himno de los Pobres* y *los Dioses Falsos*, varios dramas, y por fin, *El Zarrapastroso* habían conquistado fama universal; y le invitó á cenar con él más tarde, tan pronto como se le permitieran á él sus deberes de director de orquesta.

Antoc titubeaba; pero su amigo le hizo señá con el codo, murmurándole:

— Di que sí. Verás. Tiene una mujer encantadora.

Los tres quedaron de acuerdo, Roberto Antoc y su amigo irían á buscar á Dayel después de su última polka, *Abril*.

Así, al fin del baile, Marta y la Delienne recibieron, estupefactas, los cumplidos de Roberto Antoc presentado por Juan Dayel. El rostro desmascarado de Marta se ruborizó, al reconocer en el hombre que le traía su marido, al audaz perseguidor de los corredores, respetuoso ahora, pero sin embarazo, clavando en ella sus ojos de azabache que la penetraban y leían — bien lo veía ella — claramente en su más recóndito interior.

Los cinco pasaron alegremente al restaurante, donde Dayel había hecho reservar una mesa. En animada conversación, el poeta contaba á Marta sus recuerdos de antiguos bailes, de las alegres noches del carnaval de su juventud, cuando sus camaradas de bohemia del barrio Latino invadían la Ópera dando expansión á su exuberante y sana locura. Su voz, influida por los recuerdos, se maticaba alternativamente con sonoridades de cobre y con inflexiones de ardiente ternura.

— ¿Dónde están hoy aquellos entusiasmos y locuras? ¿Dónde están aquellas muchachas sinceras en el placer? Hoy no se adora más que al Becerro de Oro. Paris ya no es más que un campo de ba-

talla en formidable refríega. No se oyen sino los gritos de los heridos, de los muertos de mañana; y los vencedores de la gran batalla por el dinero, no saben siquiera gozar el placer de los antiguos bárbaros triunfantes.

Marta y Juan escuchaban al poeta, respetuosos para aquel lirismo que les agradaba.

— Sin embargo, objetó Dayel, París no ha desterrado aún del todo la antigua alegría. Aun existe la risa franca y abierta: basta una frase, una canción, para que en el alma del pueblo reverdezca el buen humor.

— La sed de oro ha matado la alegría. Cada cual está preocupado por el mañana, lo mismo el banquero millonario cuya fortuna está á merced de un pedazo de papel garabateado con cuatro cifras, que el infeliz desheredado á quien un paso puede hacer morir de hambre. El oro ha matado el amor; las mujeres, en medio del placer, piensan en el beneficio que les van á producir sus caricias y escogen las más remuneradas. Las bellas emociones del espíritu son ahogadas por la incesante obsesión del oro necesario, del oro, fuente de toda posesión y de todo placer.

— ¡Oh! pero Vd. somete al oro á todos los hombres y á todas las mujeres, repuso Marta. Esto no es verdad.

— Hay excepciones, senora. ¿Pero cuántas?

él, con su desgracia, había penetrado la falsedad de los hombres, la vanidad de los amores sinceros, tan rápidamente destruidos con la simple aparición de un comediante del sentimiento, con un relumbrón de pedrería falsa.

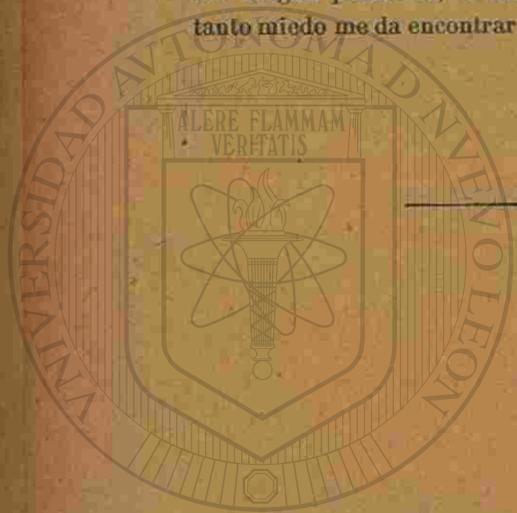
Bernard le consolaba, le predicaba el olvido:

— Amigo mío, hay que buscar en los nuevos esfuerzos el valor para continuar la obra de Belleza, hay que rehacer la vida. Vd., no puede, ni debe, permanecer aislado; necesita tomar parte en la existencia, y cuanto más mejor; si no, en este voluntario destierro, se volvería Vd. á ver camino de la demencia, acosado, mortificado por los ecos de la vida, de la cual, por más que uno haga, no puede emanciparse. La vida, y los que la componen, no admiten que se los repudie. Á los que no pueden vencerla, los castiga ella misma, privándoles de la razón.

Luego, en calurosas palabras, el editor recordó á Dayel el deber para su niña, á quien debía edificar una existencia, ulcificándole el porvenir con todo el bienestar de que podía rodearla.

En fin, acabó pidiendo al músico una serie de bailes, que se publicaría tan pronto como estuviesen terminados. Porque era necesario que Juan Dayel volviese á entrar en la vida de la Belleza con obras inéditas, desde principios de año, inaugurando así una existencia nueva.

Y por la noche, en la mesa, aquel buen amigo hizo hablar á la niña, y distrajo á Dayel con anécdotas parisienses que el solitario ignoraba. — « No leo ningún periódico, le había dicho el músico: tanto miedo me da encontrar en ellos mi nombre. »



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

Aquella visita cordial confortó á Juan Dayel, volviéndole á colocar en la atmósfera en que debía fatalmente vivir. Puesto de nuevo al trabajo, y ocupado en buscar frases armónicas en que fijar la inspiración nacida de las cosas que él amaba, el canto de las hojas, la garrulería de los pájaros y los niños, la música del agua murmurante entre las hierbas, los colores que se acordaban con las melodías de la vida, el amor de las cosas y de los seres, Juan Dayel se sentía renacer. De nuevo palpitaba su corazón, y vibraba su alma del indecible goce de crear alegría, de hacer nacer de su dolor personal, el placer de los demás.

Y comenzó á revivir la realidad, á apasionarse otra vez en la lucha, tanto más cuanto que otros editores le vinieron á solicitar. Tuvo que empezar otra vez á dar romanzas, marchas, á anotar las vibraciones vivientes aún en su memoria. Y acaso

debió á eso la salud. Entonces supo Juan Dayel, quizás mejor que nunca, hacer pasar á sus composiciones su alma.

Se había hecho pública su vuelta á la actividad. Compañeros y amigos venían á animarlo. Fácilmente se olvida á los que, abandonando la lucha, desaparecen de la escena; pero al primer acontecimiento favorable, que vuelva á ponerlos en exhibición, reaparecen los amigos.

Colaboraciones proyectadas empezaron á ponerse en práctica; Dayel gozaba, antes de su desgracia y su locura, de demasiada notoriedad, para que, una vez restablecido, no vinieron á llamar á su puerta, editores, empresarios y en general todos aquellos que viven de los artistas, en busca de nuevos éxitos. Y aquel movimiento se acentuó tanto más cuanto que todos esperaban ahora grandes beneficios de Dayel, cuya escandalosa desgracia iba á servir de reclamo en beneficio de los intermediarios. Seguramente, todo lo que él hiciera ahora se vendería como pan bendito, gracias á la novelaría parisiense, excitada por reclamo semejante.

Nunca, por lo demás, obtuvo Juan Dayel éxito más merecido. Á los dones naturales que le habían valido antes la popularidad, unía ahora aspiraciones de más noble origen. Ecos de su dolor, de su decepción, de sus torturas, se distinguían en las composiciones más notables que escribió después de su

destierro; y mezclaban á la bulliciosa alegría de los valeses, lejanas voces de nostalgia, ayes ahogados por irónicas cascadas de loca risa. En aquella música asomaban melancolías, impresiones del otoño, con su piar de pájaros en la frondosidad amarillenta, y su silbar de mirlos burlones; rápidas alternativas de luz deslumbradora, de crepúsculo y de tinieblas; y luego una especie de llamamiento á la aurora, á una aurora que parecía no venir jamás.

Y llegó noviembre.

Llegó en los muros de las casas blancas y rojas, la tristeza de las rosas deshojándose al cierzo invernal, como las alegrías de la moribunda estación, que se iban, pétalo á pétalo, en nieve rosada, blanca, anaranjada y roja bajo los celajes que inflaman los últimos fulgores del estío, como si éste reflejara su oro, su azul, su esmeralda y su púrpura sangrienta ó violácea, en el próximo invierno.

Ahora Juan Dayel tenía que ir frecuentemente á París, pero esto ya no le sublevaba. Cada medio ambiente en que antes viviera despertaba en él la melancolía; y encontraba hasta un placer en aquella tristeza que él se creaba, y que, con armonía lenta, cantaba dentro de él la nostalgia de las caricias.

Había tratado de distraer sus sentidos, de enga-

ñarlos con vanos simulacros; pero con tales esfuerzos sólo conseguía avivar el dolor de sus heridas que reabría el recuerdo del cariño perdido. Si, los amores venales de aquellas rubias pasajeras cuyos ojos y dorada aureola parecían ayudar un instante á la ilusión buscada, le decepcionaban cruelmente. Y en la lassitud del subsiguiente agotamiento, sentía él como un remordimiento por las infidelidades cometidas á su ideal, intacto en su cerebro.

Con frecuencia, cuando le llevaban á París sus negocios ó el cuidado de sus obras, se había entretenido en recorrer las calles por las cuales solía en otro tiempo pasear con Marta.

La tristeza de noviembre, la bruma de la tarde envolviendo aquellos rincones de París, antiguo teatro de su amor hoy en jirones, parecían acordar su aspecto invernal con la pena que á él le enlutaba el alma. Las paredes de los viejos caserones, en las angostas y pintorescas calles, por las que solía contar á Marta, en la primavera de su amor, las leyendas amorosas ó heroicas de París de antaño, parecían llorar lágrimas sobre los idilios hundidos en el dolor, sobre la desaparición de amantes rubios ó morenos, llevados al azar de sus diversos destinos, como las hojas que el viento arrastra y dispersa.

Nuestra Señora, la catedral, no brillaba ya con destellos de sol en las vidrieras; la lluvia goteaba

lentamente de las fantásticas gárgolas, de aquellas bocas de mascarones contraídas por horribles muecas. Y su gotear se estrellaba tintineando sobre el pavimento húmedo y negro de las calles, cantando una canción lenta y monótona, que acompañaba lúgubrementemente á sus pensamientos, que, en sucesivos cuadros, pasaban por su cerebro, borrándose uno á otro, como cada gota, al caer sobre la piedra, borraba la anterior.

Tomó la calle de Arcole, á lo largo del mercado de pájaros, entre las catalpas extrañamente retorcidas y nudosas; aquello estaba solitario en invierno; sólo pasaban raras siluetas femeninas, arrebuadas, aprisa. El asfalto, blanqueado por el roce de las pisadas, estaba salpicado de pardo por las hojas secas, las mismas que, en los espléndidos domingos, habían ombreado las jaulas amontonadas, llenas de gorjeos, los bengalíes que, posados en sus travesaños, semejaban movediza pedrería, las aves domesticadas, en sus alcándoras de madera blanca, los grupos de curiosos, de vendedores, de compradores, que se movían en aquel ambiente de alegrías, animado por la encantadora risa de las muchachas que se extasiaban ante los pájaros más delicados, por el murmullo de las conversaciones, y la música de los cantos. Los ramajes que asomaban por las tapias del Hôtel-Dieu, allí mismo donde Dayel había hablado á

Marta por primera vez, se erguían como amenazadores, ahora, por encima de la balaustrada.

Por varios sueltos y crónicas escandalosas, había sabido la ruptura de Marta con Roberto Antoc, los esfuerzos, hechos por los amigos del poeta, para reconciliarle con su mujer abandonada y arrepentido por cansancio, volverle á su hogar.

También sabía por un periódico que por casualidad leyera una mañana, la suerte de Marta. Un repórter diligente la había, sin duda, encontrado y reconocido, y contaba el desenlace de la aventura. Juan Dayel pensaba en la miseria probable de su Marta tan querida, la amable rubia en quien él había puesto la mitad de sí mismo, y de la cual estaba para siempre desapareado.

Muchas veces anduvo rondando, cerrada la noche, por las calles próximas á la vivienda de Marta. Muchísimas, después de andar todo el día por la ciudad, sus pasos le habían conducido inconscientemente hacia aquella transitada calle, entre el rebullir de obreras que se estacionaban en los escaparates de las mercerías y de los librerías, comprando el periódico de la noche, para irse desgranando luego, una á una, como los gorriones que se llevan repartida una migaja de pan encontrada en el camino.

Había llegado hasta acercarse lo suficiente para leer en los cristales el nombre de soltera que Marta había vuelto á usar; delicadeza que él le agradecía. La gente, al verle pasar y repasar, con miedosas precauciones, debía de tomarle por un enamorado tímido, que teme ser visto, y molestar con una indiscreción al objeto de su amor.

Quizás alguna vecina entrometida había notado aquella furtiva vigilancia, aquellas miradas, ávidas de descubrir, entre los sombreros expuestos, la esbelta silueta negra, de la que emergía un rostro fino y bello, rimbado de rubios rizos, que daban sombra á los ojos de esmeralda clara ó de peridoto, salpicados de luz.

Quizás habrían hablado á Marta de aquel amante rondador, quizás con tantas idas y venidas y vueltas á las mismas horas, estaría sirviendo de burla á los vecinos. Podía suceder que ella le viese pasar un día, que se apercibiese de aquella maniobra, que su corazón latiese también al pensamiento de su amante de otro tiempo, de su marido, que seguía adorando su rubia belleza. Quizás Marta se dijera que él, tan semejante en hombre á su feminidad, no podía vivir desterrado de su boca.

« ¡ Ah ! — pensaba Juan Dayel. — ¡ Si su carne pudiese oír el grito de mi carne, la impulsión de todo mi ser hacia ella ; hacia sus ojos, ideal pedrería ; hacia su boca, flor entreabierta á los besos ;

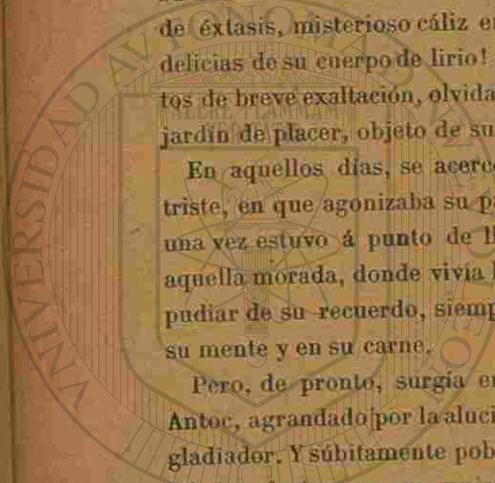
corola en que he bebido el rocío de la voluptuosidad ! ¡ Hacia sus pechos, amorosas palomas, hacia su misterio aureolado de rubio color ! ¡ Manantial de éxtasis, misterioso cáliz en que se resumen las delicias de su cuerpo de lirio ! » — Y en estos minutos de breve exaltación, olvidaba la prostitución del jardín de placer, objeto de su nostalgia.

En aquellos días, se acercó á menudo á la casa triste, en que agonizaba su pasado amor, y más de una vez estuvo á punto de llamar á la puerta de aquella morada, donde vivía la que él no podía repudiar de su recuerdo, siempre vivo y vibrante en su mente y en su carne.

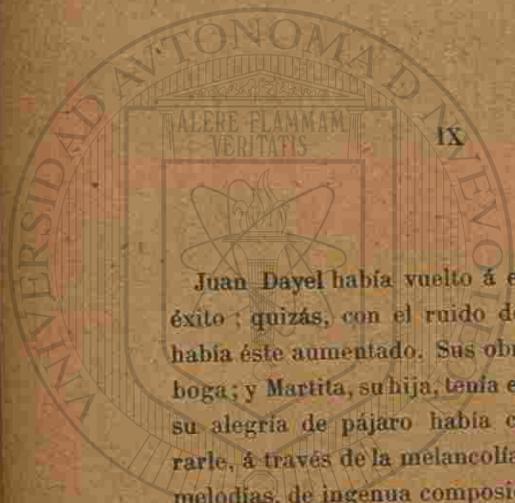
Pero, de pronto, surgía en su cerebro Roberto Antoc, agrandado por la alucinación, bajo figura de gladiador. Y súbitamente poblaban su pensamiento lúbricas imágenes: su mujer, su Marta, la grácil adorada rubia, en aquellos brazos de bronce. Y se torturaba ante el imaginario espectáculo de besos que manchaban el misterio del cuerpo querido, del cual los labios del artista estaban desterrados para siempre.

Y huía entonces, enloquecido, como si escapara de obscenos faunos que le persiguieran. Y venían los dolorosos regresos á la Casa de las Rosas, cuya alma, á pesar de la presencia de la segunda Marta, parecida á la otra como una estatuilla á su modelo, no vivía ya para el pobre solitario. « ¡ Vaya por

Dios ! » había que volver en la noche, en la negrura, entre los árboles que parecían fantasmas, volver á la casa de blancas paredes cuyas rosas habían todas muerto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Juan Dayel había vuelto á encontrar su antiguo éxito ; quizás, con el ruido de sus desgracias, se había éste aumentado. Sus obras adquirían nueva boga ; y Martita, su hija, tenía en ello parte ; porque su alegría de pájaro había contribuido á inspirarle, á través de la melancolía, graciosas y frescas melodías, de ingenua composición.

Dos partituras, una antigua, de Opereta, la otra de un baile pantomima terminada después de su curación y de su vuelta á Lisé, hacían de Juan un hombre del día, una apreciada celebridad de segundo orden. Era de aquéllos á cuya producción, eminentemente personal, hecha sincera y espontáneamente más que á fuerza de ciencia y esfuerzos, no se puede hacer sombra ; sin ponerse á discutir acaloradamente el valor de sus obras, la gente se dejaba conquistar por el encanto que en ellas había.

Á pesar de su aversión de los primeros meses, por la sociedad, que le había hecho sufrir, por los compañeros sobre todo, y por cuantos figuraban en el bullicioso ambiente en que antes viviera y en que había gozado con Marta la radiante alegría de su claro amor, se vió forzado á mezclarse en el torbellino parisiense, á presentarse de nuevo en los sitios que le exigían su profesión y su arte.

Así, poco á poco, la vida había conquistado al músico, dulcificándole el dolor con su armonía. Dayel dejaba trascurrir los días en la dolorosa dulzura de las penas remembradas, que el tiempo pautina de bruma, y va borrando en el horizonte intelectual, sólo atravesado aquí y allá por el resplandor de algún recuerdo más preciso. Á veces, en el silencio del alma triste estalla un rumor, un grito que recuerda un dolor olvidado, y escenas reconstruidas á los ojos del espíritu, palabras que suenan de nuevo, vuelven á torturar el alma, como un contacto casual renueva el dolor donde hay cerrada una antigua herida.

Á veces procuraba Dayel aturdirse, buscando el olvido en la voluptuosidad pasajera, en el ardor de una vida intensa, recargada por crisis de trabajo ó de placer ; pero luego, descorazonado, volvía á la tranquilidad de su Casa de las Rosas, á las risas de su hija Marta ; y, encerrado por algún tiempo en sus fantasías, trabajaba, dejaba anegar sus dolores

y sus claros recuerdos felices, en el inmenso placer de desarrollar sus pensamientos, de abandonarse y perderse en entremezclados ritmos, sonoros, alegres ó melancólicos, en que palpitaba su corazón entero, su muerta dicha, sus recuerdos de locura, sus pesares, su presente, hecho de punzante angustia y, en los momentos de entusiasmo musical, de calma serena.

X

Desde el fondo de una galería, en el rumor de las conversaciones de butaca á butaca, Juan Dayel escuchaba, tratando de coger alguna frase que se refiriese á sus pensamientos, las apreciaciones de los espectadores sobre Roberto Antoc, los presagios de éxito, y la seguridad que daban algunos de un ruidoso fracaso.

Circulaban anécdotas, claro está, en que andaba envuelto su nombre, historias cómicas ó galantes, relatos sobre las anteriores calaveradas del poeta. Admiradores de Antoc proclamaban el encanto que producía en los oídos la música de sus rimas, la vistosidad de sus epítetos sonoros. Otros se chanceaban hablando de su edad impropia ya para los vicios; unos pocos le censuraban abiertamente por su fuga amorosa, y empezaban á derribar el ídolo cuyo vacío sentían á través del oropel de su brillante palabrería.

y sus claros recuerdos felices, en el inmenso placer de desarrollar sus pensamientos, de abandonarse y perderse en entremezclados ritmos, sonoros, alegres ó melancólicos, en que palpitaba su corazón entero, su muerta dicha, sus recuerdos de locura, sus pesares, su presente, hecho de punzante angustia y, en los momentos de entusiasmo musical, de calma serena.

X

Desde el fondo de una galería, en el rumor de las conversaciones de butaca á butaca, Juan Dayel escuchaba, tratando de coger alguna frase que se refiriese á sus pensamientos, las apreciaciones de los espectadores sobre Roberto Antoc, los presagios de éxito, y la seguridad que daban algunos de un ruidoso fracaso.

Circulaban anécdotas, claro está, en que andaba envuelto su nombre, historias cómicas ó galantes, relatos sobre las anteriores calaveradas del poeta. Admiradores de Antoc proclamaban el encanto que producía en los oídos la música de sus rimas, la vistosidad de sus epítetos sonoros. Otros se chanceaban hablando de su edad impropia ya para los vicios; unos pocos le censuraban abiertamente por su fuga amorosa, y empezaban á derribar el ídolo cuyo vacío sentían á través del oropel de su brillante palabrería.

De todo esto, Dayel no percibía más que un zumbido vago, del que se destacaba, á su atento oído, la palabra sintética de la obra y del poeta al mismo tiempo, el nombre propio del autor como un estribillo al coro de alabanzas y de críticas: « ¡Antoc..... Antoc.... Antoc! » *La Waina*, sin música, iba á estrenarse, y con tal motivo, el Odeón estaba de fiesta.

Quizás aquella obra esperada, el escándalo dado por Roberto Antoc, el ruido hecho á su alrededor por esta razón, el enternecimiento de París al saber la vuelta al hogar del hijo pródigo, el perdón de la esposa y la reintegración del poeta en su papel de padre, quizás toda aquella bisutería sentimental iba, aparte la sonoridad de los versos, á sacar del marasmo al segundo Teatro-Francés, á hacer revivir las hermosas épocas de fiebre teatral en el país latino.

La sala se hallaba poblada de elegancias; estaban todos aquellos que « no pierden un estreno »; en las lunetas, gente joven, estudiantes ávidos de frases hermosas, felices de asistir á aquella solemnidad artística. De entre ellos había salido el privilegiado poeta; y ahora, que se había convertido en burgués con caprichos de bohemio, ellos seguían admirándolo, por las leyendas que evocaba su nombre, su tez de bárbaro cobrizo, su barba partida y sus ojos de oriental.

Dayel había venido, sin poderlo resistir, obedeciendo á una fuerza inconsciente que actuaba dentro de él. Algo de su personalidad había quedado unido á aquel título *La Waina*, á aquella obra que había amado tanto, cuanto le había añadido de personal esfuerzo; en aquel tiempo en que trabajaba para traducir en ritmos su pensamiento unido al del poeta; en que, en un apasionado arranque de su alma de artista, encarnaba en sí mismo y daba forma precisa, según la belleza que concebía, á aquellos héroes que él hacía suyos, tanto, por lo menos, cuanto podían serlo de su primitivo creador, el poeta.

Quizás también, sin que él osase confesárselo, había Dayel esperado ver, una vez más, oculta como él y procurando no descubrir su sufrimiento, á su adorada de otros tiempos, á Marta. Decíase, por más que quisiera desechar lo importuno de la idea, que acaso ella vendría; y sus almas, libres de la fascinación que habían causado en ellas los fuegos de artificio del amigo traidor, decepcionados ambos, escucharían al mismo tiempo resumirse, á través del barullo de elogios y censuras, en las dos sílabas sonoras que pintaban toda la personalidad del prestigioso ilusionista, el verdadero veredicto: « ¡ Antoc!... ¡ En toc! (1)! »

(1) Frase que significa « falso ».

Al caer el telón del tercer acto, después de una tirada de versos llenos de color y de caprichoso ritmo, cortados por imprevistas rimas hábilmente combinadas, el público se había pronunciado. Entusiastas gritos habían acogido ciertos pasajes, centenares de manos habían batido aplausos. Una vez más el oropel había seducido á los espectadores; tanto chispeaba la pedrería reunida, que no se buscaban las faltas ni se percibía la montura, tan armonioso era el conjunto. Satisfecho el oído, la armonía no llegaba al alma, sino que la engañaba con una emoción indefinida, del modo que impresionaba una música endiablada de bohemios, en la cual no es posible discernir ningún sentimiento preciso. Y aquello, era, sin embargo, la señal de un verdadero talento.

Bajado el telón, todas las miradas se habían dirigido, sin que se supiera por qué, si por curiosidad, por simple admiración ó fascinadas, al palco presidencial, en que aparecía el jefe del Estado, rodeado de uniformes en cuyos cordones y charreteras encendían las lámparas eléctricas dorados destellos. Un poco delante de él, rígida en su armadura de seda, erguía madame Felix Faure su busto fuerte y cuadrado y su azulado rostro, apareada con la elevada silueta y el agudo perfil de su hija.

Faltaba todavía un acto.

En el esplendor de las decoraciones, ya lumino-

sas, ya sombrías, se iban desarrollando las peripecias del drama; los actores proclamaban las fabulosas glorias de las leyendas hindus, seguidos, en sus menores gestos, por los ojos emocionados de la sala.

Dayel, fuera de sí al oír la versificada canción, palpitaba de horrible emoción pensando como él, sin la crueldad de los seres y de los acontecimientos, sin la desesperante fatalidad de odiosas debilidades y de secretas mezquindades é hipocresías, habría podido tener su parte en el triunfo, para atribuir á su amada, que seguiría siendo la santa nimbada de amor, el mérito y la alegría. Se encolerizaba al pensar en la belleza exterior manifestada por la obra del poeta, contra su propia é involuntaria emoción al escuchar las seductoras rimas, que contrastaban con aquella alma de vil titiritero, mentirosa y luchadora por la misma mentira que ella se creaba.

El cuarto acto terminó entre atronadoras y reiteradas salvas de aplausos, que ahogaban el nombre del autor, aclamado por mil bocas. La oleada humana, sin embargo, empezaba á levantarse, cuando se produjo en los corredores un remolino de gente, que hizo volver á los que se habían apresurado á partir para evitar los grandes apretones de la salida.

Un rumor corrió de boca en boca: el Presidente

ha llamado al autor y á los principales artistas, para felicitarlos.

Dayel había ganado, por casualidad, un lugar próximo al palco abierto del jefe del Estado, y no pudiendo evadirse, permaneció allí, inmóvil, viendo moverse las personas, entre las rojas colgaduras y los reflejos de los recamados uniformes.

Madame Felix Faure y mademoiselle Lucie Faure, la Delfina, se vuelven ligeramente; entre ellas se mantiene un jefe del ejército, ya de edad, muy moreno, á pesar de los plateados hilos de su cabeza, altos y tiesos los bigotes, grises y vagos los ojos, rojiza la aquilina variz, el porte rudo, á pesar de un verdadero deseo de parecer amable. Un general cuyo blanco bigote cae en pesadas comas sobre una boca de anchos labios joviales, y un elegante joven, teniente de húsares, expresan por sus afectados ademanes, obsequiosos dentro de la corrección, un cortesano respeto. El Presidente de la República, en traje de sociedad, blanco el chaleco, blancos los guantes, protegida su cansada vista por un monoculo, resignado al parecer en su majestuosa obligación, hincha su cuello, buscando un continente digno de su posición, ante las miradas del público.

Se oye un murmullo, y un cortejo se encamina por los pasillos al palco oficial. Roberto Antoc, deslumbrante su blanca pechera, siempre soberbio y como afectando ahogarse en la estrechura del

traje moderno, se adelanta, dando el brazo á una mujer radiante, una de sus intérpretes. Tras él vienen el director del teatro, y, por parejas, los pensionistas, cómicos y comediantas graves y dignos, conscientes de la solemnidad de aquella presentación, recordando en su empaque el desfile de una boda burguesa para la que cada individuo hubiera recibido, antes de la fiesta, lecciones de un maestro de baile.

La entrevista es breve y cordial. El Presidente, poniendo familiarmente la mano en el hombro de Antoc le felicita con la real benevolencia de un soberano popular; luego llega el turno á los demás. Cada uno recibe una frase cariñosa, una felicitación ligeramente impregnada de desdén. « El Rey cumplimenta á los caballeros y damas de la comedia, » murmura la voz aspera de Verdet, el pintor mordaz.

Juan Dayel no había perdido ningún detalle de la escena; sin poder desviar los ojos, había visto todo el cuadro, una litografía de suplemento popular, hecha sobre la composición artificiosa de una fotografía en colores. Y vió toda la ironía de la vida moderna, el papel que, aparte otras causas, desempeñan en la fama y en la gloria, la parada y la intriga, la ausencia en ello del valor moral, despreciado, echado á un lado, como un estorbo.

Y en su alma renacieron todas las amarguras y

todas las penas causadas por aquel triunfador, aquel saltimbanqui domador de muchedumbres; y se evocaron todos los cuadros de su felicidad por siempre perdida; la indignancia de Marta.

Roberto Antoc vuelve á tomar su puesto á la cabeza del desfile, dando el brazo á la radiante actriz. Dayel ve venir hacia su persona el atezado rostro del bárbaro, y siente la quemadura de sus ojos de oriente; y, de súbito, una suprema cólera le invade, amasada con todos sus rencores, con todos sus sufrimientos reunidos, con su odio súbitamente desencadenado en una repentina reaparición de la locura.

El, el vencedor, no ve nada, hinchado de orgullo, rebosante de gloria. Sigue altanero, sin mirar siquiera á la gente que le rodea, embargado por la conciencia de su celebridad, entre la admiración por él provocada, pedestal de su soberbia.

Y Juan Dayel, en pie, cambiando de color, oprimido en la masa de espectadores, entre las vistosas *toilettes* de las mujeres, escarchadas de padrería, pierde el sentimiento de la realidad, presa repentinamente de una pesadilla extraña, imperiosa.

Antes que pueda nadie notar el movimiento, él, el torturado de amor, el bondadoso y dulce marido, cuyas fibras todas vibran al penoso recuerdo de su amada, que el otro le robó, levanta su brazo armado de un revólver; dos detonaciones suenan en

el silencio de un segundo trágico, rasgado por un grito estridente y profundo, un alarido de fiera herida de muerte; después el ruido de una caída, un golpe sordo. En medio del corredor yace el gran cuerpo del atleta, del moreno bárbaro, boca arriba, exánime.

Los orientales ojos revélvense, entornados, bajo las negras pestañas, y la boca se entreabre en un rictus en que el orgullo se enlaza á la última expresión de dolor. De la frente, hacia la sien derecha, fluye un hilillo rojo, que anega su púrpura en la púrpura de la alfombra; sobre la blanca pechera rutilan rojos rubies...

Fué un momento de pánico; el público, en oleadas, se empujaba para ver. Luego el reflujó, los guardias rechazando á los curiosos, de un modo casi brutal, á pesar de las violentas protestas, de los gritos de las mujeres, atemorizadas. Dayel veía, oía todo aquello, en el sueño que soñaba despierto; el espantado correr de las acomodadoras por los pasillos, el presuroso acudir de los empleados del teatro; los veía llevarse al escenario el cadáver, ya rígido, inerte.

Por un raro desdoblamiento de sí mismo, Dayel seguía, en su alucinación, á la muchedumbre, mezclado á ella, oyendo las opiniones emitidas

sobre el final del drama, de aquel drama, al que él, Dayel, había de golpe dado desenlace. Su nombre salía de las bocas frente al de aquel otro que le había deshecho la vida : « ¡Dayel ! ¡ Antoc ! »

Juan reflexionaba : había matado, sin remordimiento, instintivamente, á pesar de su natural bondad. Era ya demasiado volverle á ver así, á aquel ladrón, aclamado, aplaudido por todos. ¡ Ladrón ! ¿ Lo era acaso menos que los que roban, de noche, dinero ó alhajas ? ¿ Le había robado á Marta ; la joya de su vida ! Y esto nada, ni para ella, ni para él, ni para su hija, podía repararlo. Por esto había obrado, matado ; y había obrado bien.

El gentío se retiraba hacia las salidas, y él, continuando su sueño, creía oír en sus oídos el murmullo de los comentarios. En la escalera se hacían apreciaciones sobre el crimen ; el nombre del asesino, el suyo, Dayel, corría de boca en boca, matizado por todas las demostraciones de piedad, hasta de aprobación, en un súbito arranque del alma colectiva :

- Está loco, decía una voz. Todo se paga al fin.
- ¡ El otro ! ¡ Bah ! Un soberano crápula.
- Es verdad ; ¡ ya era demasiado ! ¿ Quién no hubiera hecho lo mismo en su lugar ?
- Era insoportable aquel espectáculo para él.
- Yo le he visto, cuando se lo llevaban, decía una voz argentina, en un grupo, entre dos columnas de

la galería. Es rubio con grandes ojos azules, ojos de ensueño. No puede ser malo.

Dayel, con su imaginación vengadora, permanecía apoyado en una de las columnas laterales, viendo pasar la barahunda de espectadores y espectadoras. Los grupos se iluminaban un instante, al atravesar el espacio de descolorida claridad en que irradiaba el cordón de lámparas eléctricas. Pasaban mujeres radiantes de belleza, arrebuadas en sedosas pieles y crujientes ropajes claros ; en sus peinados, en sus cuellos y en sus manos, brillaban, en multicolor centelleo, las joyas, como lujosa llamarada de riqueza y alegría. Vió salir, á la cabeza de su escolta, al Presidente de la República, á su mujer y á su hija ; brillaron á sus ojos los dorados de los uniformes. Personas conocidas en política, artes, letras y finanzas, todas las vanidades y todos los brillantes vicios aceptados, iban desfilando.

Palabras *reales* hirieron de improviso los oídos del músico, risas, todo un barullo que le arrancó brutalmente á la alucinación del crimen. El había obrado, matado al bandido, pero *en la fantasía nada más*. Aquel crimen no se había cometido, felizmente, sino en su cerebro, débil aún y aún dolorido.

Vuelto en sí, alzó la espalda, preguntándose un

instante, con la anhelante inquietud de las interiores interrogaciones sinceras, si no se hallaba todavía en camino de la pasada locura.

El fresco de la noche, cuando estuvo en la calle, le serenó y le hizo de nuevo dueño de sí. Se encogió de hombros, se irguió, y miró á los espectadores, que ganaban apresurados los coches particulares y los simones. Entre ellos iban parejas que parecían felices. Nada había cambiado en torno de él: todos y todo vivían como antes, y él en el gran torbellino no era más que un átomo arrastrado en el engranaje de la vida parisiense.

En aquella muchedumbre, cada cual tenía sus graves preocupaciones; bajo máscaras de indiferencia ó de sonrisa, pasaban buen cuento de ignorados pesares, de imperiosas zozobras, de insuspectas ambiciones; hasta impulsos, ó quizás remordimientos, de crímenes, asaltaban á toda aquella gente; sin que nada acusara en los rostros el interior tormento. Entre todos componían una monstruosa confusión de sentimientos, de sensaciones, de penas, de alegrías, de indiferencias y de escepticismos; como en un río se mezclan el agua clara, el casquijo, el légamo, las bellas algas y las flores acuáticas, para no formar, entre todo, sino una onda, que pasa: la Vida.

Roberto Antoc salía, rodeado de amigos; algunos compañeros le felicitaban calurosamente, y le escol-

taban como tomando parte en su triunfo. Dayel oyó el metal de su voz, que acogía los elogios. Luego, el canalla pasó, bajó las escaleras con aire triunfal; y muchos, que le condenaban por su crimen de amor, le hallaban tanto más culpable y odioso, cuanto que no había sido castigado.

Uno á uno, cupés particulares y simones, se detenían al pie de la escalera, y se repartían y llevaban á los espectadores: sus faroles salpicaban la oscuridad de puntos luminosos, á través de las negras calles del antiguo y silencioso barrio, en dirección al París nocturno de las hermosas noches de invierno, despreocupado y bullicioso. Todos, disipada su momentánea emoción ante los mil cuidados de la existencia, ante las reales penas y alegrías, se iban.

Á la una de la mañana, por las calles casi desiertas, Juan Dayel seguía vagando solo, oprimido por un cierto temor de regresar á su casa, á su hogar, al que un canalla había llevado la desgracia.

¿ Á qué desolarse?, pensaba sin embargo; ¿ á qué lamentarse tanto? En primer lugar no hay que lamentarse jamás; hay que ser vencedor, ó parecerlo. Los hombres en su sociedad, como los animales en sus manadas, abandonan á los heridos.

; Su desventura ; Y bien, ¿ qué ? Un *suceso del día*, que ocupó un instante á París. Cada cual tiene sus heridas ; y el gladiador moderno, inteligente, sonríe, aun cuando la suya sea mortal.

El hermano suscita la envidia ; el desgraciado debe contar con el sarcasmo y no con la piedad. Hay que morir, ante las burlas, con el valor y el desprecio en los labios, con el orgullo en los ojos levantados á las estrellas.

¿ Las estrellas ?

Una dorada multitud fulguraba sobre su cabeza, multitud impasible é indiferente que, al tropezar con las fachadas de las casas, desaparecía. ¿ Algunas horas de reposo, de armisticio ? No. Están las comedias y los dramas de alcoba, los placeres mil veces buscados y siempre engañosos, la batalla al desnudo ; algunas horas de gozar, de dormir, de soñar...

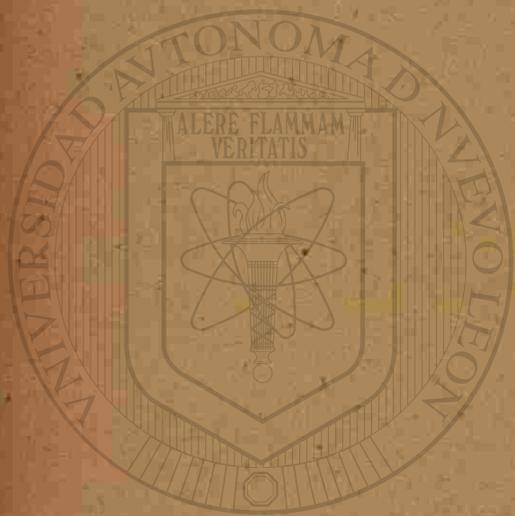
... y París recobrará su bullicio.

Vendrá otro día, y con él la misma refriega, el triunfo de los unos, la caída de los otros, los trabajos forzados sin esperanza para casi nadie, la carrera á caza del amor, del dinero, de los placeres, del poder ; del dinero, móvil de todo : móvil de la bondad, de la injusticia, del heroísmo, de la infa-

mia, de las bellas acciones, de los vicios, del bien, del mal, de lo que fuese, en fin.

Y, bajo el sol, indiferente á todo, continuará la vida.

FIN

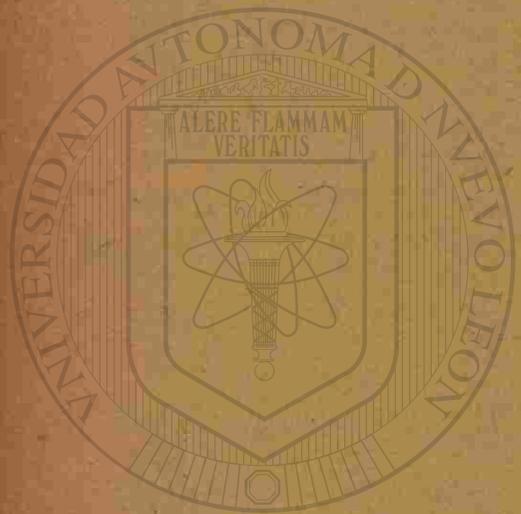


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Dedicatoria al Conde León Tolstói	VII
LIBRO PRIMERO	
Al despertar de la locura	1
LIBRO SEGUNDO	
Un crimen de amor	31
LIBRO TERCERO	
En que continúa la vida	223



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA V^{ta} DE C. BOURET
PARIS | MÉXICO
23, rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

Ediciones de lujo, con grabados sobre madera. Tamaño en 12° oblongo (cubiertas ilustradas).

ALTAMIRANO

Clemencia, con muchas láminas finas. 1 tomo. Rústica.
Bradel amateur, cabeza dorada.

CASTANIER (P.)

La Orgía romana, con muchas láminas finas. 1 tomo. Rústica.
Bradel amateur, cabeza dorada.

DOMINICI (P. C.)

Dionysos, novela de costumbres de la antigua Grecia. 1 tomo.
Rústica, cubierta ilustrada.
Bradel amateur, cabeza dorada.

HALEVY (L.)

El Abate Constantino, bonita novela con muchas láminas finas. 1 tomo. Rústica.
Bradel amateur, cabeza dorada.

LOUYS (P.)

Afrodita, con más de 150 láminas finas. 1 tomo. Rústica.
Bradel amateur, cabeza dorada.

MASSON (FR.)

De la academia francesa.

Napoleón y las mujeres (El Amor), ilustrado con muchas láminas finas. 1 tomo. Rústica.
Bradel amateur, cabeza dorada.

BIBLIOTECA
DE LOS MEJORES NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

BOURGET

- La Etapa. 1 t. 12.
El Fantasma. 1 t. 12.

COPPÉE (FR.)

- El Culpable. 1 t. 12.

A. DAUDET

- La capilla del Perdón. 1 t. 12.
Cabeza de Familia. 1 t. 12.

DE BRAY

- La venganza de una madre. Episodio de la guerra de Cuba. 1 t. 12.

G. FLAMMARION

- Urania. Novela astronómica. 1 t. 12.
El Fin del mundo. 1 t. 12.
Estela. 1 t. 12.

LOUYS (P.)

- Afrodita. (150 grabados). 1 t. 12.

MAUPASSANT (G. DE.)

- El buen mozo (más de 100 gr.) 1 t. 12.

J. OHNET

- El Vendedor de veneno. 1 t. 12.
Camino del amor. 1 t. 12.
El Aventurero. 1 t. 12.
La Tenebrosa. 1 t. 12.
La gente ategre. 1 t. 12.
En el fondo del abismo. 1 t. 12.
El Rey de París. 1 t. 12.
El Cura de Favieres. 1 t. 12.
Inútil riqueza. 1 t. 12.
La hija del diputado. 1 t. 12.
Un antiguo rencor. 1 t. 12.
La dama vestida de gris. 1 t. 12.

M. PREVOST

- Vírgenes á medias. 1 t. 12.

*Cada tomo se vende á la rústica
con una bonita cubierta ilustrada ó en tela con relieves de colores.*

BIBLIOTECA DE POETAS AMERICANOS

Cada tomo in-12 encuadernado en tela con plancha de oro

Antología colombiana, coleccionada por D. Emiliano Isaza, correspondiente de la Real Academia Española. 2 t. 12.

Armonías, por R. Palma, libro de un deslerrado, con una Introducción por J. M. Torres Caicedo. Nueva edición. 1 t. 12.

Cantos del Pacifico, por J. S. Chocano. 1 t. 12 con retrato.

Ingenuas (Greer-crear), por D. Luis G. Urbina (con retrato). 1 t. 12.

Obras poéticas de Esprancada, ordenadas y anotadas por J. E. Hartzenbusch; á saber: El Pelayo. — Poesías líricas. — El estudiante de Salamanca. — El diablo mundo. — Nueva edición aumentada con poesías publicadas la primera vez. 1 t. 12, con retrato.

Obras poéticas y dramáticas de Marmol (Jose), coleccionadas por D. José Domingo Cortés. 1 t. 12.

Poemas, por Amado Nervo. 1 t. 12.

Perlas negras. — Místicas. — Voces, por Amado Nervo. 1 t. 12 con retrato del autor.

Poesías originales, por Bello (Andrés), con apuntes biográficos, por J. M. Torres Caicedo. 1 t. 12, con retrato.

Poesías de Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva edición. 1 t. 12.

Poesías de Felipe Pardo, precedidas de su biografía y acompañadas de algunas notas, por M. Gz. de la Rosa. 1 t. 12 con retrato.

Poesías escogidas, por Javier Santa María. 1 t. 12.

Prosas profanas y otros poemas, por Rubén Darío. 1 t. 12.

Rimas, por D. Ignacio Manuel Altamirano. A orillas del mar (Idilios). A una sombra. Cinerarias. 1 t. 12.

Poesías de Manuel Gutiérrez Najera, con un Prólogo de Justo Sierra. Única edición autorizada por la viuda del autor. 2 t. 12 con retrato.

Cantos del hogar, por Juan de Dios Peza. 1 t. 12 con ilustraciones.

Poesías de Salvador Díaz Mirón. 1 t. 12.

LIBRERÍA DE LA V^a DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO.

LA
HIGIENE DE LOS SEXOS

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL

D^r E. MONIN

SECRETARIO DE LA SOCIEDAD FRANCESA DE HIGIENE
CAVALIERO DE LA LEGIÓN DE HONOR Y OFICIAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

Por ALBERTO LEDUC

PRÓLOGO

Nuestro objeto al publicar este libro, ha sido poner al alcance de todo el mundo, los preceptos de higiene personal y social, relativos á las cuestiones intersexuales, preceptos que en la vida de nuestra especie ocupan un lugar análogo al que ocupa la nutrición en la vida del individuo.

La prensa y el público acogieron tan benevolamente esta obra, que para mejorar semejante acogida, el autor se ha visto obligado á eliminar todas las imperfecciones y á llenar los vacíos inherentes con frecuencia á toda primera edición.

Esperamos, pues, atraer ahora al lector una guía verdaderamente completa y práctica, que en muchas circunstancias le será útil y agradable consultar.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

- | | |
|--|---|
| I. — Higiene de los órganos sexuales del hombre. | VII. — Higiene de la fecundación, del embarazo y del parto. |
| II. — Higiene de la función sexual en el hombre. | VIII. — Higiene mamaria. |
| III. — Higiene general de la mujer. | IX. — La edad crítica y su higiene. |
| IV. — Higiene sexual de la mujer. | X. — Higiene social: El hombre, la mujer, la familia y el amor. |
| V. — Higiene intersexual. | XI. — La prostitución. |
| VI. — El matrimonio y el hereditismo. | ANEXOS. — Recetas y fórmulas usuales. |

